Bibl. 338
Lblto

LIBRARY

BRIGHAM YOUNG UNIVERSITY

From E. A. Richardson

Call No. 861.338 Acc. No. 11736

L61P

963

117369

BIBLIOTECA UNIVERSAL

COLECCIÓN
de los
MEJORES AUTORES
ANTIGUOS Y MODERNOS
NACIONALES Y EXTRANJEROS

TOMO 5

FRAY LUIS DE LEÓN
Y SAN JUAN DE LA CRUZ

POESÍAS

MADRID
PERLADO, PÁEZ Y COMPAÑÍA
Arenal, núm. 11.

Precio : 50 cénts. en toda España.

VOLÚMENES EN VENTA

	TOMOS
Romancero del Cid....	1
La Celestina.....	2 y 3
La Edad Media.....	4
Fray Luis de León y San Juan de la Cruz.	5
Poesías alemanas.....	6
Proudhon.....	7
Romancero morisco...	8 y 10
Cervantes.—Novelas..	9
Herculano.—Novelas..	11
Espronceda.—Poesías.	12 y 19
Goethe.—Werter.....	13
Larra.—Artículos.....	14 y 15
Romancero caballeresco.....	16
Tesoro de la poesía castellana.....	17-18-20-22-30
Dante.—Tasso—Petrarca.....	21
Tirso de Molina.....	23
Calderón de la Barca..	24-138
Fray Lope de Vega...	25
Zorrilla.....	26
Quevedo.....	27-36-91-94
Soulié.....	28-32-43-50
Balzac.....	29
Santa Teresa.....	31
Alarcón.....	33
La perfecta casada....	34
D. Ramón de la Cruz	35 y 133
Moratin.....	37
Lope.—Nieto de Molina	38
Castillejo.....	39
Schiller.—Dramas.	40-68-69

	TOMOS
Eusebio Blasco.—Poesías.....	41
Víctor Hugo.....	42-44-88
Poesías mejicanas....	45
Melo.—Guerra de Cataluña.....	46 47-48
Campoamor.....	48
Mesonero Romanos..	51 y 52
Bossuet —Oraciones fúnebres.....	53
Mirabeau.—Discursos.	54
Eurípides.....	55
Voltaire.....	56
Víctor Balaguer.....	57
Escritoras españolas..	58
Nicolás Gogol.....	59
Poetas americanos....	60
Jovellanos.....	6 80-81
Poetas contemporaneos.....	62 y 64
Lord Byron.—Poemas	63
Ventura R. Aguilera.	65
Marco Polo.....	66
Cristóbal Colón.....	67
El Universo en la Ciencia.....	
Poesías inéditas de Calderón.....	70
Argumento de Amadís de Gaula.....	
Lope de Vega.—Novelas.....	
Demóstenes y Esquines	
Fabulistas extranjeros	

961.338
L61p

BIBLIOTECA UNIVERSAL

COLECCION

DE LOS

MEJORES AUTORES

ANTIGUOS Y MODERNOS,

NACIONALES Y EXTRANJERO

TOMO V.

FRAY LUIS DE LEON

Y

SAN JUAN DE LA CRUZ

POESIAS

MADRID
LIBRERÍA DE LOS SUCESORES DE HERNANDO
Calle del Arenal, núm. 11.
1923

UNA VIRGEN NACIONAL

Imp. de los Sucesores de Hernando, Quintana, 33.

FRAY LUIS DE LEON

LIBRO PRIMERO

POESÍAS ORIGINALES

¡Qué descansada vida
La del que huye el mundanal ruido,
Y sigue la escondida
Senda por donde han ido
Los pocos sábios que en el mundo han sido!
Que no le enturbia el pecho
De los soberbios grandes el estado,
Ni del dorado techo
Se admira, fabricado
Del sábio moro, en jaspes sustentado.
No cura si la fama
Canta con voz su nombre pregonera,
Ni cura si encarama
La lengua lisonjera
Lo que condena la verdad sincera.

¡Qué presta á mi contento,
Si soy del vano dedo señalado,
Si en busca de este viento
Ando desalentado
Con ánsias vivas, con mortal cuidado!
¡Oh monte, oh fuente, oh rio,
Oh secreto seguro, deleitoso!
Roto casi el navío,
A vuestro almo reposo
Huyo de aqueste mar tempestuoso.
Un no rompido sueño,
Un dia puro, alegre, libre quiero;
No quiero ver el ceño
Vanamente severo
De á quien la sangre ensalza ó el dinero.
Despiértenme las aves
Con su cantar sabroso no aprendido,
No los cuidados graves
De que es siempre seguido
El que al ajeno arbitrio está atenido.
Vivir quiero conmigo,
Gozar quiero del bien que debo al cielo
A solas sin testigo,
Libre de amor, de celo,
De ódio, de esperanzas, de recelo.
Del monte en la ladera
Por mi mano plantado tengo un huerto
Que con la primavera,
De bella flor cubierto,
Ya muestra en esperanza el fruto cierto.
Y como codiciosa,
Por ver y acrecentar su hermosura,
Desde la cumbre airosa
Una fontana pura
Hasta llegar corriendo se apresura;

Y luégo sosegada,
El paso entre los árboles torciendo,
El suelo de pasada
De verdura vistiendo,
Y con diversas flores va esparciendo.
El aire el huerto orea,
Y ofrece mil olores al sentido,
Los árboles menea
Con un manso ruido,
Que del oro y del cetro pone olvido.
Ténganse su tesoro
Los que de un falso leño se confian;
No es mio ver el lloro
De los que desconfian
Cuando el cierzo y el ábrego porfian.
La combatida antena
Cruje, y en ciega noche el claro dia
Se torna, al cielo suena
Confusa vocería,
Y la mar enriquecen á porfía.
A mí una pobrecilla
Mesa, de amable paz bien abastada,
Me basta, y la vajilla
De fino oro labrada
Sea de quien la mar no teme airada.
Y miéntras miserable-
Mente se están los otros abrasando
Con sed insaciable
Del peligroso mando,
Tendido yo á la sombra esté cantando;
A la sombra tendido,
De hiedra y lauro eterno coronado,
Puesto el atento oido
Al son dulce, acordado,
Del plectro sábiamente meneado.

Á DON PEDRO PORTOCARRERO.

Virtud, hija del cielo,
La más ilustre empresa de la vida
En el oscuro suelo,
Luz tarde conocida,
Senda que guia al bien, poco seguida:
Tú, dende la hoguera
Al cielo levantaste al fuerte Alcides,
Tú, en la más alta esfera
Con las estrellas mides
Al Cid, clara victoria de mil lides;
Por tí el paso desvia
De la profunda noche, y resplandece
Muy más (cual claro dia)
De Leda el parto, y crece
El Córdoba á las nubes, y florece;
Y por su senda agora
Traspasa luengo espacio con ligero
Pié y ala voladora
El gran Portocarrero,
Osado de ocupar el bien primero.
Del vulgo se descuesta,
Hollando sobre el oro firme, aspira
A lo alto de la cuesta,
Ni violencia de ira
Ni blando y dulce engaño le retira.
Ni mueve más ligera,
Ni más igual divide por derecha
El aire y fiel carrera,
O la traciana flecha
O la bola tudesca, un fuego hecha.
En pueblo inculto y duro
Induce poderoso igual costumbre,

Y do se muestra escuro
El cielo enciende lumbre,
Valiente á ilustrar más alta cumbre.
  Dichosos los que baña
El Miño, los que el mar monstruoso cierra
Dende la fiel montaña
Hasta el fin de la tierra,
Los que desprecia de Ume la alta sierra.

Á FRANCISCO DE SALINAS.

  El aire se serena
Y viste de hermosura y luz no usada,
Salinas, cuando suena
La música extremada
Por vuestra sábia mano gobernada:
  A cuyo són divino
El alma, que en olvido está sumida,
Torna á cobrar el tino
Y memoria perdida
De su orígen primera esclarecida.
  Y como se conoce,
En suerte y pensamiento se mejora:
El oro desconoce
Que el vulgo vil adora,
La belleza caduca engañadora.
  Traspasa el aire todo
Hasta llegar á la más alta esfera,
Y oye allí otro modo
De no perecedera
Música, que es la fuente y la primera
  Y como está compuesta
De números concordes, luégo envia
Consonante repuesta,
Y entre ambos á porfía

Se mezcla una dulcísima armonía.
Aquí la alma navega
Por un mar de dulzura, y finalmente
En él ansí se anega,
Que ningun accidente
Extraño y peregrino oye y siente.
¡Oh desmayo dichoso!
¡Oh muerte que das vida! ¡oh dulce olvido!
Durase en tu reposo,
Sin ser restituido
Jamás aqueste bajo y vil sentído.
A este bien os llamo,
Gloria del apolíneo sacro coro,
Amigo á quien amo
Sobre todo tesoro;
Que todo lo visible es triste lloro.
¡Oh! suene de contínuo,
Salinas, vuestro són en mis oidos,
Por quien al bien divino
Despiertan los sentidos,
Quedando á lo demas adormecidos.

AL NACIMIENTO DE UNA HIJA DE LOS BORJAS

Inspira nuevo canto
Caliope en mi pecho aqueste dia,
Que de los Borjas canto
Y Enriquez la alegría
Del rico dón que el cielo les envia.
Hermoso sol luciente,
Que el dia das y llevas, rodeado
De luz resplandeciente
Más de lo acostumbrado,
Sal, y verás nacido tu traslado;
O si te place agora

En la region contraria hacer manida,
Detente allá en buen hora,
Que con la luz nacida
Podrá ser nuestra esfera esclarecida.
Alma divina, en velo
De femeniles miembros encerrada,
Cuando veniste al suelo
Robaste de pasada
La celestial riquísima morada.
Diéronte bien sin cuento
Con voluntad concorde y amorosa,
Quien rige el movimiento
Sexto, con la diosa
De la tercera rueda poderosa.
De tu belleza rara
El envidioso viejo mal pagado,
Torció el paso y la cara,
Y el fiero Marte airado
El camino dejó desocupado.
Y el rojo y crespo Apolo,
Que tus pasos guiando, descendia
Contigo al bajo polo,
La cítara heria,
Y con divino canto ansí decia:
«Deciende en punto bueno,
Espíritu real, al cuerpo hermoso,
Que en el ilustre seno
Te espera deseoso,
Por dar á tu valor digno reposo.
»Él te dará la gloria
Que en el terreno cerco es más tenida:
De agüelos larga historia,
Por quien la no hundida
Nave, por quien la España fué regida
»Tú dale, en cambio desto,

De los eternos bienes la nobleza,
Deseo alto, honesto,
Generosa grandeza,
Claro saber, fe llena de pureza.
»En tu rostro se vean
De su beldad sin par vivas señales,
Los tus dos ojos sean
Dos luces inmortales
Que guien al sumo bien á los mortales.
»El cuerpo delicado,
Como cristal lucido y transparente,
Tu gracia y bien sagrado,
Tu luz, tu continente
A sus dichosos siglos represente.
»La soberana agüela,
Dechado de virtud y hermosura,
La tia de quien vuela
La fama, en quien la dura
Muerte mostró lo poco que el bien dura;
»Con todas cuantas precio
De gracia y de belleza hayan tenido,
Serán por tí en desprecio
Y puestas en olvido,
Cual hace la verdad con lo fingido.
»¡Ay tristes! ¡ay dichosos
Los ojos que te vieren! Huyan luégo,
Si fueren poderosos,
Antes que prenda el fuego
Contra quien no valdrá ni oro ni ruego.
»Ilustre y tierna planta,
Dulce gozo de tronco generoso,
Creciendo te levanta
A estado el más dichoso
De cuantos dió ya el cielo venturoso.»

Á FELIPE RUIZ, DE LA AVARICIA

En vano el mar fatiga
La vela portuguesa, que ni el seno
De Persia ni la amiga
Maluca da árbol bueno,
Que pueda hacer un ánimo sereno
No da reposo al pecho,
Felipe, ni la India, ni la rara
Esmeralda provecho,
Que más tuerce la cara
Cuanto posee más el alma avara.
Al capitan romano
La vida, y no la sed, quitó el bebido
Tesoro persiano,
Y Tántalo metido
En medio de las aguas afligido.
De esta sed, y más dura,
La suerte es del mezquino que sin tasa
Se cansa ansí, y endura
El oro y la mar pasa
Osado, y no osa abrir la mano escasa.
¿Qué vale el no tocado
Tesoro, si corrompe el dulce sueño,
Si estrecha el ñudo dado,
Si más enturbia el ceño,
Y deia en la riqueza pobre al dueño?

Á ELISA.

Elisa, ya el preciado
Cabello que del oro escarnio hacia,
La nieve ha variado.
¡Ay! ¿Yo no te decia:
«Recoge, Elisa, el pié, que vuela el dia?»

Ya los que prometian
Durar en tu servicio eternamente,
Ingratos se desvian,
Por no mirar la frente
Con rugas, y afeado el negro diente.
¿Qué tienes del pasado
Tiempo sino dolor? ¿Cuál es el fruto
Que tu labor te ha dado,
Sino es tristeza y luto,
Y el alma hecha sierva á vicio bruto?
¿Qué fé te guarda el vano
Por quien tú no guardaste la debida
A tu bien soberano;
Por quien mal proveida,
Perdiste de tu seno la querida
Prenda; por quien velaste;
Por quien ardiste en celo; por quien uno
El cielo fatigaste
Con gemido importuno;
Por quien nunca tuviste acuerdo alguno
De tí mesma? Y agora,
Rico de tus despojos, más ligero
Que el ave huye, y adora
A Lida el lisonjero;
Tú quedas entregada al dolor fiero.
¡Oh cuánto mejor fuera
El dón de hermosura que del cielo
Te vino, á cuyo era
Habello dado en velo
Santo, guardado bien del polvo y suelo!
Mas hora no hay tardía,
Tanto nos es el cielo piadoso,
Mientras que dura el dia;
El pecho hervoroso
En breve del dolor saca reposo

Que la gentil señora
De Magdalo, bien que perdidamente
Dañada, en breve hora
Con el amor ferviente
Las llamas apagó del fuego ardiente;
Las llamas del malvado
Amor con otro amor más encendido,
Y consiguió el estado
Que no fué concedido
Al huésped arrogante en bien fingido.
De amor guiada y pena,
Penetra el techo extraño, y atrevida,
Ofrécese á la ajena
Presencia, y sábia olvida
El ojo mofador, buscó la vida.
Y toda derrocada
A los divinos piés que la traian,
Lo que la en sí fiada
Gente olvidado habian,
Sus manos, boca y ojos lo hacian.
Lavaba, larga en lloro,
Al que su torpe mal lavando estaba;
Limpiaba con el oro
Que la cabeza ornaba
A su limpieza, y paz á su paz daba.
Decia: «Solo amparo
De la miseria, extrema medicina
De mi salud, reparo
De tanto mal, inclina
A aqueste cieno tu piedad divina.
»¡Ay! ¿qué podrá ofrecerte
Quien todo lo perdió? aquestas manos,
Osadas de ofenderte,
Aquestos ojos vanos
Te ofrezco, y estos labios tan profanos.

»La que sudó en tu ofensa
Trabaje en tu servicio, y de mis males
Proceda mi defensa;
Mis ojos dos mortales
Fraguas, dos fuentes sean manantiales.
»Bañen tus piés mis ojos,
Límpienlos mis cabellos, dé tormento
Mi boca, y red de enojos
Les dé besos sin cuento,
Y lo que me condena te presento.
»Preséntote un sujeto
Tan mortalmente herido, cual conviene
Do un médico perfecto
De cuanto saber tiene
Dé muestra, que por siglos mil resuene.»

PROFECÍA DEL TAJO.

Folgaba el rey Rodrigo
Con la hermosa Cava en la ribera
Del Tajo, sin testigo;
El rio sacó fuera
El pecho, y le habló desta manera:
»En mal punto te goces,
Oyo ya forzador: que ya el sonido
Injusto, y las voces,
Las armas y el bramido
De Marte, y de furor y ardor ceñido.
»¡Ay! esa tu alegría
Que llantos acarrea, y esa hermosa
(Que vió el sol en mal dia),
A España ¡ay! cuán llorosa
Y al cetro de los godos cuán costosa.
»Llamas, dolores, guerras,
Muertes, asolamiento, fieros males

Entre tus brazos cierras,
Trabajos inmortales,
A tí y á tus vasallos naturales,
»A los que en Constantina
Rompen el fértil suelo, á los que baña
El Ebro, á la vecina
Sansueña, á Lusitania,
A toda la espaciosa y triste España.
»Ya dende Cádiz llama
El injuriado Conde, á la venganza,
Atento, y no á la fama.
La bárbara pujanza,
En quien para tu daño no hay tardanza.
»Oye que al cielo toca
Con temeroso son la trompa fiera;
Que en Africa convoca
El moro á la bandera,
Que al aire desplegada va ligera.
»La lanza ya blandea
El árabe cruel, y hiere el viento
Llamando á la pelea;
Innumerable cuento
De escuadras juntas veo en un momento
»Cubre la gente el suelo,
Debajo de las velas desparece
La mar, la voz al cielo
Confusa y vária crece,
El polvo roba el dia y le oscurece.
»¡Ay, que ya presurosos
Suben las largas naves! ¡Ay, que tienden
Los brazos vigorosos
A los remos, y encienden
Las mares espumosas por do hienden!
»El Eolo derecho
Hinche la vela en popa, y larga entrada

Por el hercúleo estrecho
Con la punta acerada
El gran padre Neptuno da á la armada.
»¡Ay triste! ¿Y áun te tiene
El mal dulce regazo, ni llamado
Al mal que sobreviene
No acorres? ¡Ocupado
No ves ya el puerto á Hércules sagrado?
»Acude, corre, vuela,
Traspasa el alta sierra, ocupa el llano,
No perdones la espuela,
No dés paz á la mano,
Menea fulminando el hierro insano
»¡Ay cuánto de fatiga!
¡Ay cuánto de sudor está presente
Al que viste loriga,
Al infante valiente,
A hombres y á caballos juntamente!
»Y tú, Bétis divino,
De sangre agena y tuya amancillado,
¡Darás al mar vecino
Cuánto yelmo quebrado,
Cuánto cuerpo de nobles destrozado!
»El furibundo Marte
Cinco luces las haces desordena,
Igual á cada parte;
La sexta ¡ay! te condena,
¡Oh cara pátria, á bárbara cadena.»

NOCHE SERENA, Á OLOARTE

Cuando contemplo el cielo,
De innumerables luces adornado,
Y miro hácia el suelo,
De noche rodeado,

En sueño y en olvido sepultado,
El amor y la pena
Despiertan en mi pecho un ánsia ardiente,
Despide larga vena,
Los ojos hechos fuente,
Oloarte, y digo al fin con voz doliente:
«Morada de grandeza,
Templo de claridad y hermosura,
El alma que á tu alteza
Nació ¡qué desventura
La tiene en esta cárcel baja, escura?
»¡Qué mortal desatino
De la verdad aleja así el sentido,
Que, de tu bien divino
Olvidado, perdido,
Sigue la vana sombra, el bien fingido?»
El hombre está entregado
Al sueño, de su suerte no cuidando,
Y con paso callado
El cielo vueltas dando,
Las horas del vivir le va hurtando.
¡Oh! despertad, mortales,
Mirad con atencion en vuestro daño;
Las almas inmortales,
Hechas á bien tamaño,
¿Podrán vivir de sombras y de engaño?
¡Ay! levantad los ojos
A aquesta celestial eterna esfera,
Burlareis los antojos
De aquesa lisonjera
Vida, con cuanto teme y cuanto espera.
¿Es más que un breve punto
El bajo y torpe suelo, comparado
Con ese gran trasunto,
Do vive mejorado

Lo que es, lo que será, lo que ha pasado?
Quien mira el gran concierto
De aquestos resplandores eternales,
Su movimiento cierto,
Sus pasos desiguales,
Y en proporcion concorde tan iguales;
La luna cómo mueve
La plateada rueda, y va en pos de ella
La luz do el saber llueve,
Y la graciosa estrella
De amor la sigue, reluciente y bella;
Y cómo otro camino
Prosigue el sanguinoso Marte airado,
Y el Júpiter benigno,
De bienes mil cercado,
Serena el cielo con su rayo amado.
Rodéase en la cumbre
Saturno, padre de los siglos de oro;
Tras él la muchedumbre
Del reluciente coro
Su luz va repartiendo y su tesoro.
¿Quién es el que esto mira,
Y precia la bajeza de la tierra,
Y no gime y suspira,
Y rompe lo que encierra
El alma, y destos bienes la destierra?
Aquí vive el contento,
Aquí reina la paz, aquí asentado
En rico y alto asiento
Está el amor sagrado,
De glorias y deleites rodeado
Inmensa hermosura
Aquí se muestra toda, y resplandece
Clarísima luz pura,
Que jamás anochece;

Eterna primavera aquí florece.
¡Oh campos verdaderos!
¡Oh prados con verdad frescos y amenos,
Riquísimos mineros!
¡Oh deleitosos senos,
Repuestos valles, de mil bienes llenos!

LAS SERENAS, Á CHERINTO.

No te engañe el dorado
Vaso, ni de la puesta al bebedero
Sabrosa miel cebado,
Dentro al pecho ligero,
Cherinto, no traspases el postrero.
Asensio, ten dudosa,
La mano liberal; que esa azucena,
Esa purpúrea rosa,
Que el sentido enajena,
Tocada, pasa el alma y la envenena.
Retira el pié, que asconde
Sierpe mortal el prado, aunque florido
Los ojos roba; adonde
Aplace más, metido
El peligroso lazo está y tendido.
Pasó tu primavera,
Ya la madura edad te pide el fruto
De gloria verdadera.
¡Ay! pon del cieno bruto
Los pasos en lugar firme y enjuto,
Antes que la engañosa
Circe, del corazon apoderada,
Con copa ponzoñosa
El alma trasformada,
Te junte, nueva fiera, á su manada.
No es dado al que allí asienta,

Si ya el cielo dichoso no le mira,
Huir la torpe afrenta:
O arde oso en ira,
O hecho jabalí, gime y suspira.
No fies en viveza,
Atiende al sabio rey Solimitano:
No vale fortaleza,
Que al vencedor Gazano
Condujo á triste fin femenil mano.
Junta al alto griego,
Que sábio no aplicó la noble antena
Al enemigo ruego
De la blanda Sirena,
Por do por siglos mil su fama suena.
Decia conmoviendo
El aire en dulce són: «La vela inclin
Que del viento huyendo,
Por los aires camina
Ulíses, de los griegos luz divina.
»Allega y da reposo
Al inmortal cuidado, y entre tanto
Conocerás curioso
Mil historias que canto,
Que todo navegante hace otro tanto;
»Que todo lo sabemos;
Cuanto contiene el suelo, y la reñida
Guerra te cantarémos
De Troya y su caida,
Por Grecia y por los dioses destruida.»
Ansí falsa cantaba,
Ardiendo en crueldad; más el prudente
A la voz atajaba
El camino en su gente
Con la aplicada cera suavemente.
Si á tí se presentáre,

Los ojos, sabio, cierra, firme atapa
La oreja si llamáre;
Si prendiere la capa,
Huye, que sólo aquel que huye escapa.

Á FELIPE RUIZ.

I.

¿Cuándo será que pueda
Libre desta prision volar al cielo,
Felipe, y en la rueda
Que huye más del suelo
Contemplar la verdad pura sin duelo!
Allí, á mi vidajunto,
En luz resplandeciente convertido,
Veré distinto y junto
Lo que es y lo que ha sido,
Y su principio propio y ascondido.
Entónces veré cómo
La soberana mano echó el cimiento
Tan á nivel y plomo,
Do estable y firme asiento
Posee el pesadísimo elemento;
Verélas inmortales
Columnas do la tierra está fundada,
Las lindes y señales
Con que á la mar hinchada
La Providencia tiene aprisionada;
Por qué tiembla la tierra,
Por qué las hondas mares se embravecen,
Dó sale á mover guerra
El cierzo, y por qué crecen
Las aguas del Océano y descrecen;
De dó manan las fuentes,

Quién ceba y quién bastece de los rios
Las perpétuas corrientes,
De los helados frios
Veré las causas y de los estíos;
Las soberanas aguas,
Del aire en la region quién las sostiene,
De los rayos las fraguas;
Dó los tesoros tiene
De nieve Dios, y el trueno dónde viene.
¿No ves cuando acontece
Turbarse el aire todo en el verano,
El dia se ennegrece,
Sopla el Gallego insano,
Y sube hasta el cielo el polvo vano:
Y entre las nuves mueve
Su carro Dios, ligero y reluciente!
Horrible són conmueve,
Relumbra fuego ardiente,
Treme la tierra, humíllase la gente;
La lluvia baña el techo,
Invian largos rios los collados,
Su trabajo deshecho,
Los campos anegados
Miran los labradores, espantados.
Y de allí levantado,
Veré los movimientos celestiales,
Ansí el arrebatado
Como los naturales,
Las causas de los hados, las señales.
Quién rige las estrellas
Veré, y quién las enciende con hermosas
Y eficaces centellas;
Por qué están las dos osas
De bañarse en la mar siempre medrosas.
Veré este fuego eterno,

Fuente de vida y luz, dó se mantiene
Y por qué en el invierno
Tan presuroso viene;
Quién en las noches largas le detiene.
Veré sin movimiento
En la más alta esfera las moradas
Del gozo y del contento,
De oro y luz labradas,
De espíritus dichosos habitadas.

II

¿Qué vale cuanto vee
Dó nace y dó se pone el sol luciente,
Lo que el indio posee,
Lo que da el claro Oriente,
Con todo lo que afana la vil gente?
El uno mientras cura
Dejar rico descanso á su heredero,
Vive en pobreza dura,
Y perdona al dinero,
Y contra sí se muestra crudo y fiero
El otro, que sediento
Anhela el señorío, sirve ciego;
Por subir su asiento
Abájase á vil ruego,
Y de la libertad va haciendo entrego.
Quien de dos claros ojos
Y de un cabello de oro se enamora;
Compra con mil enojos
Una menguada hora,
Un gozo breve, que sin fin se llora.
Dichoso el que se mide,
Felipe, y de la vida el gozo bueno
A sí solo lo pide,

A mira como ajeno
Aquello que no está dentro en su seno.
Si resplandece el dia,
Si Eolo su reino turba en saña,
El rostro no varía,
Y si la alta montaña
Encima le viniere, no le daña.
Bien como la ñudosa
Carrasca en alto risco desmochada
Con hacha poderosa,
Del ser despedazada
Del hierro tornarica y esforzada.
Querrás hundille, y crece
Mayor que es primero, y si porfía
La lucha, más florece,
Y firme al duelo invia
Al que por vencedor ya se tenia.
Exento á todo cuanto
Presume la fortuna, sosegado
Está y libre de espanto
Ante eltirano airado,
De hierro, de crueza y fuego armado.
»El fuego, dice, enciende,
Aguza el hierro crudo, rompe y llega,
Y si me hallares, prende,
Y da á tu hambre ciega,
Su cebo deseado y la sosiega.
»¿Qué estás? ¿No ves el pecho
Desnudo, flaco, abierto? ¡Oh! no te cabe
En puño tan estrecho
El corazon que sabe
Cerrar cielos y tierra con su llave.
»Ahonda más adentro,
Desvuelve las entrañas, el insano
Puñal penetra al centro:

Mas es trabajo vano,
Jamás me alcanzará tu corta mano.
»Rompiste mi cadena
Ardiendo por prenderme; al gran consuelo
Subido hé por tu pena;
Ya suelto, encumbro el vuelo,
Traspaso sobre el aire, huello el cielo.»

AL LICENCIADO JUAN DE GRIAL

Recoge ya en el seno
El campo su hermosura, el cielo acoja
Con luz triste el ameno
Verdor, y hoja á hoja
La cima de los árboles despoja.
Ya Febo inclina el paso
Al resplandor egeo, ya del dia
Las horas corta escaso,
Ya Eolo, al mediodía
Soplando, espesas nubes nos envia.
Ya el ave vengadora
Del Ibico navega los nublados,
Y con voz ronca llora,
Y el yugo al cuello atados
Los bueyes van rompiendo los sembrados.
El tiempo nos convida
A los estudios nobles, y la fama,
Grial, á la subida
Del sacro monte llama,
Do no podrá subir la postrer llama.
Alarga el bien guiado
Paso y la cuesta vence, y sólo gana
La cumbre del collado,
Y do más puro mana
La fuente, satisfaz tu ardiente gana.

No cures si al perdido
Error admira el oro, y va sediento
En pos de un bien fingido;
Que no ansí vuela el viento
Cuanto es fugaz y vano aquel contento.
Escribe lo que Febo
Te dicta favorable, que lo antiguo
Iguala y pasa el nuevo
Estilo; y, caro amigo,
No esperes que podré atener contigo.
Que yo, de un torbellino
Traidor acometido, y derrocado
Del medio del camino
Al hondo, el plectro amado
Y del vuelo las alas he quebrado.

DE LA VIDA DEL CIELO.

Alma region luciente,
Prado de bienandanza, que ni el hielo,
Ni con el rayo ardiente
Fallece, fértil suelo,
Producidor eterno de consuelo;
De púrpura y de nieve
Florida la cabeza, coronado,
A dulces pastos mueve
Sin honda ni cayado
El buen pastor en tí su hato amado.
Él va, y en pos, dichosas,
Le siguen sus ovejas, do las pace
Con inmortales rosas,
Con flor que siempre nace,
Y cuanto más se goza, más renace.
Y dentro á la montaña
Del alto bien las guia, ya en la vena

117369

Del gozo fiel las baña,
Y les da mesa llena,
Pastor y pasto él solo y suerte buena.
Y de su esfera cuando
A cumbre toca altísimo subido
El sol, él sesteando,
De su hato ceñido
Con dulce són deleita el santo oido.
Toca el rabel sonoro,
Y el inmortal dulzor al alma pasa.
Con que envilece el oro,
Y ardiendo se traspasa,
Y lanza en aquel bien libre de tasa.
¡Oh son! ¡Oh voz! Siquiera
Pequeña parte alguna descendiese
En mi sentido, y fuera
De sí el alma pusiese,
Y toda en tí, oh amor, la convirtiese
Conoceria dónde
Sesteas, dulce Esposo, y desatada
Desta prision adonde
Padece, á tu manada
Viviré junta, sin vagar errada.

AL APARTAMIENTO.

¡Oh ya seguro puerto
De mi tan luengo error! ¡Oh deseado
Para reparo cierto
Del grave mal pasado!
¡Reposo dulce, alegre, reposado!
Techo pajizo, adonde
Jamás hizo morada el enemigo
Cuidado, ni se esconde
Invidia en rostro amigo,

Ni voz perjura, ni mortal testigo:
Sierra que vas al cielo,
Altísima, y que gozas del sosiego
Que no conoce el suelo,
Adonde el vulgo ciego
Ama el morir ardiendo en vivo fuego,
Recíbeme en tu cumbre,
Recíbeme; que huyo perseguido
La errada muchedumbre,
El trabajar perdido,
La falsa paz, el mal no merecido.
Y do está más sereno
El aire me coloca, miéntras curo
Los daños del veneno
Que bebí mal seguro,
Miéntras el mancillado pecho apuro;
Mientras que poco á poco
Borro de la memoria cuanto impreso
Dejó allí vivir loco
Por todo su proceso
Vario, entre gozo vano y caso avieso.
En tí, casi desnudo
Deste corporal velo, y de la asida
Costumbre roto el ñudo,
Traspasaré la vida
En gozo, en paz, en luz no corrompida.
De tí, en el mar sujeto,
Con lástima los ojos inclinando,
Contemplaré el aprieto
Del miserable bando
Que las saladas ondas va cortando.
El uno, que surgia
Alegre ya en el puerto, salteado
De bravo soplo, guia,
En alta mar lanzado,

Apenas el navío desarmado;
El otro en la encubierta
Peña rompe la nave, que al momento
El hondo pide abierta;
El otro calma el viento,
Otro en las bajas Sirtes hace asiento.
A otros roba el claro
Dia y el corazon el aguacero,
Ofrecen al avaro
Neptuno su dinero;
Otro nadando huye el morir fiero.
Esfuerza ó pon el pecho;
Mas ¿cómo será parte un afligido
Que va, el leño deshecho,
De flaca tabla asido,
Contra un abismo inmenso embravecido?
¡Ay, otra vez y ciento
Otras, seguro puerto deseado!
No me falte tu asiento,
Y falte cuanto amado,
Cuanto del ciego error es cudiciado.

Á LA VIDA RELIGIOSA.

Mil varios pensamientos
Mi alma en un instante revolvia,
Cercada de tormentos,
De pena y agonía,
Buscando algun descanso y alegría;
Mas, como no hallaba
Contento en esta vida ni reposo,
Desalada buscaba
Con paso presuroso
A su querido amor y dulce esposo.
Y andándole buscando,

Cansada, se sentó junto á una fuente
Que la iba destilando
Un risco mansamente,
Regando el verde prado su corriente.
Las parleruelas aves
Una acordada música hacian
De voces tan suaves,
Que el alma enternecian,
Y en amor de su esposo la encendian;
Y con gentil donaire
Plegando y desplegando sus alillas,
Jugaban por el aire
Las simples avecillas,
Divididas en órden por cuadrillas;
Y en forma de torneo
Las unas con las otras se encontraban,
Con ligero meneo
Despues revoleaban,
Y entre la verde hierba gorjeaban.
Gozando de esta fiesta
Mi alma, entre mil flores recostada,
Durmió un poco la siesta,
Y estando descuidada,
Oyó una voz que la dejó admirada.
«No temas, la decia;
Mas oye atentamente lo que digo:
Si buscas alegría
Y estar siempre conmigo,
Huye del mundo y de quien es su amigo;
»Que si al trabajo huyes,
Y gustas de deleites y consuelo,
Sabe que te destruyes,
Pues truecas por el suelo
La gloria eterna del impíreo cielo.
»Mira que estás cercada

De tres contrarios tuyos capitales,
Y vives descuidada
De los crecidos males
Que te podrán causar contrarios tales
»Advierte que está el uno
Apoderado ya de tu castillo,
Y los dos de consuno
Comienzan á batillo,
Sin que tus fuerzas puedan resistillo
»Déjalos por despojos
El contento, el regalo y la riqueza,
Y no vuelvas los ojos
A ver esa vileza,
Pues cuanto dejar puedes es pobreza.
»Que si dejares uno,
Ciento tendrás por él en esta vida
Sin descontento alguno;
Y allá á la despedida
Daráte Dios la gloria prometida
»Verás en este suelo,
Dando de mano al mundo fementido,
Un retrato del cielo
Que Dios tiene escondido
En la celdilla pobre y el vestido.
»Ajeno del cuidado
Que al mercader sediento trae ansioso,
De solo Dios pagado,
Se goza el religioso,
Libre del mundo falso y engañoso.
»No busca los favores
Que al ambicioso traen desvelado
En casa de señores;
Mas ántes retirado
Goza su suerte y su felice estado.
»No tiene desconsuelo

Ni puede entristecerle cosa alguna,
Porque es Dios su consuelo,
Ni la baja fortuna
Con su mudable rueda le importuna.
»Su casa y celda estrecha
Alcázar le parece torreado;
La túnica deshecha,
Vestido recamado;
Y el suelo duro, lecho delicado.
»El cilicio tejido
De punzadoras cerdas de animales,
Que al cuerpo está ceñido,
Aparta de los males
Que causa el ciego amor con los mortales.
»La disciplina dura
De retorcido alambre le da gusto,
Pues cura la locura
Del estragado gusto
Que huye á rienda suelta de lo justo.
»En estos ejercicios
Su vida pasa más que venturosa,
Apartado de vicios,
Sin que le dañen cosa
Mundo, demonio, carne pegajosa.
»Cuanto el seglar procura
Adquirir con deleites y hacienda
Se dan de añadidura,
No más de porque atienda
Al servicio de Dios, y no le ofenda.»
Gustaba en gran manera
Mi alma de la plática que oia;
Y para ver quién era
El que aquello decia,
Durmiendo, aquí y allí se revolvia.
Mas tocando la mano

El agua cristalina de la fuente,
Salió su intento vano,
Pues luégo de repente
La voz se fué y el sueño juntamente.

Á DON PEDRO PORTOCARRERO

No siempre es poderosa,
Portocarrero, la maldad, ni atina
La envidia ponzoñosa,
Y la fuerza sin ley, que más se empina,
Al fin la frente inclina;
Que quien se opone al cielo,
Cuando más alto sube, viene al suelo.
Testigo es manifiesto
El parto de la tierra mal osado,
Que cuando tuvo puesto
Un monte encima de otro y levantado,
Al hondo derrocado
Sin esperanza gime,
Debajo su edificio, que le oprime.
Si ya la niebla fria
Al rayo que amanece odiosa ofende
Y contra el claro dia
Las alas escurísimas extiende,
No alcanza lo que emprende
Al fin, y desaparece,
Y el sol puro en el cielo resplandece.
No pudo ser vencida,
Ni lo será jamas, ni la llaneza,
Ni la inocente vida,
Ni la fé sin error, ni la pureza,
Por más que la fiereza
Del tigre ciña un lado,
Y el otro el basilisco emponzoñado

Por más que se conjuren
El ódio y el poder y el falso engaño,
Y ciegos de ira, apuren
Lo propio y lo diverso, ajeno, extraño,
Jamás le harán daño;
Antes, cual fino oro,
Recobra del crisol nuevo tesoro.
El ánimo constante,
Armado de verdad, mil aceradas,
Mil puntas de diamante
Embota y enflaquece, y desplegadas
Las fuerzas encerradas
Sobre el opuesto bando
Con poderoso pié se ensalza hollando;
Y con cien voces suena
La fama, que á la sierpe, al tigre fiero,
Vencidos, los condena
A daño no jamas perecedero,
Y con vuelo ligero
Venciendo la vitoria,
Corona al vencedor de gozo y gloria

CONTRA UN JUEZ AVARO.

Aunque en ricos montones
Levantes el cautivo inútil oro,
Y aunque tus posesiones
Mejores con ajeno daño y lloro,
Y aunque cruel tirano
Oprimas la verdad, y tu avaricia,
Vestida en nombre vano,
Convierta en compra y venta la justicia;
Aunque engañes los ojos
Del mundo, á quien adoras, no por tanto,
No nacerán abrojos

Agudos en tu alma, ni el espanto
No velará en tu lecho,
Ni escucharás la cuita y agonía,
El último despecho,
Ni la esperanza buena en compañía
Del gozo tus umbrales
Penetrará jamás, ni la Meguera
Con llamas infernales,
Con serpentino azote la alta y fiera
Y diestra mano armada,
Saldrá de tu aposento sola una hora;
Y ni tendrás clavada
La rueda, aunque más puedas, voladora
Del tiempo hambriento y crudo,
Que viene, con la muerte conjurado,
A dejarte desnudo
Del oro y cuanto tienes más amado;
Y quedarás sumido
En males no finibles y en olvido.

EN UNA ESPERANZA QUE SALIÓ VANA.

Huid, contentos, de mi triste pecho;
¡Qué engaño os vuelve á dó nunca pudistes
Tener reposo ni hacer provecho?
Tened en la memoria cuando fuistes
Con público pregon ¡ay! desterrados
De toda mi comarca y reinos tristes,
A dó ya no veréis sino nublados
Y viento y torbellino y lluvia fiera,
Suspiros encendidos y cuidados.
No pinta el prado aquí la primavera,
Ni nuevo sol jamás las nubes dora,
Ni canta el ruiseñor lo que antes era.
La noche aquí se vela, aquí se llora

El dia miserable sin consuelo,
Y vence al mal de ayer el mal de agora.
Guardad vuestro destierro, que ya el suelo
No puede dar contento al alma mia,
Si ya mil vueltas diere andando el cielo;
Guardad vuestro destierro, si alegría,
Si gozo y si descanso andais sembrando,
Que aqueste campo abrojos solos cria;
Guardad vuestro destierro, si tornando
De nuevo, no quereis ser castigados
Con crudo azote y con infame bando;
Guardad vuestro destierro, que olvidados
De vuestro sér en mí seréis, dolores;
Tal es la fuerza de mis duros hados.
Los bienes más queridos y mayores
Se mudan y en mi daño se conjuran,
Y son por ofenderme á sí traidores.
Mancíllanse mis manos si se apuran,
La paz y la amistad me es cruda guerra,
Las culpas faltan, mas las penas duran.
Quien mis cadenas más estrecha y cierra
Es la memoria mia y la pureza;
Cuando ella sube, entónces vengo á tierra.
Mudó su ley en mí naturaleza;
Y pudo en mi dolor lo que no entiende
Ni seso humano ni mayor viveza.
Cuanto desenlazarse más pretende
El pájaro cautivo, más se enliga,
Y la defensa mia más me ofende.
En mí la culpa ajena se castiga,
Y soy del malhechor ¡ay! prisionero,
Y quieren que de mí la fama diga:
Dichoso el que jamas ni ley ni fuero,
Ni el alto tribunal ni las ciudades,
Ni conoció del mundo el trato fiero;

Que por las inocentes soledades
Recoge el pobre cuerpo en vil cabaña,
Y el ánimo enriquece con verdades.
Cuando la luz el aire y tierras baña,
Levanta al puro sol las manos puras,
Sin que se las aplomen ódio y saña.
Sus noches son sabrosas y seguras,
La mesa le bastece alegremente
El campo, que no rompen rejas duras.
Lo justo le acompaña y la luciente
Verdad, las sencilleces pechos de oro,
La fe no colorada falsamente.
De ricas esperanzas almo coro,
Y paz con su descuido le rodean,
Y el gozo, cuyos ojos huye el lloro.
Allí, contesto, tus moradas sean,
Allí te lograrás, y á cada uno
De aquellos que de mí saber desean,
Les di que no me viste en tiempo alguno.

EN LA ASCENSION.

¿Y dejas, Pastor santo,
Tu grey en este valle hondo, escuro,
Con soledad y llanto;
Y tú, rompiendo el puro
Aire, te vas al inmortal seguro?
Los ántes bienhadados,
Y los agora triste y afligidos,
A tus pechos criados,
De tí desposeidos,
¿A dó convertirán ya sus sentidos?
¿Qué mirarán los ojos
Que vieron de tu rostro la hermosura,
Que no les sea enojos?

Quien oyó tu dulzura,
¿Qué no tendrá por sordo y desventura?
A aqueste mar turbado,
¿Quién le pondrá ya freno? quién concierto
Al viento fiero, airado,
Estando tú cubierto?
¿Qué norte guiará la nave al puerto?
¡Ay! nube envidiosa
Aun deste breve gozo, ¿qué te quejas?
¿Dó vuelas presurosa?
¡Cuán rica tú te alejas!
Cuán pobres y cual ciegos ¡ay! nos dejas!

Á TODOS LOS SANTOS

¿Qué santo ó qué gloriosa
Virtud, qué deidad, que el cielo admira,
¡Oh Musa poderosa
En la cristiana lira!
Diremos entre tanto que retira
El sol con presto vuelo
El rayo fugitivo, en este dia
Que hace alarde el cielo
De su caballería?
¿Qué nombre entre estas breñas á porfía
Repitirá sonando
La imágen de la voz, en la manera
El aire deleitando,
Que el Efrateo hiciera
Del sacro y verde Hermon por la ladera?
¿A dó ceñido el oro
Crespo con verde hiedra, la montaña
Condujo con sonoro
Laud, con fuerza y maña
Del oso y del leon domó la saña?

Pues ¿quién diré primero,
Que el alto y que el humilde, y que la vida
Por el manjar grosero
Restituyó perdida,
Que al cielo levantó nuestra caida?
Igual al Padre eterno,
Igual al que en la tierra nace y mora
De quien tiembla el infierno,
A quien el sol adora,
En quien todo el sér vive y se mejora.
Despues el vientre entero,
La madre desta luz será cantada;
Clarísimo lucero
En esta mar turbada,
Del linaje humanal fiel abogada.
Espíritu divino,
No callaré tu voz, tu pecho opuesto
Contra el dragon malino,
Ni tú en olvido puesto,
Que á defender mi vida estás dispuesto.
Osado en la promesa,
Barquero de la barca no sumida,
A tí mi voz profesa,
Y á tí, que la lucida
Noche te traspasó de muerte á vida.
¿Quién no dirá tu lloro,
Tu bien trocado amor, ¡oh! Magdalena,
De tu nardo el tesoro,
De cuyo olor la ajena
Casa, la redondez del mundo es llena?
Del Nilo moradora,
Tierna flor del saber y de pureza,
De tí yo canto agora,
Que en la desierta alteza
Muerta luce tu vida y fortaleza.

Diré el rayo africano,
Diré el Stridones sábio, elocuente,
O del panal romano,
O del que justamente
Nombraron Boca de Oro entre la gente.
Columna ardiente en fuego,
El firme y gran Basilio al cielo toca,
Mayor que el miedo y ruego,
Y ante su rica boca
La lengua de Demóstenes se apoca.
Cual árbol con los años
La gloria de Francisco sube y crece,
Y entre mil ermitaños
El claro Anton parece
Luna que en las estrellas resplandece.
¡Ay padre! ¿y dó se ha ido
Aquel raro valor? ó ¿qué malvado
El oro ha destruido
De tu templo sagrado?
¿Quién zizañó tan mal tu buen sembrado?
Adonde la azuzena
Lucia y el clavel, do el rojo trigo,
Reina agora la avena,
La grama, el enemigo
Cardo, la sinjusticia, el falso amigo.
Convierte piadoso
Tus ojos y nos mira, y con tu mano
Arranca poderoso
Lo malo y lo tirano,
Y planta aquello antiguo, humilde y llano.
Da paz á aqueste pecho,
Que hierve con dolor en noche escura;
Que fuera deste estrecho
Diré con más dulzura
Tu nombre, tu grandeza y hermosura.

No niego, dulce amparo
Del alma, que mis males son mayores
Que aqueste desamparo;
Mas cuanto son peores,
Tanto resonarán más tus loores.

Á SANTIAGO.

Las selvas conmoviera,
Las fieras alimañas, como Orfeo,
Sí ya mi canto fuera
Igual á mi deseo,
Cantando el nombre santo Zebedeo;
Y fueran sus hazañas
Por mí con voz eterna celebradas,
Por quien son las Españas
Del yugo desatadas
Del bárbaro furor, y libertadas;
Y aquella nao dichosa,
Del cielo esclarecer merecedora,
Que joya tan preciosa
Nos trujo, fuera agora
Cantada del que en Citia y Cairo mora.
Osa el cruel tirano
Ensangrentar en tí su injusta espada:
No fué consejo humano;
Estaba á tí ordenada
La primera corona, y consagrada.
La fe que á Cristo diste
Con presta deligencia has ya cumplido;
De su cáliz bebiste
Apénas que subido
Al cielo retornó, de tí partido.
No sufre larga ausencia
No sufre, no, el amor que es verdadero.

La muerte y su inclemencia
Tiene por muy ligero
Medio, por ver al dulce compañero.
Cual suele el fiel sirviente,
Si en medio la jornada le han dejado,
Que haciendo prestamente
Lo que le fué mandado,
Torna buscando al amo ya alejado;
Ansí entregado al viento,
Del mar Egeo al mar de Atlante vuela,
Do puesto el fundamento
De la cristiana escuela,
Torna buscando á Cristo á remo y vela.
Allí por la maldita
Mano el sagrado cuello fué cortado;
Camina en paz bendita,
Alma que ya has llegado
Al término por tí tan deseado.
A España, á quien amaste
(Que siempre al buen principio el fin respon-
Tu cuerpo le enviaste [de),
Para dar luz adonde
El sol su claridad cubre y esconde.
Por los tendidos mares
La rica navecilla va cortando,
Nereidas á millares
Del agua el pecho alzando,
Turbadas entre sí, la van mirando.
Y dellas hubo alguna
Que, con las manos de la nave asida,
La aguija con la una,
Y con la otra tendida
A las demas que lleguen las convida.
Ya pasa del Egeo,
Vuela por el Ionio, atrás ya deja

El puerto Lilibeo,
De Córcega se aleja,
Y por llegar al nuestro mar se aqueja.
Esfuerza, viento, esfuerza.
Hinche la santa vela, embiste en popa
El viento; haz que no tuerza
Do Avila casi topa
Con Calpe, hasta llegar al fin de Europa.
Y tú, España, segura
Del mal y cautiverio que te espera,
Con fé y voluntad pura
Ocupa la ribera,
Recibirás tu guarda verdadera;
Que tiempo será cuando
De innumerables huestes rodeada,
Del cetro real y mando
Te verás derrocada,
En sangre, en llanto y en dolor bañada.
De hácia el Mediodía
Oye que la voz amarga suena,
La mar de Berbería
De flotas veo llena,
Hierve la costa en gente, en sol la arena,
Con voluntad conforme
Las proas contra tí se dan al viento,
Y con clamor deforme
De pavoroso acento
Avivan de remar el movimiento.
Y la infernal Meguera,
La frente de ponzoña coronada,
Guia la delantera
De la morisca armada,
De fuego, de furor, de muerte armada.
Cielos, so cuyo amparo
España está á merced, en tanta afrenta,

Si ya este suelo caro
Os fué, nunca consienta
Vuestra piedad que mal tan crudo sienta.
Mas ¡ay! que la sentencia
En tabla de diamante está esculpida;
Del godo la potencia
Por el suelo caida
España en breve tiempo es destruida.
¡Cuál rio caudaloso,
Que los opuestos muelles ha rompido
Con sonido espantoso,
Por los campos tendido,
Tan presto y tan feroz jamas se vido?
Mas cese el triste llanto,
Recobre el español su bravo pecho,
Que ya el Apóstol santo,
Un otro Marte hecho,
Del cielo viene á dalle su derecho.
Vesle de limpio acero
Cercado, y con la espada relumbrante,
Como rayo ligero,
Cuanto le va delante.
Destroza y desbarata en un instante.
De grave espanto herido,
Los rayos de vista no sostiene
El moro descreido;
Por valiente se tiene
Cualquier que para huir ánimo tiene.
Huye, si puedes tanto,
Huye; mas por demás, que no hay huida;
Bebe dolor y llanto
Por la mesma medida
Con que ya España fué de tí medida.
Como leon hambriento
Sigue, teñida en sangre espada y mano,

De más sangre sediento,
Al moro que huye en vano;
De muertos queda lleno el monte llano.
¡Oh gloria, oh gran prez nuestra,
Escudo fiel, oh celestial guerrero!
Vencido ya se muestra
El africano fiero
Por tí, tan orgulloso de primero.
Por tí del vituperio,
Por tí de la afrentosa servidumbre
Y triste cautiverio
Libres en clara lumbre,
Y de la gloria estamos en la cumbre.
Siempre venció tu espada,
O fuese de tu mano poderosa,
O fuese meneada
De aquella generosa
Que sigue tu milicia religiosa.
De tu virtud divina
La fama, que resuena en toda parte,
Siquiera sea vecina,
Siquiera más se aparte,
A la gente conduce á visitarte.
El áspero camino
Vence con devocion, y al fin te adora
El franco, el peregrino
Que Libia descolora,
El que en Poniente, el que Levante mora

Á NUESTRA SEÑORA.

I.

Vírgen que el sol más pura,
Gloria de los mortales, luz del cielo,

En quien es la piedad como la alteza,
Los ojos vuelve al suelo,
Y mira un miserable en cárcel dura,
Cercado de tinieblas y tristeza;
Y si mayor bajeza
No conoce, ni igual, juicio humano,
Que el estado en que estoy por culpa ajena,
Con poderosa mano
Quiebra, Reina del cielo, la cadena.
Vírgen en cuyo seno
Halló la deidad digno reposo,
Do fué el rigor en dulce amor trocado,
Si blando al rigoroso
Volviste, bien podrás volver sereno
Un corazon de nubes rodeado;
Descubre el deseado
Rostro, que admira el cielo, el suelo adora;
Las nubes huirán, lucirá el dia.
Tu luz, alta Señora,
Venza esta ciega y triste noche mia.
Vírgen y madre junto,
De tu Hacedor dichosa engendradora,
A cuyos pechos floreció la vida,
Mira cómo empeora
Y crece mi dolor más cada punto;
El ódio cunde, la amistad se olvida;
Si no es de tí valida
La justicia y verdad, que tú engendraste,
¿Adónde hallará seguro amparo?
Y pues madre eres, baste
Para contigo el ver mi desamparo.
Vírgen del sol vestida,
De luces eternales coronada,
Que huellas con divinos piés la luna;
Envidia emponzoñada,

Engaño agudo, lengua fementida,
Odio cruel, poder sin ley ninguna,
Me hacen guerra á una.
Pues contra un tal ejército maldito,
¡Cuál pobre y desarmado será parte,
Si tu nombre bendito,
María, no se muestra por mi parte!
Vírgen por quien vencida
Llora su perdicion la sierpe fiera.
Su daño eterno, su burlado intento,
Miran de la ribera,
Seguras, muchas gentes mi caida,
El agua violenta el flaco aliento;
Los unos con contento,
Los otros con espanto, el más piadoso
Con lástima la inútil voz fatiga;
Yo, puesto en tí el lloroso
Rostro, cortando voy onda enemiga;
Vírgen, del padre esposa,
Dulce madre del Hijo, templo santo
Del inmortal Amor, del hombre escudo
No veo sino espanto.
Si miro la morada, es peligrosa;
Si la salida, incierta; el favor mudo,
El enemigo crudo,
Desnuda la verdad, muy proveida
De armas y valedores la mentira,
La miserable vida
Sólo cuando me vuelvo á tí respira.
Vírgen que al alto ruego
No mas humilde *sí* diste que honesto,
En quien los cielos contemplar desean
Como terrero puesto,
Los brazos presos, de los ojos ciego,
A cien flechas estoy que me rodean,

Que en herirme se emplean.
Siento el dolor, mas no veo la mano,
Ni me es dado el huir ni el escudarme.
Quiera tu soberano
Hijo, Madre de amor, por tí librarme.
Vírgen, lucero amado,
En mar tempestuoso clara guia,
A cuyo santo rayo calla el viento,
Mil olas á porfía
Hunden en el abismo un desarmado
Leño de vela y remo, que sin tiento
El húmedo elemento
Corre; la noche carga, el aire truena,
Ya por el cielo va, ya el suelo toca,
Gime la rota antena;
Socorre ántes que embista en dura roca.
Vírgen no enficionada
De la comun mancilla y mal primero
Que al humano linaje contamina,
Bien sabes que en tí espero
Dende mi tierna edad; y si malvada
Fuerza, que me venció, ha hecho indina
De tu guarda divina
Mi vida pecadora, tu clemencia
Tanto mostrará más su bien crecido,
Cuanto es más la dolencia,
Y yo merezco ménos ser valido.
Vírgen, el dolor fiero
Añuda la lengua, y no consiente
Que publique la voz cuanto desea;
Mas oye tú al doliente
Animo, que contino á tí vocea.

II.

No viéramos el rostro al Padre Eterno
Alegre, ni en el suelo al Hijo amado
Quitar la tiranía del infierno,
Ni el fiero capitan encadenado;
Viviéramos en llanto sempiterno,
Durara la ponzoña del bocado,
Serenísima Vírgen, si no hallára
Tal Madre Dios en vos donde encarnára.
Que aunque el amor del hombre ya habia [hecho
Mover al Padre Eterno á que enviase
El único engendrado de su pecho
A que encarnando en vos le reparase,
Con vos se remedió nuestro derecho.
Hicistes nuestro bien se acrecentase,
Estuvo nuestra vida en que quisistes
Madre digna de Dios, y ansí vencistes.
No tuvo el Padre más, Vírgen, que daros,
Pues quiso que de vos Cristo naciese,
Ni vos tuvistes más que desearos,
Siendo el deseo tal, que en vos cupiese;
Habiendo de ser Madre, contentaros
Pudiérades con serlo de quien fuese
Ménos que Dios, aunque para tal Madre,
Bien estuvo ser Dios el Hijo y Padre.
Con la humildad que al cielo enriquecistes,
Vuestro sér sobre el cielo levantastes;
Aquello que fué Dios sólo no fuistes,
Y cuanto no fué Dios, atrás dejastes;
Alma santa del Padre concebistes,
Y al Verbo en vuestro vientre le cifrastes;
Que lo que el cielo y tierra no abrazaron,
Vuestras santas entrañas encerraron.

Y aunque sois madre, sois vírgen entera,
Hija de Adan, de culpa preservada,
Y en órden de nacer vos sois primera,
Y ántes que fuese el cielo sois criada;
Piadosa sois, pues la serpiente fiera
Por vos vió su cabeza quebrantada;
A Dios de Dios bajais del cielo al suelo,
Del hombre al hombre alzais del suelo al cielo.
Estais ahora, Vírgen generosa,
Con la perpétua Trinidad sentada,
Do el Padre os llama Hija, el Hijo Esposa,
Y el Espíritu Santo dulce Amada;
De allí con larga mano y poderosa
Nos repartís la gracia que os es dada;
Allí gozais, y aquí para mi pluma,
Que en la esencia de Dios está la suma.

CANCION Á JESUCRISTO CRUCIFICADO.

Inocente Cordero,
En tu sangre bañado,
Con que del mundo los pecados quitas;
Del robusto madero
Por los brazos colgado
Abiertos, que abrazarme solicitas;
Ya que humilde marchitas
La color y hermosura
De ese rostro divino,
A la muerte vecino;
Antes que el alma soberana y pura
Parta para salvarme,
Vuelve los mansos ojos á mirarme.
Ya que el amor inmenso
Con último regalo
Rompe de esa grandeza las cortinas

Y con dolor intenso
Arrimado á ese palo,
La cabeza rodeada con espinas
Hácia la Madre inclinas,
Y que la voz despides
Bien de entrañas reales,
Y las culpas y males
A la grandeza de tu Padre pides
Que sean perdonados,
Acuérdate, Señor, de mis pecados.
Aquí donde das muestras
De maniroto y largo
Con las palmas abiertas con los clavos;
Aquí donde tú muestras
Y ofreces mi descargo:
Aquí donde redimes los esclavos,
Donde por todos cabos
Misericordia brotas,
Y el generoso pecho
No queda satisfecho
Hasta que el cuerpo de la sangre agotas:
Aquí, Redentor, quiero
Venir á tu justicia yo el primero.
Aquí quiero que mires
Un pecador metido
En la ciega prision de sus errores;
Que no temo te aires
En mirarte ofendido,
Pues abogando estás por pecadores;
Que las culpas mayores
Son las que más declaran
Tu noble pecho santo,
De que te precias tanto;
Pues cuando las más graves se reparan,
En más tu sangre empleas,

Y más con tu clemencia te recreas.
Por más que el peso grave
De mi culpa se siente
Cargar sobre mi corvo y flaco cuello,
Que tu yugo suave
Sacudió, inobediente.
Quedando en nueva sujecion por ello;
Por más que el suelo huello
Con pasos tan cansados,
Alcanzarle confío;
Que, pues por el bien mio
Tienes los soberanos pies clavados
En un madero firme,
Seguro voy que no podrás huirme.
Seguro voy, Dios mio,
De que el bien que deseo
Tengo siempre de hallar en tu clemencia;
De ese corazon fio,
A quien ya claro veo
Por las ventanas de ese cuerpo abierto,
Que está tan descubierto,
Que un ladron maniatado
Que lo ha contigo á solas,
En dos palabras solas
Te lo tiene robado;
Y si esperamos, luégo
De aquí á bien poco le acertará un ciego.
A buen tiempo he llegado,
Pues es cuando tus bienes
Repartes con el Nuevo Testamento.
Si á todos has mandado
Cuantos presentes tienes,
Tambien ante tus ojos me presento;
Y cuando en un momento
A la Madre hijo mandas,

Al díscípulo madre,
El espíritu al Padre,
Gloria al ladron,
¿Cómo entre tantas mandas
Ser mi desgracia puede
Tanta, que solo yo vacío quede?
Miradme, que soy hijo
Que por mi inobediencia
Justamente podeis desheredarme.
Ya tu palabra dijo
Que hallaria clemencia
Siempre que á tí volviese á presentarme.
Aquí quiero abrazarme,
A los piés de esta cama
Donde estás espirando;
Que si, como demando,
Oyes la voz llorosa que te llama,
Grande ventura espero,
Pues siendo hijo, quedaré heredero
Por testimonio pido
A cuantos te están viendo,
Cómo á este tiempo bajas la cabeza
Señal que has concedido
Lo que te estoy pidiendo,
Como siempre esperé de tu largueza.
¡Oh admirable grandeza!
¡Caridad verdadera!
Que, como sea cierto
Que hasta el testador muerto
No tiene el testamento fuerza entera,
Tan generoso eres,
Que porque todo se confirme mueres
Cancion, de aquí no hay paso.
Las lágrimas sucedan
En vez de las palabras que te quedan;

Que esto nos pide el lastimoso caso,
No contentos agora,
Cuando la tierra, el sol y el cielo llora

Á DON PEDRO PORTOCARRERO.

La cana y alta cumbre
De Iliberi, clarísimo Carrero,
Contiene en sí tu lumbre
Ya casi un siglo entero,
Y mucho en demasía
Detiene nuestro gozo y alegría;
Los gozos que el deseo
Figura ya en tu vuelta, y determina
A dó vendrá el Lileo,
Y de la Caballina
Fuente la moradora,
Y Apolo con la cítara cantora.
Bien eres generoso
Pimpollo de ilustrísimos mayores;
Mas esto, aunque glorioso,
Son títulos menores,
Que tú por tí venciendo,
A par de las estrellas vas luciendo.
Y juntas en tu pecho
Una suma de bienes peregrinos,
Por donde con derecho
Nos colmas de divinos
Gozos con tu presencia,
Y de cuidados tristes con tu ausencia.
Porque ha salteado
En medio de la paz la cruda guerra
Que agora el Marte airado
Despierta en la alta sierra,
Lanzando rabia y sañas

En las infieles bárbaras entrañas;
Do mete á sangre y fuego
Mil pueblos el Morisco descreido,
A quien ya perdon ciego
Hubimos concedido,
A quien en santo baño
Tenemos para nuestro mayor daño,
Para que el nombre amigo,
¡Ay piedad! cruel desconociese
El ánimo enemigo,
Y ansí mas ofendiese;
Mas tal es la fortuna,
Que no sabe durar en cosa alguna.
Y ansí la luz que agora
Serena relucia con nublados,
Veréis negra á deshora,
Y los vientos alados
Amontonando luégo
Nubes, lluvias, horrores, trueno y fuego.
Mas tú, que solamente
Temes al claro Alfonso, que inducido
De la virtud ardiente
Del pecho no vencido,
Por lo más peligroso
Se lanza, discurriendo vitorioso;
Como en la ardiente arena
El líbico leon las cabras sigue,
Las haces desordena
Y rompe, y las persigue,
Armado relumbrando,
La vida por la gloria aventurando.
Testigo es la fragosa
Poqueira; cuando él solo, y traspasado
Con flecha ponzoñosa,
Sostuvo denodado,

Y convirtió en huida
Mil banderas de gente descreida.
Mas sobre todo, cuando
Los dientes de la muerte agudos, fiera,
Apénas declinando,
Alzó nueva bandera,
Mostró bien claramente
De valor no vencible lo excelente.
Él, pues, relumbre claro
Sobre sus claros padres, mas tú en tanto,
Dechado de bien raro,
Abraza el ocio santo,
Que muchos son mejores
Los frutos de la paz, y muy mayores.

EN LA CÁRCEL DONDE ESTUVO PRESO.

Aquí la envidia y mentira
Me tuvieron encerrado.
Dichoso el humilde estado
Del sábio que se retira
De aqueste mundo malvado,
Y con pobre mesa y casa
En el campo deleitoso
Con solo Dios se compasa.
Y á solas su vida pasa,
Ni envidiado ni envidioso.

DEL MUNDO Y SU VANIDAD.

Los que teneis en tanto
La vanidad del mundanal ruido
Cuál áspide al encanto
Del mágico temido,
Podréis tapar el contumaz oido.

¿Por qué mi ronca musa,
En lugar de cantar como solia,
Tristes querellas usa,
Y á sátira la guia
Del mundo la maldad y tiranía?
Escuchen mi lamento
Los que, cual yo, tuvieren justas quejas;
Que bien podrá su acento
Abrasar las orejas,
Rugar la frente y enarcar las cejas.
Mas no podrá mi lengua
Sus males referir ni comprendellos.
Ni sin quedar sin mengua
La mayor parte dellos,
Aunque se vuelvan lenguas mis cabellos.
Pluguiera á Dios que fuera
Igual á la experiencia el desengaño,
Que dárosle pudiera,
Porque, si no me engaño,
Naciera gran provecho de mi daño.
No condeno del mundo
La máquina, pues es de Dios hechura;
En sus abismos fundo
La presente escritura,
Cuya verdad el campo me asegura.
Inciertas son sus leyes,
Incierta su medida y su balanza,
Sujetos son los reyes,
Y el que menos, alcanza
A miserable y súbita mudanza.
No hay cosa en él perfecta:
En medio de la paz arde la guerra,
Que al alma más quieta
En los abismos cierra,
Y de tu patria celestial destierra.

Es caduco, mudable,
Y en sólo serlo más que peña firme,
En el bien variable,
Porque verdad confirme,
Y con decillo su maldad afirme.
Largas sus esperanzas,
Y para conseguir el tiempo breve,
Penosas las mudanzas
Del aire, sol y nieve,
Que en nuestro daño el cielo airado mueve.
Con rigor enemigo
Las cosas entre sí todas pelean
Mas el hombre consigo,
Contra él todas se emplean,
Y toda perdicion suya desean.
La pobreza envidiosa
Es de los por quien fué más alabada,
Mas esta no reposa
Para ser conservada,
Ni puede aquella tener gusto en nada.
La soledad huida
Es de los por quien fué más alabada,
La trápala seguida
Y con sudor comprada
De aquellos por quien fué menospreciada.
Es el mayor amigo
(Espejo, dia, lumbre en que nos vemos),
En presencia testigo
Del bien que no tenemos,
Y en ausencia del mal que no hacemos.
Pródigo en prometernos,
Y en cumplir tus promesas, mundo, avaro,
Tus cargos y gobiernos
Nos enseñan bien claro
Que es tu mayor placer, de balde, caro.

Guay de aquel que procura,
Pues hace la prision, adó se queda
En servidumbre dura,
Cual gusano de seda.
Que en su delgada fábrica se enreda.
Porque el mejor es cargo,
Y muy pesado de llevar agora,
Y despues más amargo,
Pues perdeis á deshora
Su breve gusto, que sin fin se llora.
Tal es la desventura
De nuestra vida y la miseria della,
Que es próspera ventura
Nunca jamás tenella
Con justo sobresalto de perdella.
De do, señores, nace
Que nadie de su estado está contento,
Y más le satisface
Al libre el casamiento,
Y al que es casado el libre pensamiento.
¡Oh dichosos tratantes!
Ya quebrantado del pasado yerro,
Escapado denantes
Por hacer tanto yerro,
Dice el soldado en áspero destierro;
Que pasais vuestra vida
Muy libre ya de trabajosa pena,
Segura la comida,
Y mucho más la cena,
Llena de risa, y de pesar ajena.
¡Oh dichoso soldado!
Responde el mercader del espacioso
Mar en alto llevado
Que gozas de reposo
Con presta muerte ó con vencer glorioso

El rústico villano
La vida con razon envidia y ama
Del consulto tirano,
Que desde la su cama
Oye la voz del consultor que llama;
El cual por la fianza
Del campo á la ciudad por mal llevado,
Llama sin esperanza
Del buey y corvo arado
A la ciudad, no bienaventurado.
Y no sólo sujetos
Los hombres viven á miserias tales,
Que por ser más perfetos,
Lo son todos sus males,
Sino tambien los brutos animales.
Del arado quejoso
El perezoso buey pide la silla,
Y el caballo brioso
(Mirad qué maravilla)
Querria más arar que no sufrilla;
Y lo que más admira,
Mundo cruel, de tu costumbre mala,
Es ver cómo al que aspira
Al bien que le señala,
Su misma inclinacion luégo resbala.
Pues no tan presto llega
El término por él tan deseado,
Cuando es de torpe y ciega
Voluntad despreciado,
O de fortuna en tierno agraz cortado.
Bastáranos la prueba
Que en otros tiempos ha la muerte hecho,
Sin la funesta nueva
De don Juan cuyo pecho
Alevemente della fué deshecho;

Con lágrimas de fuego,
Hasta quedar en ellas abrasado,
Ó por lo ménos ciego,
De miserias llorado,
Viniese á ser de todos consolado.
La rigurosa muerte,
Del bien de los cristianos envidiosa,
Rompió de un golpe fuerte
La esperanza dichosa,
Y del infiel la pena temerosa;
Mas porque de cumplida
Gloria no goce, de morir tal hombre;
La gente descreida,
Tu muerte les asombre
Con sólo la memoria de tu nombre.
Sientan lo que sentimos,
Su gloria vaya con pesar mezclada,
Recuérdense que vimos
La mar acrecentada
Con su sangre vertida y no vengada.
La grave desventura
Del lusitano, por su mal valiente,
La soberbia bravura
De su animosa gente
Desbaratada miserablemente,
Siempre debe llorarse,
Si como manda la razon se llora;
Mas no podrá jactarse
La parte vencedora,
Pues reyes dió por rey la gente mora.
Ansí que, nuestra pena
No les puede causar perpétua gloria,
Pues siendo toda llena
De sangrienta memoria,
No se puede llamar buena victoria.

Callo las otras muertes
De tantos reyes en tan pocos dias,
Cuyas fúnebres suertes
Fueron anatomías,
Que liquidar podrán las peñas frias.
Sin duda cosas tales
Que en nuestro daño todas se conjuran,
De venideros males
Muestras nos aseguran,
Y al fin universal nos apresuran.
¡Oh ciego desatino!
Que llevas nuestras almas encantadas
Por áspero camino,
Por partes desusadas,
Al reino del olvido condenadas;
Sacude con presteza
Del leve corazon el grave sueño
Y la tibia pereza,
Que con razon desdeño,
Y al ejercicio aspira que te enseño.
Soy hombre piadoso
De tu misma salud, que va perdida;
Sácala del penoso
Trance do está metida;
Evitarás la natural caida,
A la cual nos inclina
La justa pena del primer bocado;
Mas en la rica mina
Del inmortal costado,
Muerto de amor, serás vivificado.

DEL CONOCIMIENTO DE SÍ MISMO.

Cancion.

En el profundo del abismo estaba

Del no ser encerrado y detenido,
Sin poder ni saber salir afuera,
Y todo lo que es algo en mí faltaba,
La vida, el alma, el cuerpo y el sentido,
Y en fin, mi sér no sér entónces era,
Y así desta manera
Estuve eternalmente,
Nada visible y sin tratar con gente;
En tal suerte que áun era muy más buena
Del ancho mar la más menuda arena,
Y el gusanillo de la gente hollado
Un rey era, conmigo comparado.
Estando, pues, en tal tiniebla escura,
Volviendo ya con cuerpo presuroso
El sexto siglo el estrellado cielo,
Miró el gran padre, Dios, de la natura,
Y vióme en sí benigno y amoroso,
Y sacóme á la luz de aqueste suelo;
Vistióme deste velo
De flaca carne y hueso,
Mas dióme el alma, á quien no hubiera peso
Que impidiera llegar á la presencia
De la divina é inefable Esencia,
Si la primera culpa no agravára
Su ligereza, y alas derribára.
¡Oh culpa amarga, y cuánto bien quitaste
Al alma mia, cuánto mal hiciste!
Luégo que fué criada y junto infusa,
Tú de gracia y justicia la privaste,
Y al mismo Dios contraria la pusiste,
Ciega, enemiga, sin favor, confusa.
Por tí siempre rehusa
El bien y la molesta
La virtud, y á los vicios está presta;
Por tí la fiera muerte ensangrentada,

Por tí toda miseria tuvo entrada,
Hambre, dolor, gemido, fuego, invierno,
Pobreza, enfermedad, pecado, infierno.
Así que, en los pañales del pecado
Fuí (como todos) luego al punto envuelto,
Y con la obligacion de eterna pena
Con tanta fuerza y tan estrecho atado,
Que no pudiera della verme suelto
En virtud propia ni en virtud ajena,
Sino de aquella, llena
De piedad, tan fuerte
Bondad que con su muerte á nuestra muerte
Mató, y gloriosamente hubo deshecho,
Rompiendo el amoroso y sacro pecho
De donde mana soberana fuente
De gracia y de salud á toda gente.
En esto plugo á la bondad inmensa
Darme otro sér más alto que tenía
Bañándome en el agua consagrada.
Quedó con esto limpio de la ofensa,
Graciosísima y bella el alma mia,
De mil bienes y dones adornada;
En fin, cual desposada
Con el Rey de la gloria.
¡Oh cuán dulce y suavísima memoria!
Allí la recibió por cara esposa,
Y allí le prometió de no amar cosa
Fuera dél ó por él mientras viviese.
¡Oh si (de hoy más siquiera) lo cumpliese!
Crecí despues y fuí en edad entrando,
Llegue á la discrecion, con que debiera
Entregarme á quien tanto me habia dado,
Y en vez desto, la lealtad quebrando
Que en el baptismo sacro prometiera
Y con mi propio nombre habia firmado,

Aun no hubo bien llegado
El deleite vicioso
Del cruel enemigo venenoso,
Cuando con todo dí en un punto al trasto.
¿Hay corazon tan duro en sí, que baste
A no romperse dentro en nuestro seno,
De pena el mio, de lástima el ajeno?
Más que la tierra queda tenebrosa
Cuando su claro rostro el sol ausenta,
Y á bañar lleva al mar su carro de oro;
Más estéril, más seca y pedregosa
Que cuando largo tiempo está sedienta,
Quedó mi alma sin aquel tesoro
Por quien yo plaño y lloro,
Y hay que llorar contino,
Pues que quedé sin luz del sol divino
Y sin aquel rocío soberano
Que obraba en ella el celestial verano;
Ciega, disforme, torpe, y á la hora
Hecha una vil esclava, de señora.
¡Oh Padre inmenso, que inmovible estan-
Das á las cosas movimiento y vida, [do,
Y las gobiernas tan suavemente,
¿Qué amor detuvo tu justicia cuando
Mi alma, tan ingrata y atrevida,
Dejando á tí, del bien eterno fuente,
Con ánsia tan ardiente
En aguas detenidas
De cisternas corruptas y podridas
Se echó de pechos ante tu presencia?
¡Oh divina y altísima clemencia!
¡Que no me despeñases al momento
En el lago profundo del tormento!
Sufrióme entónces tu piedad divina
Y sacóme de aquel hediondo cieno,

Do sin sentir aún el hedor estaba
Con falsa paz el ánima mezquina,
Juzgando por tan rico y tan sereno
El miserable estado que gozaba,
Que sólo deseaba
Perpétuo aquel contento;
Pero sopló á deshora un manso viento
Del Espíritu eterno, y enviando
Un aire dulce al alma, fué llevando
La espesa niebla que la luz cubria,
Dándole un claro y muy sereno dia.
Vió luégo de su estado la vileza,
En que guardando inmundos animales,
De su tan vil manjar áun no se hartaba;
Vió el fruto del deleite y de torpeza
Ser confusion y penas tan mortales;
Temió la recta y no doblada vara,
Y la severa cara
De aquel Juez sempiterno.
La muerte, juicio, gloria, fuego, infierno,
Cada cual acudiendo por su parte,
La cercan con tal fuerza y de tal arte,
Que quedando confuso y temeroso,
Temblando estaba, sin hallar reposo.
Ya que, en mí vuelto, sosegué algun tanto,
En lágrimas bañando el pecho y suelo,
Y con suspiros abrasando el viento,
«Padre piadoso, dije, Padre santo,
Benigno Padre, Padre de consuelo,
Perdonad, Padre, aqueste atrevimiento;
A vos vengo, aunque siento
(De mí mismo corrido)
Que no merezco ser de vos oido;
Mas mirad las heridas que me han hecho
Mis pecados, cuán roto y cuán deshecho

Me tienen, y cuán pobre y miserable,
Ciego, leproso, enfermo, lamentable.
»Mostrad vuestras entrañas amorosas
En recibirme agora y perdonarme,
Pues es, benigno Dios, tan propio vuestro
Tener piedad de todas vuestras cosas.
Y si os place, señor, de castigarme,
No me entregueis al enemigo nuestro;
A diestro y á siniestro
Tomad vos la venganza,
Herid en mí con fuego, azote y lanza;
Cortad, quemad, romped, sin duelo alguno
Atormentad mis miembros de uno á uno,
Con que, despues de aqueste tal castigo,
Volvais á ser, mi Dios, mi buen amigo.»
Apenas hube dicho aquesto, cuando
Con los brazos abiertos me levanta,
Y me otorga su amor, su gracia y vida,
Y á mis males y llagas aplicando
La medicina soberana y santa
A tal enfermedad constituida,
Me deja sin herida,
De todo punto sano,
Pero con las heridas del tirano
Hábito, que iba ya en naturaleza
Volviéndose, y con una tal flaqueza,
Que aunque sané del mal y su accidente,
Diez años há que soy convaleciente.

CANCION AL NACIMIENTO DE LA HIJA DEL MARQUÉS DE ALCAÑICES

Inspira nuevo canto,
Calíope, en mi pecho en este dia,
Que de los Borjas canto

Y Enriquez la alegría,
Y el rico dón que el cielo les envia.
Hermoso sol luciente,
Que el dia traes y llevas rodeado
De luz resplandeciente
Más de lo acostumbrado;
Sol, ya verás nacido tu traslado.
O si te place ahora,
En region solitaria y escondida
Detente allá en buen hora;
Que con la luz nacida
Podrá ser nuestra esfera esclarecida.
Alma divina, en velo
De femeniles miembros encerrada,
Cuando veniste al suelo
Robaste de pasada
La celestial riquísima morada.
Diéronte bien sin cuento
Con voluntad conforme y amorosa
Quien rige el movimiento,
Sexto, con la alta diosa
Que en la tercera rueda es poderosa.
De tu belleza rara
El envidioso viejo mal pagado,
Torció el paso y la cara,
Y el fiero Marte airado
El camino dejó desocupado;
Y el rojo y crespo Apolo,
Que tus pasos guiando, decendia
Contigo al bajo polo,
La cítara heria,
Y con divino canto así decia:
«Deciende en punto bueno,
Espíritu real, al cuerpo hermoso,
Que en el ilustre seno

Está ya deseoso
de dar á tu valor digno reposo.
»El te dará la gloria
que en el eterno cerco es más tenida,
De abuelos clara historia,
A quien das nueva vida,
Por quien la grande España fué regida.
»Daráte en cambio desto,
De los eternos bienes la nobleza,
Deseo alto, honesto,
Generosa grandeza,
Claro saber, fe llena de pureza.
»Y en tu rostro se vean
De tu beldad sin par vivas señales,
Y tus dos ojos sean
Lumbreras celestiales,
Que lleven al bien sumo los mortales.
»Por todo el delicado
Cuerpo, como por vidrio transparente,
Resplandor admirado
Gracia resplandeciente,
Divina, se descubre abiertamente.
»La esclarecida abuela,
Dechado de virtud y de hermosura,
De quien gloriosa vuela
La fama, en quien la dura
Muerte mostró lo poco que el bien dura;
»Y todas cuantas precio
De gracia y hermosura hayan tenido
Sean por tí en desprecio
Y puestas en olvido,
Cual hace la verdad con lo fingido.
»¡Ay tristes! ay dichosos
Los ojos que te vieren con sosiego
Si fueren venturosos

Antes que prenda el fuego,
Contra quien no valdrán oro ni fuego!
»Ilustre y tierna planta,
Gozo del claro tronco y generoso,
Creciendo se levanta
A estado el más dichoso
De cuantos vuelve el globo poderoso.»

EPITAFIO AL TÚMULO DEL PRÍNCIPE DON CÁRLOS.

Aquí yacen de Cárlos los despojos;
La parte principal volvióse al cielo,
Con ella fué el valor; quedóle al suelo
Miedo en el corazon, llanto en los ojos.

CANCION Á LA MUERTE DEL MISMO.

Quien viere el suntuoso
Túmulo al alto cielo levantado,
De luto rodeado,
De lumbres mil copioso,
Si se para á mirar quién es el muerto,
Será desde hoy bien cierto
Que no podrá en el mundo bastar nada
Para estorbar la fiera muerte airada;
Ni edad, ni gentileza,
Ni sangre real antigua y generosa,
Ni de la más gloriosa
Corona la belleza,
Ni fuerte corazon, ni muestras claras
De altas virtudes raras,
Ni tan grande padre, ni tan grande abuelo,
Que llenan con su fama tierra y cielo.
¿Quien ha de estar seguro,

Pues la fénix que sola tuvo el mundo,
Y otro Cárlos Segundo,
Nos lleva el hado duro,
Y vimos sin color tu blanca cara,
A su España tan cara,
Como la tierna rosa delicada,
Que fué sin tiempo y sin sazon cortada?
Ilustre y alto mozo,
A quien el cielo dió tan corta vida,
Que apénas fué sentida,
Fuiste breve gozo,
Y ahora luengo llanto de tu España,
De Flándes y Alemaña,
Italia, y de aquel mundo nuevo y rico
Con quien cualquier imperio es corto y chico.
No temas que la muerte
Vaya de tus despojos vitoriosa,
Antes irá medrosa
De tu espíritu fuerte,
Las ínclitas hazañas que hicieras,
Los triunfos que tuvieras;
Y vió que á no perderte se perdia,
Y así el mismo temor le dió osadía

SONETOS.

Amor casi de un vuelo me ha encumbrado
Adonde no llegó ni el pensamiento,
Mas toda esta grandeza de contento
Me turba y entristece este cuidado:
Que temo que no venga derrocado
Al suelo por faltarle fundamento;
Que lo que en breve sube en alto asiento,
Suele desfallecer apresurado.
Mas luégo me consuela y asegura

El ver que soy, señora ilustre, obra
De vuestra sola gracia, y que en vos fio.
Porque conservaréis vuestra hechura,
Mis faltas supliréis con vuestra sobra
Y vuestro bien hará durable el mio.

Alargo enfermo el paso, y vuelvo, cuanto
Alargo el paso, atras el pensamiento.
No vuelvo, que ántes siempre miro atento
La causa de mi gozo y de mi llanto.
Allí estoy firme y quedo; mas en tanto,
Llevado del contrario movimiento
(Cual hace el extendido en el tormento),
Padezco fiero mal, fiero quebranto.
En partes, pues, diversas dividida
El alma, por huir tan cruda pena
Desea dar ya al suelo estos despojos.
Gime, suspira y llora dividida,
Y en medio del llorar sólo esto suena:
¿Cuándo volveré, Nise, á ver tus ojos?

Agora con la aurora se levanta
Mi luz, agora coge en rico ñudo
El hermoso cabello, agora el crudo
Pecho ciñe con oro, y la garganta.
Agora vuelta al cielo pura y santa,
Las manos y ojos bellos alza, y pudo
Dolerse agora de mi mal agudo,
Agora incomparable tañe y canta.
Ansí digo, y del dulce error llevado,
Presente ante mis ojos la imagino,
Y lleno de humildad y amor la adoro.
Mas luégo vuelvo en sí el engañado

Animo, y conociendo el desatino,
La rienda suelta largamente al lloro.

¡Oh cortesía, oh dulce acogimiento,
Oh celestial saber, oh gracia pura,
Oh de valor dotado y de dulzura,
Pecho real, honesto pensamiento!
¡Oh luces, del amor querido asiento,
Oh boca donde vive la hermosura,
Oh habla suavísima, oh figura
Angélica, oh mano, oh sábio acento!
Quien tiene en sólo vos atesorado
Su gozo y vida alegre da y su consuelo,
Su bienaventura y rica suerte,
Cuando de vos se viere desterrado,
¡Ay! ¿qué le quedará sino es recelo,
Y noche y amargor y llanto y muerte?

Despues que no descubren su lucero
Mis ojos lagrimosos noche y dia,
Llevado del error, sin vela y guia,
Navego por un mar amargo y fiero.
El deseo, la ausencia, el carnicero
Recelo, y de la ciega fantasía
Las olas muy furiosas á porfía
Me llegan al peligro postrimero.
Aquí una voz me dice cobre aliento,
Señora, con la fé que me habeis dado,
Y en mil y mil maneras repetido;
Mas ¿cuánto desto allá llevado ha el viento?
Respondo, y á las olas entregado,
El puerto desespero, el hondo pido.

LIBRO II.

TRADUCCIONES É IMITACIONES DE POETAS PROFANOS.

VIRGILIO.

ÉGLOGA PRIMERA.

Titiro y Melibeo.

MELIBEO.

Tú, Titiro, á la sombra descansando
Desta tendida haya, con la avena
El verso pastoril vas acordando.
Nosotros desterrados, tú sin pena
Cantas de tu pastora, alegre, ocioso,
Y tu pastora el valle y monte suena.

TITIRO.

Pastor, este descanso tan dichoso
Dios me lo concedió; que reputado
Será de mí por Dios aquel piadoso,

Y bañará con sangre su sagrado
Altar muy muchas veces el cordero
Tierno de mis ganados degollado;
Que por su beneficio soy vaquero,
Y canto, como ves, pastorilmente
Lo que me da contento y lo que quiero.

MELIBEO.

No te envidio tu bien, mas grandemente
Me maravillo haberte sucedido
En tanta turbacion tan felizmente.
Todos de nuestro patrio y dulce nido
Andamos alanzados. Vesme agora
Aquí cuál voy enfermo y dolorido,
Y guio mis cabrillas; y esta que ahora
En medio de aquellos árboles parida,
¡Ay! con lo que el rebaño se mejora,
Dejó dos cabritillos, dolorida,
Encima de una losa, fatigado,
De mí sobre los hombros es traida.
¡Ay triste! que este mal y crudo hado,
A nuestro entendimiento no estar ciego,
Mil veces nos estaba denunciado.
Los robles lo decian, ya con fuego
Tocados celestial, y lo decia
La siniestra corneja desde luégo.
Mas tú, si no te ofende mi porfía,
Declárame, pastor, abiertamente
Quién es aqueste dios de tu alegría.

TITIRO.

Pensaba, Melibeo, neciamente,
Pensaba yo que aquella que es llamada
Roma no era en nada diferente
De aquesta villa nuestra acostumbrada.

Adonde las más veces los pastores
Llevamos ya la cria destetada.
Así con los perrillos los mayores,
Así con las ovejas los corderos,
Y con las cosas grandes las menores
Solia comparar; mas los primeros
Lugares con aquélla comparados,
Son como dos extremos verdaderos;
Que son de Roma ansí sobrepujados
Cual suelen del ciprés alto y subido
Los bajos romerales ser sobrados.

MELIBEO.

Pues dí, ¿cuál fué la causa que movido
A Roma te llevó?

TITIRO.

Fué libertarme;
Lo cual, aunque algo tarde, he conseguido.
Que al fin la libertad quiso mirarme
Despues de luengo tiempo, y ya sembrado
De canas la cabeza, pudo hallarme
Despues que Galatea me ha dejado,
Y soy de la Amarílis prisionero,
Y vivo á su querer todo entregado;
Que en cuanto duró aquel imperio fiero
En mí de Galatea, yo confieso
Que ni curé de mí ni del dinero.
Llevaba yo á la villa mucho queso,
Vendia al sacrificio algun cordero;
Mas no volvia rico yo por eso.

MELIBEO.

Y esto fué aquel semblante lastimero
Que tanto en Galatea me espantaba,

Esto por qué llamaba al cielo fiero;
Esto por qué tristísima dejaba
La fruta sin coger en su cercado,
Pues Titiro, su bien, ausente estaba.
Tú, Titiro, te habias ausentado;
Los pinos y las fuentes te llamaban,
Las hierbas y las flores deste prado.

TITIRO.

¿Qué pude? que mil males cercaban,
Y allí para salir de servidumbre
Los cielos más dispuestos se mostraban.
Que allí vi, Melibeo, aquella cumbre,
Aquel divino mozo por quien uno
Mi altar en cada mes enciende lumbre.
Allí primero del que de otro alguno
Oi: ¡Paced, vaqueros, libremente,
Paced como solia cada uno.»

MELIBEO.

Por manera que á tí perpetuamente
Te queda tu heredad (¡oh bienhadado!),
Aunque pequeña, pero suficiente,
Bastante para tí, demasiado,
Aunque de pedregal y de pantano
Lo más de toda ella está ocupado.
No dañará el vecino grey mal sano
Con males pegadizos tu rebaño,
Ni hara que tu trabajo salga vano;
No causará dolencia al pasto extraño
En lo preñado dél, ni en lo parido
Las hierbas extranjeras harán daño.
Dichoso poseedor, aquí tendido,
De fresco gozarás junto á la fuente,
A la márgen de rio, do has nacido.

Las abejas aquí continuamente
Deste cercado, arras de mil flores,
Te adormirán, sonando blandamente.
Debajo el alta peña sus amores
El tañedor aquí, cantando al viento,
Esparcirá, y la tórtola, dolores.
La tórtola, en el olmo haciendo asiento,
Repetirá su queja, y tus queridas
Palomas sonarán con ronco acento.

TITIRO.

Primero los venados las tendidas
Lagunas pacerán, y el mar primero
Denegará á los peces sus manidas,
Y beberá el germano y parto fiero,
Trocando sus lugares naturales,
El Albi aqueste, el Tigri aquel ligero:
Primero, pues, que aquellas celestiales
Figuras de aquel mozo, de mi pecho
Borradas, desaparezcan las señales.

MELIBEO.

Nosotros pero iremos con despecho,
Unos á los sedientos africanos,
Otros á los de Scitia, campo estrecho;
Y otros á los montes y á los llanos
De Creta, y del todo divididos
De nuestra redondez, á los britanos.
Despues de muchos dias ya corridos,
¡Ay! ¿si vendrá que viendo mis majadas
Las pobres chozas de paternos nidos,
Despues de muchas mieses ya pasadas,
Si viéndolos diré maravillado:
Ay tierras (¡ay dolor!) mal empleadas!
¡Tan buenas posesiones un soldado

Maldito? ¡Y tales mieses tendrá un fiero!
Ved para quién hubimos trabajado.
Ved á cuán miserable y lastimero
Estado á los cuitados ciudadanos
Conduje el obstinado pecho entero.
Vé, pues, Melibeo, y con tus manos
En órden pon las vides, y curioso
Engiere los perales y manzanos.
Andad, ganado mio, ya dichoso,
Dichosas ya en un tiempo, id, cabras mias.
Que ya no cual solia alegre, ocioso,
Ni estando ya tendido en las sombrías
Cuevas, os veré léjos ir paciendo,
Colgadas por las peñas altas frias
No cantaré, ni yéndoos ya paciendo,
Vosotras ni del citiso florido
Ni del amargo sauce iréis comiendo.

TITIRO.

Podrias esta noche, aquí tendido
En blanda y verde hoja, dar reposo
Al cuerpo flaco, al ánimo afligido.
Y cenarémos bien, que estoy copioso
De maduras manzanas, de castañas
Engertas y de queso muy sabroso.
Y ya las sombras caen de las montañas
Más largas, y convidan al sosiego,
Y ya de las aldeas y cabañas
Despide por los techos humo el fuego.

ÉGLOGA II.

Alexis.

En fuego Coridon, pastor, ardia

Por el hermoso Alexi, que dulzura
Era de su señor, y conocia
Que toda su esperanza era locura.
Solo, siempre que el sol amanecia,
Entrando de unas hayas la espesura,
Con los montes á solas razonaba,
Y en rudo verso en vano así cantaba:
«No curas de mi mal ni das oido
A mis querellas, crudo, lastimeras,
Ni de misericordia algun sentido,
Alexi, en tus entrañas vive, fieras.
»Yo muero en viva llama consumido,
Tú siempre en desamarme perseveras,
Ni sientes mi dolor ni yo te agrado;
Por donde me será el morir forzado.
»Busca el ganado agora lo sombrío,
Y por las cambroneras espinosas
Metidos los lagartos, buscan frio,
Y Testiles comidas provechosas
Compone á los que abrasa el seco estío,
Con ajos y con hierbas olorosas
Conmigo, por seguirte al sol ardiente,
Resuena la cigarra solamente.
»¡Ay triste! ¿Y no me hubiera mejor sido
Las iras de Amarílis, los enojos
Y su desden soberbio haber sufrido
Y haber dado al Menalca mil despojos?
Bien que es Menalca un poco denegrido,
Bien que tú, en color blanco, hermoso en [ojos;
Mas no fies en eso, que preciada
Sobre la blanca rosa es la violada.
»Despréciasme arrogante, y no te curas
De mí ni de saber cuánto poseo
En queso y en ganado. Las alturas
Pazco con mil ovejas de Libeo;

En el estío, en las heladas duras,
De fresca leche falto no me veo;
Canto como el Anfion ya cantaba
Las veces que sus vacas convocaba.
»Pues ménos soy tan feo; que áun agora
Estando el mar en calma, he contemplado,
Mi rostro en la ribera, y si no mora
Pasion en mí, con Dafni comparado,
No temeré tu voz despreciadora
Ni pensaré de tí ser condenado:
Ansí no condenases las cabañas,
El apriscar la caza, las montañas.
»El perseguir los ciervos temerosos
Con ponzoñosas flechas ¡ay! te agrade,
Al pasto los cabritos deseosos
Guiar con verde acebo no te enfade,
Morar los montes yermos y fragosos
A tí, ni la cabaña, desagrade,
Que puesto entre las selvas y cantando
Conmigo irás al dios Pan imitando.
»El Pan fué el que primero sábiamente
En la flauta diversas voces puso;
De grueso y de tamaño diferente
Con cera muchas cañas Pan compuso;
Pan guarda las ovejas, Pan la gente
Del campo; y no te pese hacer al uso
De la docta zampoña el labio bello,
Que Amintas se perdia por sabello.
»Tengo de siete voces bien formada
Una sonora flauta, que me diera
Dameta ya muriendo en la pasada
Siega, y diciéndome desta manera:
—Tú me sucede en esta, que tocada
Por tí, te acordará de mí siquiera.—
Dametas me la dió, quedó lloroso

Amintas, el tontillo, de envidioso.
»Tengo dos corzos que una oveja cria,
De pelo blanco á manchas variados;
Agótanle las tetas cada dia,
Y fueron con peligro mio hallados:
Llevármelos la Testilis porfia,
Yo para tí los tengo muy guardados,
Y al fin los llevará, pues en mis dones,
Despreciador, los ojos áun no pones.
»Ofrécente las ninfas oficiosas
Sus canastillos, de azucenas llenos;
Coge para tí Nais las blancas rosas,
La viola, los lirios, los amenos
Acantos y amapolas olorosas,
Flores de anís y los tomillos buenos,
Y casia y otras mil hierbas divinas,
Junta con el jazmin las clavellinas.
»Pues yo te cogeré manzanas bellas,
Cubiertas de su flor, y las queridas
Castañas de Amarílis, y con ellas
Ciruelas que merecen ser cogidas.
Tú, mirto, y tú, laurel, iréis sobre ellas,
Que juntos oleis bien. ¡Ay tosco! ¿olvidas
Que Alexi de los dones no hace caso,
Y que, si á dones va, no es Yola escaso?
»¿Qué hice? ¡Ay! sin sentido puesto [fuego
En el rosal amado, en la agua pura
Lancé los jabalís, turbé el sosiego
Del líquido cristal. ¡Ay! la espesura
Del bosque moró Apolo; ¿qué huyes, ciego?
Y el Páris en el bosque halló ventura;
Pálas more sus techos suntuosos,
Nosotros por los bosques deleitosos.
»Por las montañas la leona fiera
Al ya no osado lobo hambrienta sigue,

El lobo carnicero á la ligera
Cabra de dia y de noche la persigue,
En pos de la retama y cambronera
La cabra golosísima prosigue,
Yo en pos de tí, oh Alexi, te importuno,
Y en pos de sus deleites cada uno.
»Su obra ya los bueyes fenecida
Y puesto sobre el yugo el lúcio arado,
Se tornan, y la sombra ya extendida
De Febo, que se pone apresurado,
Huyendo alarga el paso, y la crecida
Llama que arde el pecho áun no ha men-
[guado;
Mas ¿cómo menguará? ¿Quién puso tasa?
¿Quién limitó con ley de amor la brasa?
»¡Ay Coridon! ¡ay triste! Y ¿quién te ha
[hecho
Tan loco, que en tu mal embebecido,
La vid áun no has podado? Vuelve al pecho.
Recobra el varonil vigor perdido,
Haz algo necesario ó de provecho,
De blanco junco ó mimbre algun tejido;
Que si te huye aqueste desdeñoso,
No faltará otro, Alexi, más sabroso.»

ÉGLOGA III.

Dametas, Menalcas, Palemon.

MENALCAS.

Dime, ¿es de Melibeo este ganado?

DAMETAS.

No es, sino de Egon, que el mismo Ego
Agora me le habia encomendado.

MENALCAS.

¡Ovejas desdichadas! Hace entrego
De sí mismo á Neera, preferido
Porque yo le sea, y arde en fuego,
Y fia su ganado á un perdido.
Ordéñasle dos veces en un hora,
La madre dejas seca, y desvalido
El hijo.

DAMETAS.

Paso, amigo, que áun agora
Me acuerdo quién tú eres, ya entendistes,
Y adónde, aunque la diosa que allí mora
Con ojos lo miró no nada tristes,
Y de traves las cabras lo miraron. [oistes?
Mirad que hablais con hombres; ¿bien me

MENALCAS.

Sí, sí, en el mismo tiempo que me hallaron
Cortando de Micones las posturas
Con mala podadera, y me prendaron.

DAMETAS.

O cuando junto á aquellas espesuras
El arco y la zampoña quebrantabas
De Dafni con entrañas, malo, duras,
En envidiosa rabia te abrasabas,
Porque la habia al zagalejo dado,
Y si algun mal no hicieras, reventabas.

MENALCAS.

¿Qué no osará quien puede, si un malvado
Ladron ansí se atreve? Dí, atrevido,
¿No fué de tí un cabron á Damo hurtado,

Y la Licisca al cielo alzó el ladrido?
Grité: «Dó sale aquel, Titiro, mira.»
Tú en la Juncada estabas escondido.

DAMETAS.

Cantando vencí á Damo; ¿quién me tira
Cobrar lo que mi musa mereciera,
Si Damo de lo puesto se retira?
Si no lo sabes, mio el cabron era,
Y el mismo Damo serlo confesaba,
Negábamelo no sé en qué manera.

MENALCAS.

¿Tú á él? ¿tú tocas flauta? No sonaba
Tu caramillo vil por los oteros,
Y el verso miserable áun no igualaba?

DAMETAS.

Pues ¿quieres que probemos esos fieros?
Yo pongo esta becerra que dos cria,
Y hinche cada tarde dos lecheros.
Yo pongo, no rehuyas la porfía;
Tú di lo que pondrás, y experimenta
Adó llega tu musa, adó la mia.

MENALCAS.

Del ganado no pongo, que doy cuenta
Por horas á mi padre, y una dura
Madrastra los cabritos tambien cuenta;
Mas si adelante llevas tu locura,
Pondré lo que dirás que es más precioso
Dos vasos ricos de haya y bella hechura
Labrólo Almicedon ingenioso,
Formó por la redonda entretegido,
Como de hiedra y vid, un lazo hermoso.

En el medio de bulto está esculpido
El Conon, y aquel otro que pusiera
El mundo por sus partes repartido;
El que mostró la siega y sementera,
Y del arar el tiempo conveniente.
Nuevos los tengo en casa en su vascra.

DAMETAS.

Del mismo hube otros dos extrañamente
Hechos; las asas ciñe un verde acanto,
Y en medio del relieve está eminente
Orfeo, y su montaña atenta al canto.
Nunca los estrené; más comparada
La vaca, los tus vasos no son tanto.

MENALCAS.

Saldré á cualquier partido, y si te agrada,
Será juez Palemon, que allí viene,
Que yo enmudeceré tu voz osada.

DAMETAS.

Harélo, que á mí nadie me detiene;
Mas para escarmentar á este osado,
Que atiendas bien, Palemon, nos conviene.

PALEMON.

Sobre esta hierba donde estoy sentado
Cantad, que agora el tiempo nos convida,
Que viste de verdura y flor el prado;
Agora el bosque cobra la perdida
Hoja, y agora el año es más hermoso,
Y agora inspira el cielo gozo y vida.
Comienza tú, Dameta, y tú, gracioso
Menalcas, le responde alternamente;
Que el responderse á veces es sabroso.

DAMETAS.

De Júpiter diré primeramente;
Que hinche cuanto veo y determino,
Y oye mi cantar atentamente.

MENALCAS.

Y á mí Febo me ama y de continuo
Sus dones le presento, el colorado
Jacinto y el laurel verde divino.

DAMETAS.

Traviesa Galatea me ha tirado.
Perdida por ser vista, una manzana,
Y luégo entre los sauces se ha lanzado.

MENALCAS.

Mi dulce fuego, Amintas, de su gana
Se viene á mi cabaña, conocído
Más ya de mis mastines que Diana.

DAMETAS.

Ya tengo con qué hacer á mi querido
Amor gentil presente, porque veo
Adónde dos palomas hacen nido.

MENALCAS.

Conforme yo al poder y no al deseo,
Diez cidras á mi bien he presentado;
Y mañana otras diez dalle deseo.

DAMETAS.

¡Oh cuántas y qué cosas platicado
Conmigo ha Galatea! ¡oh si el viento
Algo dello á los dioses ha contado!

MENALCAS.

¿Qué me sirve que, Amintas, mi contento
Desees, si guardo en la parada,
Y sigues tú del gamo el movimiento?

DAMETAS.

Enviame á la Filis, que es llegada
Mi fiesta, y ven tú, Yola, cuando fuere
La vaca por mí á Céres degollada.

MENALCAS.

Amo á la hermosa Filis, que me quiero,
Que me dijo llorosa en la partida:
«Adios, gentil zagal, si no te viere.»

DAMETAS.

El lobo es al ganado y la avenida
A las mieses, al árbol enemigo
El viento, á mí Amaril embravecida.

MENALCAS.

Ama el sembrado el agua, sigue amigo
La rama el cabritillo destetado,
La madre el sauz, yo solo Amintas sigo.

DAMETAS.

Mi musa pastoril ha contentado
A Polio; pues paced con mano llena,
Musas, una ternera á vuestro amado.

MENALCAS.

De versos tiene Polio rica vena;
Un toro le criad que á cuerno hiera.
Y con los piés esparza ya la arena.

DAMETAS.

Quien, Polio, bien te quiere, lo que espera
Le venga, y de la encina dulces dones,
Y amomo coja de la zarza fiera

MENALCAS.

Quien no aborrece á Bavio, los borrones
Ame de Mevio y lea, y juntamente
Las zorras una, ordeñe los cabrones.

DAMETAS.

Los que robais el prado floreciente,
Huid presto ligeros, que se asconde
Debajo de la hierba la serpiente.

MENALCAS.

Mirad por el ganado que no ahonde
El paso, que la orilla es mal segura,
¿No veis cuál se mojó el carnero, y dónde?

DAMETAS.

No pazcas par del rio, á la espesura
Guia, Titiro, el hato, que á su hora
Yo le bañaré todo en fuente pura.

MENALCAS.

Las ovejas, zagal, recoge, que hora
Si las coge el calor, despues en vano
Se cansará la palma ordeñadora.

DAMETAS.

¡Ay! ¡en cuán buenos pastos, cuán mal sano
Y flaco estás, mi toro! Y al ganado
Y al ganadero mata amor insano.

MENALCAS.

El mal destos corderos no es cansado
De amor; y tienen sólo hueso y cuero;
No sé cuál ojo malo os ha mirado.

DAMETAS.

Dime dónde, y tenerte he por certero,
Tenerte por Apolo; deste cielo
Apénas se descubre un codo entero.

MENALCAS.

Mas dime tú adó produce el suelo
En las rosas escritos los reales
Nombres, y goza á Fílis sin recelo.

PALEMON.

No es mio el sentenciar contiendas tales,
Y tú mereces y éste la becerra,
Y quien canta de amor los dulces males,
Y quien prueba de amor la larga guerra.

ÉGLOGA IV.

Sicelides.

Un poco más alcemos nuestro canto,
Musa; que no conviene á todo oido
Decir de las humildes ramas tanto.
El campo no es de todos recibido,
Y si cantamos campo, el campo sea
Que merezca del Cónsul ser oido,
La postrimera edad de la Cumea,
Y la doncella vírgen ya es llegada,
Y torna el reinado de Saturno y Rea.

Los siglos tornan de la edad dorada;
De nuevo largos años nos envia
El cielo, y nueva gente en sí engendrada.
Tú, luna casta, llena de alegría
Favorece, pues reina ya tu Apolo,
Al niño que nació en aqueste dia.
El hierro lanzará del mundo él solo,
Y de un linaje de oro el más preciado
El uno poblará y el otro polo.
En este vuestro, en este consulado,
Polio, de nuestra edad gran hermosura,
Tendrá principio el rico y alto hado.
En él comenzarán con luz más pura
Los bienhadados meses su carrera,
Y el mal fenecerá, si alguno dura.
Lo que hay de la maldad nuestra primera
Deshecho, quedarán ya los humanos
Libres de miedo eterno y de ánsia fiera.
Mezclado con los dioses soberanos
De vida gozará (cual ellos) llena
De bienes deleitosos y no vanos.
Verálos, y verán su suerte buena;
Y del valor paterno rodeado,
Cuanto se extiende el mar, cuanto el arena
Con paz gobernará. Pues, niño amado
Este primero dón inculto y puro
El campo te presenta de su grado.
Ya te presenta el campo bien seguro
Vacar, la hiedra verde trepadora,
El lilio blanco, el trébol verde oscuro.
Y las ovejas mismas á su hora
De leche vienen llenas, sin recelo
Del lobo, del leon y de onza mora.
Tus cunas brotan flores, como un velo
Derraman sobre tí de blancas rosas.

Y no prudece ya ponzoña el suelo,
Ni hierbas ni serpientes venenosas;
Antes sin diferencia ha producido
En todas partes hierbas provechosas.
Pues cuando comenzáre en tí el sentido
De la virtud, y fueres ya leyendo
Los hechos de tu padre esclarecido,
De suyo se irá el campo enrojeciendo
Con fértiles espigas, y colgadas
Las uvas en la zarza irá creciendo.
Los robles en las selvas apartadas
Miel dulce manarán, mas todavía
Del mal antiguo quedarán pisadas.
Habrá quien navegando noche y dia
Corra la onda mar, quien ponga muro
Contra el asalto fiero y batería;
Quien rompa arando el campo seco y duro.
Habrá otro Tifi y Argo, otros nombrados
Que huyan por la gloria el ocio escuro.
Habrá otros desafíos aplazados,
Irá otra vez á Troya, conducido
De su virtud, Aquíles y sus hados
Mas ya cuando la edad firme crecido
Te hiciere varon, el marinero
La mar pondrá y las naves en olvido.
El pino mercader, rico y velero,
No ya de sus confines alejado,
Lo propio trocará con lo extranjero.
Que adonde quiera todo será hallado
Sin reja, sin esteva y podadera,
Sin que ande al yugo el toro el cuello atado.
No mudará la lana su primera
Color, con artificios enseñada
A demostrarse otra de lo que era,
Porque en la oveja nace colorada.

Con carnesí agradable y con hermoso
Rojo y con amarillo inficionada.
El sandix de sí mismo en el vicioso
Prado pacido viste á los corderos
Por hado no mudable ni dudoso.
Porque con voz concorde, y sus ligeros
Usos, las Parcas dicen, volteando:
«Venid tales los siglos venideros.»
Emprende, que ya el tiempo viene andando,
Pimpollo ó divinal obra del cielo,
Lo grande que á tí sólo está esperando.
Mira el redondo mundo, mira el suelo,
Mira la mar tendida, el aire y todo,
Leda esperando el siglo de consuelo.
¡Oh, si el benigno hado de tal modo
Mis años alargase, que pudiese
Tus hechos celebrar y bien del todo!
Que si conmigo Orfeo contendiese,
Y si cantando contendiese el Lino,
Aunque la madre y padre destos fuese,
Caliope de Orfeo, y del divino
Lino el hermoso Apolo, no sería
Mi canto que su canto ménos dino;
Ni el dios de Arcadia, Pan, me venceria,
Y aunque fuese juez la Arcadia desto,
La Arcadia en mi favor pronunciaria.
Conoce pues con blando y dulce gesto
¡Oh niño! ya á tu madre, que el preñado
Por largos meses diez le fué molesto.
Conócela; que á quien no han hablado
Los padres con amor y abrazo estrecho,
Ni á su mesa los dioses le han sentado,
Ni le admiten las diosas á su lecho.

ÉGLOGA V.

Menalcas, Mopso.

MENALCAS.

Pues nos hallamos juntos, Mopso, ahora,
Maestros, tú en tañer suavemente,
Y yo en cantar con voz dulce y sonora.
¿Por qué no nos sentamos juntamente
Debajo destos corilos, mezclados
Con estos olmos ordenadamente?

MOPSO.

Tú eres el mayor, á tí son dados,
Menalcas, los derechos de mandarme,
Y á mí el obedecer á tus mandatos.
Y pues que así te place, aquí sentarme
A la sombra que el céfiro menea,
O quiero y es mejor allí llegarme.
Al canto de la Cueva, que rodea
(Cual ves), con sus racimos volteando
Silvestre vid, que en torno la hermosea.

MENALCAS.

Conmigo mesmo estoy imaginando
Que Aminta en nuestro canto es quien contigo
Tan sólo competir puede cantando.

MOPSO.

¿Qué mucho es que compita aquel conmigo?
Presumirá vencer al Dios de Delo.

MENALCAS.

Mas dí si hay algo nuevo, Mopso amigo;

Di del amor de Fili y desconsuelo,
O si en loor de Alcon ó de los fieros
De Codro y de tu grey pierde el recelo.
Pierde, que habrá quien guarde los corderos.

MOPSO.

Antes aquestos versos que he compuesto
Quiero probar agora los primeros.
En la corteza escritos los he puesto
De un árbol, y su tono les he dado,
Y di compita Amintas despues desto.

MENALCAS.

Cuanto es el blanco sauz sobrepujado
De la amarilla oliva, y el espliego
Del rosal es vencido colorado;
Tanta ventaja tú, si no estoy ciego,
Haces al mozo Amintas; mas di agora,
Que ya en la cueva estamos, di hora luego.

MOPSO.

A Dafni, pastor muerto con traidora
Y muerte crudelísima, lloraban
Toda la deidad que el agua mora.
Testigos son los rios cuál estaban
Cuando, del miserable cuerpo asidos,
Los padres las estrellas acusaban.
No hubo por quien fuesen conducidos
Los bueyes á beber aquellos dias,
Ni fueron los ganados mantenidos.
Aun los leones mismos en sus frias
Cuevas tu muerte, Dafni, haber llorado
Dicen las selvas bravas y sombrías.
Que por tu mano, Dafni, el yugo atado
Al cuello va el leon y tigre fiero;

Tú el enramar las lanzas has mostrado.
Tú diste á Baco el culto placentero,
Tú de tu campo todo y compañía
Fuiste la hermosura y bien entero;
Ansí como es del olmo el alegría
La vid, y de la vid son las colgadas
Uvas, y de la grey el toro es guía;
Cual hermosea el toro las vacadas,
Como las mieses altas y abundosas
Adornan y enriquecen las aradas.
Y ansí luégo que crudas y envidiosas
Las Parcas te robaron, se partieron
Apolo y sus hermanas muy llorosas.
Pálas y Febo el campo aborrecieron,
Y los sulcos que ya criaban trigo,
De avena y grama estéril se cubrieron.
En vez de la violeta y del amigo
Narciso, de sí mismo brota el suelo
Espina y cardo agudo y enemigo.
Pues esparcid ya rosas, poned velo
A las fuentes de sombra, que servido
Ansí quiere ser Dafni desde el cielo.
Y con dolor, pastores, y gemido
Un túmulo poned, y en el lloroso
Túmulo aqueste verso esté esculpido:
Yo, Dafni, descansando aquí reposo,
Nombrado entre las selvas hasta el cielo,
De hermosa grey pastor muy más hermoso.

MENALCAS.

Cuanto al cansado el sueño en verde suelo
Cuanto el matar la sed en fresco rio
Es causa de deleite y de consuelo,
No ménos dulce ha sido al gusto mio
Tu canto; y no tan sólo en la poesía,

Mas en la voz, si yo no desvarío,
Igualas tu maestro y su armonía.
Dichoso, que por él serâs tenido
Fuera de toda duda y de porfía.
Mas por corresponder á lo que he oido
En la forma y manera que pudiere,
Quiero poner mis versos en tu oido.
Y al cielo encumbraré cuanto en mí fuere
A tu Dafni, diré á tu Dafni encanto,
Que Dafni á mí tambien me quiso y quiere.

MOPSO.

No hay dón que á mi juicio valga tanto,
Y mereció en tus versos ser cantado,
Y ya me los loaron con espanto.

MENALCAS.

De blanca luz en torno rodeado,
Con nueva maravilla Dafni mira
El no ántes visto cielo ni hollado.
Y puesto so sus plantas viendo, admira
Aquellos eternales resplandores,
Y aparta la verdad de la mentira.
Allí pues de otras selvas y pastores,
Alegre, y de otros campos goza y prados,
Con otras ninfas trata sus amores.
No temen allí el lobo los ganados,
Ni las redes tendidas ni el cubierto
Lazo fabrica engaño á los venados.
Ama el descanso Dafni, y del concierto
Los montes y las peñas vocеando;
Dicen: «Menalca es Dios, éste es Dios cierto.
»Favorece pues bueno, prosperando
Los tuyos y sus cosas amoroso;
Los tuyos, que tu nombre van cantando.

»Que en este valle agora y bosque umbroso
Levanto cuatro aras, y dedico
A Dafni dos, y dos á Febo hermoso.
»Y en ellas cada año sacrifico
De leche dos lecheros, y apurada
De ólio vasos dos te sacrifico.
»Y sobre todo, en mesa embriagada,
Abundante con vino y alegría,
Al fuego y á la sombra colocada
»(A la sombra en verano, mas el dia
En que reináre el hielo, junto al fuego),
Tu honor respetarémos á porfía.
»Dametas y el Egon cantarán luégo,
Alfeo imitará tambien, saltando,
Los sátiros con risa y dulce juego.
»Estos tendrás perpétuo siempre cuando
El dia de las ninfas, cuando fuere
El dia que los campos va purgando.
»En cuanto por las cumbres ya paciere
Del monte el jabalí, en cuanto amáre
El rio y en el agua el pez corriere,
»Y en cuanto de tomillo se apastáre
La abeja diligente, y del rocío
La cigarra su canto sustentáre;
»Tanto tu fama y nombre yo confio
Irá más de continuo floreciendo,
Al hielo siempre el mesmo y al estío.
»Como á Céres y á Baco, á tí ofreciendo
Irán sus sacrificios los pastores,
Y sus promesas tú tambien cumpliendo.»

MORSO.

¿Qué dones no serán mucho menores
Que lo que á versos tales es debido?
Tales, que no es posible ser mejores.

Que á mí no me deleita así el sonido
Del viento que silbando se avecina,
Ni las costas heridas con ruido;
Las costas donde acosa la marina,
Ni el rio sonoroso ansí me agrada,
Que en valles pedregosos va y camina.

MENALCAS.

Primero, pues, por mí te será dada
Esta flauta, con que el Alexi hermoso
De mí y la Galatea fué cantada.

MOPSO.

Y tú toma este báculo ñudoso,
Que Antino, mereciendo ser amado,
Nunca me le sacó, y es muy vistoso
En nudos, y con plomo bien chapado.

ÉGLOGA VI.

SILENO.

Primero con el verso siciliano
Se quiso recrear la musa mia,
Y no se desdeñó del trato humano
Y pastoril vivienda mi Talía,
Los reyes ya cantaba y Marte insano,
Mas al oido Febo me decia:
«Conviénete, mi Titiro, primero
Ser guarda de ganado y ser vaquero;
«Conviene al pastor pacer ganado,
Y que la flauta y verso iguales sean.»
Y pues contino, oh Varo, estás cercado
De tantos que de tí cantar desean,
Y que en las tristes guerras sublimado

Ingenio de contino y verso emplean,
Yo quiero con el son de la pastora
Zampoña concertar mi musa agora.
Mandado soy, y si por caso alguno
Si algun aficionado me leyere,
De tí, Varo, mi avena, de tí uno,
En cuanto el cielo en torno se volviere:
El pino cantará, el lauro, el pruno,
Y todo lo que el bosque produjere;
Que no hay cosa que á Febo caiga en grado
Como la carta á do Varo es nombrado.
Digamos, pues, Piérides: Un dia
De Cromis y Mnasilo fué hallado
Silvano en una cueva, que yacia
En sueño, y más en vino, sepultado;
Las venas hinchadísimas tenia
Del vino que bebió el dia pasado,
Y la guirnalda por el suelo estaba,
Mas el barril del asi se colgaba.
Dieron sobre él los mozos, que burlados
Del viejo, muchas veces se dolieron
Acerca de unos versos, y llegados,
Con su guirnalda misma le prendieron.
Egle viniendo, ayuda á los turbados,
Egle bella entre cuantas ninfas fueron;
Y ya despierto y viéndoles, la frente
Con moras le pintaron juntamente.
Entonces él riendo del engaño,
«¿A qué fin proseguis en más atarme?
Baste el haber podido hacerme daño,
Baste el haber podido aprisionarme;
Los versos que pedis, luégo os los taño;
Podeis seguros, dice desatarme,
Los versos para vos, que á esa hermosa
Yo la satisfaré con otra cosa.»

Y comenzó, y del canto la dulzura
Los sátiros movió, movió las fieras,
Del roble y de la encina misma dura
Las cimas menear á compas vieras;
No se alegró de Pindo más la altura
Con Febo y con sus nueve compañeras,
Ni el Rodoque jamas admiro tanto,
Ni el Ismaro, de Orfeo, el dulce canto.
Cantaba en qué manera, en el tendido
Vacío decendiendo derramadas,
Las menudas simientes habian sido
Por acertado caso en sí ayuntadas;
De do la tierra, el aire, el encendido
Fuego, las aguas dulces y saladas
Nacian de principio, y cuán de presto
El tierno mundo fuera ansí compuesto.
Y cómo comenzó á secarse el suelo
Y á su lugar la mar se retiraba,
Y se figura todo, y cómo el cielo
Con nuevo sol las tierras alumbraba;
Ya toman las ligeras nubes vuelo,
Ya el agua en largos hilos abajaba,
Ya crece la floreta y van por ella
Los raros animales sin sabella.
Despues dice las piedras alanzadas
Por Pirra, y de Saturno el reino de oro,
Las aves en el Cáucaso cebadas,
En el sabio ladron del gran tesoro;
Y el Hila, por las costas apartadas
Buscado por demas con triste lloro,
La fuente do quedó, y voz contina,
Que hinche de Hila Hila la marina.
Y habla con Pasifae, dichosa
Si nunca vaca ó toro hubiera habido,
Y dice en su consuelo: «¡Ay! ¡qué afrentosa

Locura ¡ay desdichada! te ha venido?
Jamas apeteció tan torpe cosa
La Preta, aunque bramó por el ejido,
Y aunque temió á su cuello el duro arado,
Y en su frente los cuernos ha buscado.
»¡Ay vírgen desdichada, tú perdida
Andas por la montaña, y él, echado
Debajo un negro roble, en la florida
Hierba reposa el bello y blando lado,
Y pace allí la hierba amortecida,
O por ventura sigue, enamorado,
En medio la copiosa y gran vacada
Alguna hermosa vaca que le agrada.
»Cerrad, ninfas del bosque, las salidas,
Ninfas de las florestas, cerrad luégo;
¡Si acaso encontraré con las queridas,
Con las vagas pisadas de mi fuego?
Que ó las dehesas verdes y floridas
Detienen, ó por caso el amor ciego
Siguiendo, algunas vacas le han traido
Al gortinio pesebre conocido.»
Y canta en pos de aquesto la doncella,
De la rica manzana aficionada,
Y viste de corteza amarga aquella
Hermosa compañía lastimada,
Que del fraterno caso se querella,
Y en álamos subidos transformada,
Y con raiz hondísima los planta
Y con ramas crecidas los levanta.
Y canta cómo Galo en la ribera
De los rios de Permeso hallado
Por una de las nueve hermanas fuera,
Y cómo de la misma fué llevado
Al monte de Parnaso, y la manera
Que el apolíneo coro levantado

Le hizo reverencia, y cómo Lino
Le dijo con acento y són divino.
De flores coronada, le decia:
«Toma, que te da Euterpe aquesta avena,
Que ántes dió al de Ascreo, que movia
Los árboles las veces que la suena:
Con ella cantarás el alegría
De la gortinia selva y suerte buena,
Porque no haya bosque ni floresta
De quien se precie Apolo más que desta.
»¿Qué servirá decir cómo cantada,
O la Scila que á Niso fué traidora,
O la de quien se suena que, cercada
Las ingles de fiereza labradora,
De Ulíses fatigó la noble armada,
Y en el profundo piélago do mora,
¡Ay triste! los medrosos marineros
Despedazó cruel con perros fieros?
»O ¿cómo referia del Tereo
Los miembros transformados, los manjares,
Los dones, el convite crudo y feo
Que le dió Filomena, los pesares
Con que vengó su pena? Y dice arreo
Las alas que la llevan por lugares
Desiertos, con que vuela desdichada
Sobre la que antes fuera su morada.
»Y todo lo que á Febo ya cantando
El bienaventurado Eurota oido
Habia, y el oillo continuando,
Lo habian sus laureles deprendido,
Sileno lo cantaba, y resonando
Los valles, á los cielos va el sonido,
Hasta que ya la estrella apareciendo,
Del pasto las ovejas fué cogiendo.»

ÉGLOGA VII.

Melibeo.

Debajo un roble que, movido al viento,
Hacia blando estruendo, el Dafni estaba,
Y Tirsi y Coridon al mismo asiento
Su hato cada uno amenazaba;
El Tirsi conduciendo ovejas ciento,
Cabras el Coridon apacentaba,
Ambos zagales bellos, ambos diestros,
Y en responder cantando muy maestros.
Allí fué, en cuanto encumbro defendiendo
Los mirtos del mal cierzo, desmandado
Del hato un cabron mio, y yo siguiendo,
Al Dafni vi, dél visto, fuí llamado;
«Aquí ven, Melibeo, aquí corriendo,
Dice, que tu cabron aquí ha parado,
Y si te vaga un poco, aquí tendido
Descansarás la presa que has traido.
»Aquí las vacas por el prado y eras
Se vienen á beber, aquí florecen
Del Mincio en verdes hojas las riberas,
Y los enjambres suenan y adormecen.
Mas ¡quién diera recaudo á mis corderas!
Que ni Fílis ni Alcipe uo parecen,
Y estaban á cantar desafiados
Tirse, el Coridon, y muy trabados.»
Al fin aventajé su canto y ruego
A mi negocio propio, y comenzaron
El uno acometiendo, el otro luégo
Volviendo la respuesta, y porfiaron
Gran pieza así en el dulce y docto juego,
Que á aquesta ley los mismos se obligaron;

El Coridon decia así cantando,
Y el Tirse asi cantaba replicando.

CORIDON.

Amadas musas, inspirarme agora
De versos la feliz y docta vena
Del Codro, que con el que en Delo mora
Cantando á las parejas casi suena;
O si para aquel sólo se atesora
El primor todo de la docta avena,
Colgada para siempre desde luégo
A aqueste pino mi zampoña entrego.

TIRSI.

Este poeta que hora se levanta,
Pastores los de Arcadia, coronado
De hiedra levantad á gloria tanta,
Que con envidia el Codro traspasado
Reviente, y si excediere en lo que canta,
El uno le ceñid y el otro lado,
Con vacar le ceñid la docta frente;
No prenda en él la lengua maldiciente.

CORIDON.

De un jabalí cerdoso te presenta
Esta cabeza el Titiro, oh Diana,
Y estos ramosos cuernos donde cuenta
El ciervo vividor su vida vana;
Y si lo que en el alma representa,
Por medio de tu mano alza y gana
De mármol estarás, y con calzado
De tornasol teñido y de violado.

TIRSI.

Y tú de leche un vaso por ofrenda.

De mí tendrás en cada un año cierto;
No es justo que el pequeño dón te ofenda,
Pues guardas tú, Priapo, un pobre huerto.
De piedra eres ahora, mas si enmienda
El año, de riqueza irás cubierto;
Con oro lucirás si acrecentáre
La nueva cria el año y mejoráre.

CORIDON.

Nerine Galatea, más sabrosa
Que es el tomillo hibleo, y que el nevado
Cisne más blanca mucho, y más hermosa
Que el álamo, de hiedra rodeado,
Si vive en tu sentido y si reposa
De aqueste tu pastor algun cuidado,
Vendrás con pié ligero á mi majada,
En tornando del pasto la vacada.

TIRSI.

Y yo, más que el asensio desabrido,
Más áspero que zarza, y vil te sea
Más que las ovas viles, más huido
Que del lobo es la oveja yo me vea,
Si no se me figura haber crecido
Un siglo aquesta luz odiosa y fea.
Id hartos, id, novillos, ya á la estanza;
Que ya es mala vergüenza tal tardanza.

CORIDON.

Fuentes, de verde musgo rodeadas,
Y más que el blanco sueño hierba amena
Y vos, ramas, que en torno levantadas,
Haceis sombra á la pura y fresca avena;
Debajo de vosotras allegadas
Sosteen las ovejas, que ya suena

El grillo y la vid brota, y ya camina
Viniendo el seco estío, y se avecina.

TIRSI.

Aquí hay hogar y fuego, aquí la llama
Con tea resinosa siempre dura,
Aquí el humo que sube y se derrama
Matiza con hollin, el techo escura;
Aquí si el blanco cierzo sopla y brama,
Curamos de lo mismo que se cura
De no robar el rio su ribera
O de guardar la grey el lobo entera.

CORIDON.

Debajo de sus árboles caida
Yace la fruta, y sobre la montaña
Tuerce, de su serval al ramo asida,
La serva, y del castaño la castaña;
La copia por los campos extendida
El valle y monte todo en gozo baña;
Mas si Alexis sus ojos relucientes
Cubre, se secarán las mismas fuentes.

TIRSI.

Los campos están secos y agostados
Por culpa del sereno aire, muere
La hierba sedienta en los collados,
Tender su hoja ya la vid no quiere;
Serán aquestos daños remediados
Al punto que mi Filis pareciere;
Ante ella su verdor cobrará el suelo,
Y bajará con lluvia larga el cielo.

CORIDON.

El álamo de Alcides es querido,

De Baco la vid sola es estimada,
El mirto de la Vénus siempre ha sido,
Y en el laurel de Febo es Dafne amada
El corilo es de Fílis escogido,
Del corilo la Fílis pues se agrada,
Al corilo conozcan por rey solo
El mirto y el laurel del rojo Apolo.

TIRSI.

Bellísimo en el bosque el fresno crece,
El pino es de los huertos hermosura,
El álamo en los rios bien parece,
La baya de los montes el altura;
Mas cuando ante mis ojos aparece,
¡Oh Licida divina! tu figura,
El pino de los huertos no es hermoso,
El fresno de los bosques no es vistoso.

ÉGLOGA VIII.

Damon, Alfesibeo.

El dulce y docto contender cantando
De Alfeo y Damon, que embebecida
La novilla, admiró, casi olvidando
La hierba y el pacer, por quien perdida
La presa tuvo el lince, y restañando
Los rios sosegaron su corrida;
Digamos pues el canto y los amores
De Alfeo y de Damon, doctos pastores.
¡Oh tú, que hora con remo vitorioso,
O pasas el Timano ó la vecina
Costa! ¿si jamas dia tan dichoso
Veré, que me conceda con voz dina
Cantar tu pecho y brazo valeroso,

Cantar tu verso y musa peregrina?
A lo cual sola dice justamente
La magestad del trágico elocuente.
De tí hizo principio, en tí fenece,
Y todo mi cantar en tí se emplea;
Recibe aquestos versos que te ofrece
La voz que tu querer cumplir desea;
Al vencedor laurel que resplandece
En torno de tu frente y la hermosea,
Consiente que allegada y como asida
Aquesta hierba vaya entretejida.
Apénas de la noche el hielo frio
Habia el claro cielo desechado,
Al tiempo que es dulcísimo el rocío
Sobre las tiernas hierbas al ganado,
Vertiendo de los ojos largo rio,
Al tronco de un olivo recostado,
Damon tocó la flauta lastimero,
Y comenzó á cantar así el primero.

DAMON.

Procede ya, lucero, ante el sol bello,
En tanto que de Nise fementida
Por vil amor trocado me querello,
Y notifico al cielo mi herida
(Bien que nunca hallé provecho en ello)
En esta hora postrera de mi vida.
Y tú suena y conmigo el són levanta,
Zampoña, como en Ménalo se canta.
En Ménalo contino el bosque suena,
En Ménalo los pinos son cantores,
Y siempre oye sus quejas, sus amores,
Con la voz pastoril siempre resuena.
Y siempre oye los dioses de la avena
Dulcísima primeros inventores.

Pues suena y ¡ay! conmigo el són levanta,
Zampoña, como en Ménalo se canta.
Casó Nise con Mopso; ¿qué mistura
No templará el amor? El tigre fiero
Pondrá con la paloma, y por ventura
En uno pacerán lobo y cordero.
Dispónete, que tuya es la ventura:
Sús, Mopso, que por tí sale el lucero.
Y tú suena y conmigo el són levanta,
Zampoña, como en Ménalo se canta.
Mas ¡qué bien empleada la que enfada
De todos, arrogante, y burla hacias;
La que mi sobrecejo y mi cayado,
Mi barba y mi zampoña aborrecias;
La que de nuestras cosas el cuidado
Ajeno de los dioses ser creias!
Pues suena ya y conmigo el són levanta,
Zampoña, como en Ménalo se canta.
Pequeña, y en tu madre y yo por guia,
Te ví entre mis frutales hacer daño,
Las bajas ramas ya alcanzar podia,
Y encima de los doce andaba un año.
Como te ví te dí ¡ay! el alma mia,
Llevóme en pos de tí preso el engaño.
Y tú suena y conmigo el són levanta,
Zampoña, como en Ménalo se canta.
Ya te conozco, Amor: entre las breñas,
En fiero punto, en dia temeroso,
Ni nuestro en sangre, ni con nuestras señas,
De duros garamantas, del fragoso
Rodope procediste, y de las peñas
Del Ismaro, que bate el mar furioso.
Y tú suena y conmigo el són levanta,
Zampoña, como en Ménalo se canta.
Por tí, crudo tiñó la cruda mano

En sus hijos Medea ensangrentada;
Mas ¿cuál fué de los dos más inhumano,
O tú, malvado Amor, ó tú, malvada?
Tú fuiste siempre, Amor, un mal tirano,
Tú fuiste una cruel desapiadada.
Y tú suena y conmigo el són levanta,
Zampoña, como en Ménalo se canta.
Mas ya siquiera huya perseguido
El lobo de la oveja, y sea arreo
Del noble la azucena, y al sonido
Del cisne se aventaje el cuervo feo,
Y Titiro al Arion sea preferido,
Arion sea en mar, en monte Orfeo.
Y tú suena y conmigo el són levanta,
Zampoña, como en Ménalo se canta.
Y siquiera se anegue en todo el mundo,
Vivid, silvas, por tiempo prolongado;
Y yo del alto risco el mar profundo
Venir me determino despeñado;
Si no lo fué el primero, este segundo
Servicio de tí, Nise, será amado.
¡Ay! cesa ya, zampoña, y no levantes
El són ni como en Ménalo más cantes.
Aquí dió fin Damon á su lamento,
Y suspiró profunda y tiernamente;
Tocó del grave mal el sentimiento
El monte, que responde en són doliente.
Y luégo puesto en pié, con nuevo acento,
Sonando la zampoña dulcemente,
Alfeo comenzó: lo que ha cantado
Vos, musas, lo decid: que á mí no es dado.

ALFESIBEO.

Corona aqueste altar con venda y flores,
Agua me da y enciende la verbena,

Encienso fino enciende; en mis dolores
Veré si hay fuerza alguna ó arte buena,
Veré si torno á Dafni á mis amores;
No falta sino el canto: canta y suena
Y di: «Vé, mi conjuro, y la mar pasa,
Y vuelve de la villa á Dafni á casa.»
El canto y el conjuro es poderoso
A retraer la luna reluciente;
En rostro demudó Circe monstruoso
Con cantos de Ulíses á las gentes;
De canto rodeada vigoroso,
Revienta por los prados la serpiente.
Vé presto, mi conjuro, y la mar pasa,
Y vuelve de la villa á Dafni á casa.
Tres cuerdas te rodeo lo primero,
De su color cada una variada
Imágen, y con pié diestro y ligero
Acerca deste altar y ara sagrada
Traerte al rededor tres veces quiero;
Que el número de tres al cielo agrada.
Vé presto, mi conjuro, y la mar pasa,
Y vuelve de la villa á Dafni á casa.
Añuda, oh Amarílis, con tres ñudos
Cada uno destos hilos colorados;
Añuda ya, y no estén los lábios mudos;
Di en cada ñudo destos por tí dados:
«Ñudos de amor estrechos, ciegos, crudos,
Ñudos de amor doy firmes y añudados.»
Vé presto, mi conjuro, y la mar pasa,
Y vuelve de la villa á Dafni á casa.
Ansí como esta cera torna blanda,
Ansí como este barro se endurece,
Y un mesmo fuego en ambas cosas anda,
Y juntamente seca y enternece;
Ansí tu amor conmigo á Dafni ablanda,

Y para las demas le empedernece.
Vé presto, mi conjuro, y la mar pasa,
Y vuelve de la villa á Dafni á casa.
Esparce ese batido de harina,
De farro y sal mezclada, en esa llama;
Aquel tierno laurel aquí avecina,
Y con sagrado fuego aquí lo inflama,
Dafni crudo me abrasa á mi mezquina,
Yo quemo en su lugar aquesta rama.
Vé presto, mi conjuro, y la mar pasa,
Y vuelve de la villa á Dafni á casa.
Cual la novilla, de buscar cansada
Al toro por los montes, junto al rio
Se tiende dolorida, y olvidada,
No huye de la noche ni del frio;
Ansí me busques, Dafni, ansí buscada,
En pago del amor te dé desvío.
Vé presto, mi conjuro, y la mar pasa,
Y vuelve de la villa á Dafni á casa.
En los pasados años aquel ciego
Y desleal me dura estos despojos,
Entonces caras prendas, dulce fuego,
Agora crudos y ásperos abrojos;
Aquestos, tierra, agora yo te entrego,
Porque le restituyas á mis ojos.
Vé presto, mi conjuro, y la mar pasa,
Y vuelve de la villa á Dafni á casa.
Tambien estas ponzoñas producidas
En Ponto, porque el Ponto es fértil dellas.
De su lugar las mieses traducidas,
Y vuelto en lobo al Meris vi con ellas;
Al Meris, que las vidas fenecidas
Reduce á ver la luz de las estrellas.
Vé presto, mi conjuro, y la mar pasa,
Y vuelve de la villa á Dafni á casa.

Esta ceniza coge y saca afuera;
Adonde el agua corre vé alcanzalla;
Por las espaldas la echa, y ven ligera;
No mires Amarílis al echalla.
Con esto tentaré aquel alma fiera;
Mas ¡qué canto ó qué Dios podrá ablandalla?
Vé presto, mi conjuro, y la mar pasa,
Y vuelve de la villa á Dafni á casa.
¿No ves que las cenizas alzan llama
En cuanto me detengo? Por bien sea.
¡Ay, que yo no sé quién es. que alguno llama,
Que la perrilla en el portal vocea!
¡Si viene por ventura, ó si quien ama,
Soñando finge aquello que desea?
¡Ay! pon á tu camino, pon ya tasa,
Conjuro, que mi Dafni es vuelto á casa.

ÉGLOGA IX.

Meris.

LICIDAS.

¿A dó, Meri, los piés te llevan hora?
¿Por caso vas adó va este camino?
¿Por ventura á la villa vas tú agora?

MERIS.

¡Oh Licida! Por nuestro mal destino
Habemos á ver vivos allegado
Lo que en el pensamiento nunca vino.
A que nos diga un malo, apoderado
De nuestras heredades sin mesura:
«Id fuera; que esto todo á mí me es dado.»
Y ansí que se le vuelva en desventura,
Le envio triste agora estos corderos,

Pues todo lo trastorna la ventura.

LICIDAS.

Oyera yo que desde los oteros
De do vienen las cumbres y collados
Hasta del haya y agua los linderos,
Que todos estos pastos y sembrados
Por medio de su verso y poesía,
Fueron á tu Menalca conservados.

MERIS.

Oirias lo que ansina se decia;
Mas versos entre armas pueden tanto,
Como contra el leon el ciervo haria.
Y si ya la corneja con su canto
A fenecer los pleitos como quiera,
No me inclinára de contínuo tanto;
Si desto ya avisado no estuviera,
Por cierto ten que agora ni este amigo
Tuyo ni mi Menalca vivo fuera.

LICIDAS.

¡Ay! ¿cabe tal maldad, ni en enemigo?
Ay! casi nuestras fiestas acabadas,
Menalca, y nuestros gozos ya contigo.
¿Quién hiciera en las fuentes enramadas?
¿Quién cantára á las ninfas de contínuo?
¿Quién sembrára con flores las majadas?
O los versos que ayer con arte y tino
A la Amaril hurté calladamente,
Cuando conmigo á solazarse vino.
Títiro, en cuanto vuelvo prestamente,
Las cabras apacienta, y en paciendo,
Llévalas á la pura y fresca fuente;
Llévalas, y al llegar ten cuenta yendo,

No enojes al cabron, porque enojado
Hiere mal, con el cuerno acometiendo.

MERIS.

O lo que para Varo no acabado,
Mas lleno de primor y de dulzura
Cantaba, deleitando monte y prado.
Los cisnes tu loor (si Mantua dura,
Si Mantua, de Cramona ¡ay! mal vecina)
Cantando, subirán en grande altura.

LICIDAS.

Ansí huye tu enjambre de malina
Arbor, ansí las ubres tu vacada
Con pasto bueno extienda á la contina.
Di si te acuerda de algo, que me es dada
La flauta á mí tambien, y de mi canto
Dicen que á los pastores mucho agrada.
Bien que no les doy fé, ni daré cuanto
No merezco de Vario ser oido,
Mas como entre los cisnes ansar, canto.

MERIS.

En eso mesmo estoy embebecido,
Si pudiese tornallo á la memoria,
Que no merece ser puesto en olvido.
¿Qué pasatiempo hallas ó qué gloria
En las hondas? ¡Oh! aquí vén, Galatea,
A dó de sus esmaltes hace historia.
A dó el verano bello hermosea
Y pinta la ribera; pinta el prado
Y todo en derredor cuanto rodea.
Aquí el álamo blanco levantado
Hace sombra á la cueva deleitosa,
Aquí teje la vid verde sobrado,

Aquí hace la vid estanza umbrosa;
Aquí pues vén ya, y deja que en la arena
Golpee á su placer la mar furiosa.

LICIDAS.

¿Y lo que yo te oyera una serena
Noche? Que si los versos hora olvido,
Su tono en mis orejas siempre suena.

MERIS.

Dafni, ¿qué miras, todo convertido
A los antiguos signos? ¿Qué más bella
Que otra más bella luz ha parecido?
Mira cuál sale y sube la alta estrella
De César, con la cual se goza el trigo,
Y las uvas colora en la vid ella.
Engiere con aquesta luz que digo,
Engiere, Dafni, los perales luégo;
Tus nietos cogerán el fruto amigo.
Todo lo lleva el tiempo, y áun el fuego
Del gusto y del sentir; que yo solia
Largos soles pasar en canto y juego.
Y agora ya gastada el alma mia,
En demas de mil versos que me olvido,
La voz misma me huye y se desvia,
Primero de los lobos visto he sido;
Mas cien veces aquesto todo arreo
Te será por Menalca referido.

LICIDAS.

Con achaques dilatas mi deseo
Y el mar se calla agora sosegado
Y ni resuena el viento, segun veo.
Sus murmullos los aires han echado,
Y éste es el medio espacio que aparece.

Adonde el Bianor está enterrado.
Aquí sentados pues, si te parece,
Cantemos; aquí asienta los corderos,
Que en la villa estarás cuando anochece.
Y si temes algunos aguaceros
Al venir de la noche, ansí cantando
Irémos más alegres y ligeros.
El camino el cantar irá aliviando,
Y yo te aliviaré de aqueste peso,
Porque cantemos yendo caminando.

MERIS.

Pon, Licida, ya fin á este proceso,
Hagamos lo que hacemos de presente;
Que el tiempo y la sazon de todo eso
Es cuando aquél tornáre á estar presente.

ÉGLOGA X.

Galo

Este favor de tí, que es ya el postrero,
Me sea, oh Aretusa, concedido.
De Galo algunos versos decir quiero,
Mas versos que convengan al oido.
De la Licoris, lazo estrecho y fiero
En que padece preso el afligido;
Que ¿quién jamas con buena y justa excusa
A Galo negará su verso y musa?
Concédeme pues, ninfa, alegremente
Esta merced debida y deseada;
Ansí, cuando huyendo tu corriente
Debajo de la mar va apresurada,
La Doris no inficione osadamente
Con su amargor tu agua delicada.

Comienza, y digamos el cuidado
De Galo, miéntras pace mi ganado.
Los montes dan oido á nuestro canto,
Que tienen y los montes sus oidos,
Y á cuanto les cantamos, otro tanto
Al punto dellos somos respondidos.
Mas, nayadas, ¿qué selva amastes tanto?
¿Qué bosque ansí ocupó vuestro sentido
Cuando de amores Galo perecia,
Pues ningun monte docto os detenia?
Que cierto es que ni el Pindo ni el Parnaso
De algun detenimiento causa os fueron,
Ni el Aganipe Aonia de Pegaso,
Ni la Castalia fuente os detuvieron;
Y fué tan lastimoso y duro el caso,
Que dél los miserables se dolieron;
Lloró el pino y lloró el laurel febeo,
Y el Ménalo y las peñas de Liceo.
Y las ovejas mismas lastimadas,
Juntas con él estaban de contino;
A ellas no les pesa ser guiadas
Por tí, el mayor poeta y más divino;
No deben ser de tí menospreciadas;
No juzgues que el ganado no te es dino,
Pues fué de bello Adoni apacentado
Por prados y riberas el ganado.
Y vino el ovejero, y vino luégo
El porquerizo, y vino el gordo hinchado
Menalca de bellota; y tanto fuego
Y tanto amor ¿de dónde? han preguntado;
Y tambien vino Apolo, y dice: «Ruego
Me digas qué locura te ha tomado.
Licori, por quien, Galo, estás muriendo,
A otro por las nieves va siguiendo.»
Y vino el dios Silvano, y parecia

Que sacudiendo recio meneaba
Dos lilios y espadañas que traia,
Con que la frente en torno coronaba;
Y el Dios de Arcadia, Pan, tambien venía
Con rostro rubicundo que agradaba;
Por nuestros ojos mismos visto ha sido,
De negras moras y carmin teñido.
¿Y cuándo has de dar fin á tu tormento?
Que destas cosas, dice, amor no cura;
Que nunca amargo lloro y sentimiento
Hartaron del amor la hambre dura,
Ni se vió amor de lágrimas contento,
Ni cabra de pacer rama y verdura,
Ni de flor las abejas, ni los prados
De en agua de contino andar bañados.
Él, sin embargo desto, doloroso
Y triste respondió: «Vos, los pastores
De Arcadia, cantaréis con lastimoso
Verso por vuestros montes mis dolores,
Vosotros que en el canto artificioso
Sois únicos maestros y cantores;
Reposará mi alma ¡oh, en qué alegría!
Si canta vuestra voz la suerte mia.
»Y áun ¡oh! si de vosotros fuera yo uno,
O guarda de ganado ó viñadero,
Si amára á Fili, Aminta ú otro alguno
(Que si es moreno Aminta, no es tan fiero),
Tendido so las sauces de consuno,
Gozáramos en paz del bien postrero;
La Fili de guirnaldas me cercára,
Y Amintas con su canto me alegrára.
»Aquí prados habia deleitosos,
Aquí, Licori, halláras fuentes frias,
Y aquí, si te agradára, en amorosos
Deseos traspasáramos los dias;

Mas ¡ay! que agora, amor, por peligrosos
Pasos llevas mis locas fantasías,
Y entre las armas fieras y el bramido
De Marte tienes preso mi sentido.»
Y de la pátria tú, de mí alejada
(Mas nunca crea yo tal desventura),
Sola y sin mí, la nieve Alpina helada,
Y ves del Rin la sierra helada y dura;
¡Ay! no ofenda á tu carne delicada
El frio, ó menoscabe tu hermosura;
No córte de tu planta el cuero tierno
La escarcha rigurosa del invierno.
Lo que en verso calcídico he compuesto
Poner quiero en la flauta siciliana,
Y entre las selvas y alimañas puesto
Quiero pasar mi duelo y pena insana;
Entallaré en los árboles aquesto
Y tu quebrada fe, Licori, y vana;
Ellos creciendo se harán mayores,
Y creceréis con ellos, mis dolores.
Y á veces con las ninfas paseando,
Del Ménalo andaré por los oteros,
O si me diere gusto, iré cazando
Los tímidos venados y ligeros;
Sin ser conmigo parte, ni lanzando
O nieve el cielo, ó piedra ó rayos fieros,
Serán de mí con perros rodeados
Los valles del Partenio y los collados.
Y se me representa ya y figura
Que voy por los peñascos discurriendo;
Ya voy por la montaña espesa, escura,
Ya encorvo el arco turco, ya le extiendo;
¡Ay! como si salud á mi locura
Diese lo que ahora triste voy diciendo,
O como si del mal del pecho humano

Supiese condolerse aquel tirano.
Mas ya ni quiero ninfas ni cantares,
Los versos no me placen ni los quiero,
Ni gusto por montañas y lugares
Asperos perseguir el puerco fiero;
Las selvas no remedian mis pesares
Ni la cruel herida de que muero;
Ni estudio mio ¡oh pena, oh triste duelo!
Podrán mudar aquel que abrasa el suelo.
No pueden, ni si en medio del invierno
Pasiese dentro el pecho el Ebro helado,
Ni si cuando del olmo el cuero interno
Se seca en los Guineos, su ganado
Paciese encomendado á mi gobierno,
Y cuando el sol en Cancro está encumbrado;
Y pues vencido amor todo lo tiene,
Rendírnosle de fuerza nos conviene.
Esto me baste, oh Musa, haber cantado
En cuanto un canastillo estoy tejiendo
A Galo, cuyo amor, cual bien plantado
Alamo, en mí por horas va creciendo;
Alto, que el ya á la sombra estar sentado
Daña, y de enebro más la sombra siendo,
Y áun á las mieses son las sombras frias;
Id hartas, que anochece, id, cabras mias.

GEÓRGICA PRIMERA DE VIRGILIO.

Lo que fecunda el campo, el conviniente
Romper del duro suelo, el sazonado
Juntar la vid al olmo, y juntamente
Cómo se cura el buey, cómo el ganado,
Y de la escasa abeja diligente
Su industria y saber mucho no enseñado,
Aquí, Mecénas claro, comenzando

Por órden cada cosa, iré cantando.
Oh vos, lumbreras claras de la vida,
Que el año producis andando el cielo,
Alma Céres y Baco, si en florida
Espiga por dón vuestro mudó el suelo
La primera bellota, y la bebida
Con las halladas uvas perdió el hielo;
Y vos, dioses propicios del aldea,
Venid, faunos, adó mi voz desea.
Venid, faunos, venid, coro lucido
De driadas, pues vuestros dones canto;
Y tú, Neptuno, aquí en el campo hecido
Con el grande tridente, con espanto
El caballo produjo; y del florido
Bosque el cultivador, y de otro, canto,
De novillos pastor tres veces ciento,
Que pacen de la Cea el grueso asiento.
Y tú, pastor de ove as, Pan, dejados
Tus bosques y tus valles de Licco,
Si son de tí tus Ménalos ya armados,
Vén presto favorable aquí, oh Tegeo;
Y tú, Minerva, ven, que á los collados,
La gruesa oliva hallando, diste arreo,
Y el mozo inventador del corvo arado,
Y del cipres entero por callado.
Y los dioses y diosas igualmente,
Cuanto teneis por obra y por oficio
La guarda de los campos juntamente;
Aquellos que con vuestro beneficio
Las mieses levantais, no sin simiente,
Y aquellos que enviais del edificio
Del cielo, para el bien de los sembrados,
Largos hilos de lluvia derramados,
Y finalmente tú, de quien se duda
A cuál divinidad serás alzado,

O si de lo terreno, que se muda,
Querrás y de tu Roma el gran cuidado;
De arte que colgada de tu ayuda
La redondez te adore, coronado
Con el materno mirto frente y sienes,
Señor del aire y campo y de sus bienes.
Oh si fueres del mar por Dios tenido
Y á tí solo adoráre el marinero,
Y Tule lo postrer de lo sabido,
Y diere por tí Teti el mar entero,
Por tí para su yerno, ó añadido
A los meses tardíos por lucero
En el lugar que está desocupado,
Entre Virgo y las Celas asentado.
Que si lo miras, ya para tu asiento
Los brazos encogió el Escorpio ardiente,
Y más de la mitad con miramiento
Te deja de su silla reluciente.
Pues, ó te venga desto más contento,
O seas el que fueres finalmente
(Que no te esperará rey del infierno,
Ni tu desearás tan mal gobierno,
Aunque el Eliseo campo Grecia admire,
Y Proserpina huya, demandada
Volverse con su madre), ansí que inspire
En mi tu deidad, apiadada
Del labrador, que ignora por dó tire,
Y da favor á aquesta empresa osada.
Vén pues, y desde luégo acostumbrado
Aprende como Dios ser invocado.
En el verano nuevo, cuando el frio
Humor, en alta sierra desatado,
Deciende convertido en largo rio,
Y el campo, con el céfiro alentado,
El seno afloja que cerraba el frio,

Al punto gima el buey con el arado,
Hincándolo, y la reja, de gastada,
Con el arar relumbre como espada.
Aquella mies sin duda corresponde
Con lo que siempre el labrador desea,
Que en dos tiempos el hielo en sí la esconde,
Y en dos tiempos el sol la ve y recrea;
Sus frutos las paneras rompen, donde
Se encierran. Mas tu estudio y vela sea,
Antes de abrir con reja el nuevo suelo,
Las mañas conocer del viento y cielo.
Los vientos, y los modos diferentes
Del aire y sus diversas calidades;
Lo propio de las tierras, las simientes
Que huyen ó á quien hacen amistades;
Que aquí se dan los trigos, las ardientes
Úvas mejor allí, las variedades
De frutas hallan dicha en otra parte,
Y lo que sin cultura nace y arte.
¿No ves por ventura cómo envia
Cilicia su azafran, el indio fiero
Nos dá el rico marfil, y cómo cria
Encienso el viciosísimo Sabeo,
Y los calibes dan hierro, y porfía
El Ponto el venenoso castoreo,
Y Epiro en dar las yeguas tiene gloria,
Que en Elis se aventajan con vitoria?
Que luego en el principio divididas,
La suya á su lugar naturaleza,
Aquestas leyes puso establecidas
Con liga y nudo eterno de firmeza;
Luégo cuando las piedras esparcidas
Lanzó Deucalion por la grandeza
Del yermo suelo y tierra espaciosa,
De do los hombres nacen, dura cosa.

Ansí que, como digo, el mes primero
Del año el fuerte buey con el arado
Trastorne el fértil suelo porque quiero
Que cueza con su ardor el quebrantado
Terron el seco estío; y si es ligero
El campo, á la ligera sea tocado;
Allí porque no ahogue hierva el trigo,
Allí porque no espire el jugo amigo.
Tambien harás que á veces repartido
Goce el segado campo de reposo,
Y que por luengo espacio entorpecido
Con moho se endurezca el perezoso,
O sembrarás cebada allí, venido
Su tiempo, de do envaina sonoroso
O coges el legumbre, ó fué arrancada
De do por tí la abeja delicada,
O de donde sacaste del lupino
Triste la caña flaca vocinglera.
Mas quema, adonde nace, el campo el lino,
Y la bañada en sueño dormidera
Le quema, y las avenas. El contino
Uso trocando ansí, pues se alijera,
Con tal que sin empacho ni recelo
Hartes de estiércol grueso el flaco suelo.
De estiércol y ceniza torpe, inmunda,
Esparce largo el campo adelgazado,
Que ansí y mudando esquilmo se fecunda
La tierra. Y no es ninguna del no arado
Suelo la utilidad. A la infecunda
Haza provecho á veces ha causado
Quemarlo, y que al rastrojo seco asido,
Corra abrasando el fuego y dé estallido.
O porque ansí se esfuerza ocultamente
Y más se engruesa el campo. ó porque luégo
Quemada, lo vicioso totalmente

Perece, y suda el daño con el fuego,
O porque aquel ardor eficazmente
Descubre más caminos, y lo ciego
Relaja de los poros, por do venga
El jugo á lo sembrado, y lo mantenga.
  O es porque endurece el fuego al suelo,
Y aprieta más las venas desatadas,
A que ni recios soles, ni del cielo
Las lluvias menudas enviadas,
Ni el cierzo penetrable, envuelto en hielo,
Le abrase. Y más sirve á las aradas
Quien rompe los terrones descuidados,
Con puntas y con zarzos arrastrados.
  No mira al que esto hace del dorado
Cielo la roja Céres sin provecho,
Ni ménos al que al brazo atravesado
Los lomos que alzó arando en el barbecho
Los corta de traves con el arado.
Y al sesgo, diligente, y al derecho
La tierra sin cesar desasosiega,
Y doma y trae sujeta ansí la vega.
  Húmidos equinocios, frios, serenos,
Labradores pedid, que el polvoroso
Hielo da ricos panes, hace amenos
Prados, y si presume de abundoso
El suelo de la Frigia, y sus llenos
Campos admira el Gárgaro gozoso,
Desta sazon de tiempo más le viene
Que de cuanta cultura y labor tiene.
  ¿Qué diré del que luégo que ha esparcido
La simiente, prosigue, y de la arena
Flaca lo amontonado y m[illegible]asido
Deshace, y que despues con larga vena
Del agua que le sigue, el esparcido
Campo baña, y lo mesmo cuando pena

Y hierve el abrasado suelo ardiendo,
Y sus hierbas, que en él se están muriendo,
Al punto de la altura recostada
Abre camino al agua, que cayendo
Hiere las lisas piedras, y encontrada,
Ronco mormullo mueve, y tiembla yendo
La tierra abierta y seca, de abrasada;
Y del que en hierba el vicio va paciendo
De las mieses que igualan las aradas,
Porque despues no se echan de granadas?
¿Del que el humor, en lagos recogido,
Con bebedora arena lo destierra?
El rio mayormente si salido
De madre, y largamente por la tierra
En los inciertos meses extendido,
Con cieno, que dejó, la ocupa y cierra,
Por do las anchas fosas llenas sudan
Con aguas que estantías no se mudan.
Y (no's dado que el hombre y buey á una,
Cultivando la tierra y trabajando,
Hayan aquesto hecho) no es ninguna
La ofensa que el mal ansar hace andando,
Y las grullas de Tracia, y la importuna
Invidia los sembrados enredando
Con sus amargas hebras, ni es velleño
Las sombras á los panes muy pequeño.
Que el mismo Padre eterno quiso en parte
No fuese la labranza del barbecho
Fácil, y fué el primero que con arte
Los campos meneó, porque de hecho
El cuidado forzoso fuese parte
Para aguzar el torpe humano pecho;
No consintiendo que su monarquía
Se entorpeciese con pereza fria.
Porque ante de su reino por ninguno

El campo ni fué arado ni mollido,
Ni el señalar con lindes cada uno
Su parte, ó el dividir fué permitido;
Servian al comun sin miedo alguno,
La tierra daba fruto no pedido.
El ansimismo puso mal veneno
A las serpientes negras en el seno.
El les mandó á los lobos que salteen,
Al mar que se levante, y sacudida
Quiso que miel las hojas no goteen,
Y dél la luz del fuego fué ascondida;
Los vinos que corrian no se veen,
Que fué por él su vena reprimida,
Para que imaginando el uso, hiciese
Las artes poco á poco, y las puliese.
Y para que buscase el trigo arando,
Y para que del seno el ascondido
Fuego, á los pedernales golpeando,
Sacase. Allí primero fué sentido
El barco de los rios, y allí cuando
Redujo á cierta suma, y su apellido
Compuso á cada estrella el marinero,
Osas, Virgilias, Híadas, Lucero.
Y entónces se inventó el cazar las fieras
Con lazos y con ligas engañosas,
El enredar las aves, y las fieras
Selvas cercar con canes. Las undosas
Mares con redes largas, barrederas,
El uno escudriñaba y con ñudosas
Mangas, el otro, hiriendo á su albedrío.
El hondo penetró del ancho rio.
Y entónces el rigor del hierro vino,
Y fué la cortadora sierra hallada,
Que á fuerza de las cuñas cortó el pino,
Fácil para él hender la edad dorada.

Nacieron, muchas artes; que el contino
Trabajo pertinaz y la apretada
Falta, que en lo preciso no reposa,
Todo lo sobrepuja poderosa.
Céres los enseñó á romper la tierra
Con hierro, cuando ya casi faltaba
Bellota en el sagrado monte y sierra,
Y la comida Epiro nos negaba;
Mas luégo al pan le vino nueva guerra,
La nubla dañadora, que gastaba
La espiga, y el baldío y desechado
Cardo, que se erizaba en el sembrado.
Ahógansen las mieses, sube y crece
Selva desagradable, abrojo, espina,
Y en lo que cultivado resplandece
Reina la grama inútil, la maligna
Avena; y si tu mano desfallece
En perseguir con rastro á la contina
Al campo, y si no espantas con ruido
Las aves, ó con honda y estallido;
Si no estrechares tú con podadera
Las sombras del umbroso y negro suelo,
Si en el otoño y en la primavera
Con votos no pidieres agua al cielo,
En vano ¡ay! los montones de la era
Ajena mirarás, y tu consuelo,
Con que consolarás tu merecida
Hambre, será la encina sacudida,
Tambien nos convendrá que dicho quede
Qué armas ha de usar el esforzado
Rústico, sin las cuales no se puede
Sembrar ni mejorar lo ya sembrado.
La reja es lo primero, y le sucede
El roble del muy grande y corvo arado,
La carreta de Céres Eleusína,

Que despacio volviéndose camina.
Los trillos, las rastreras, los pesados
Rastros desigualmente, los tejidos
Cestos, alhajas viles, los trabados
Zarzos de ramas y mimbre, los debidos
Harneros al dios Baco, que ajuntados
Con acuerdo tendrás y apercebidos
De ántes todos estos, si la amada
Gloria del fértil campo te es guardada.
Con tiempo allá en la selva retorcido
Con fuerza valentísima es domado
El olmo para cama, y costreñido
Recibe forma en sí de corvo arado;
De allí por ocho piés sale extendido
Derecho así el timon, y cada lado
Su oreja y su dental, y de antemano
Se córte al yugo el tejo bien liviano.
El tejo y la alta haya, y juntamente
La esteva se apareje, que plantada
Detras en el arado, prestamente
Vuelva las bajas ruedas; y colgada
La leña dura en el hogar caliente,
Allí será del humo examinada.
Y puédote decir otras mil cosas,
Que los ancianos mandan, provechosas.
Mil cosas, si te place estar atento,
Y tan menuda cuenta no es penosa.
La era, lo primero, de cimiento
Trastórnala, y con greda pegajosa
Macízala despues, y desde el centro
Por toda alrededor con poderosa
Y bien rolliza piedra ansí rodando,
Lo desigual del suelo irás quitando.
Porque no nazcan hierbas, ni hendida,
El polvo en ella reine, ocasionado

A ser de mil trabajos ofendida;
Que á veces hace en ella su morada
Y su troje el raton, y su manida
El topo ciego pone allí cavada,
Y el sapo allí se halla cada dia,
Y cuanta sabandija el suelo cria;
Y á veces el gorgojo atala y gasta
Grande monton de trigo, y la hormiga
Ensila mucho más de lo que basta,
Temiendo la vejez pobre y mendiga;
Que si tu diligencia no contrasta,
Mil daños amenazan á la espiga;
Y atenderás tambien, si te es gustoso,
Adivinar lo estéril, lo abundoso.
Atiende cuando en flor la almendrera
Se viste por el campo, y de florida
Las ramas encorváre; la panera,
Si el fruto viene á colmo enriquecida
Será por un igual, y grande era
Verás con gran calor; mas si caida
La flor se fuere en hoja, muy menguadas
Espigas trillarás y mal granadas.
Y visto he yo que muchos sembradores
Los granos medicinan, y primero
Con alpechin los bañan, con licores
Otros, para que el fruto más entero
Hincha la falsa vaina, y los ardores
Del fuego, aunque pequeño, más ligero
Los cuezan y enmollezcan, y áun he vido
El trigo desdecir muy escogido.
He visto que despues de gran cuidado
Desdice poco á poco, si el humano
Velar en cada un año lo granado
No escoge y lo mejor con propia mano·
Que ansí por ley en todo lo criado

Descae y vuelve atras el sér liviano,
Y viénese empeorando de contino
A estado ménos bueno y ménos dino.
No de otra forma y modo que acontece
Al que con remo y fuerza apénas lleva
El barco la agua arriba, si enflaquece
Y si de cuanto puede no hace prueba,
Si acaso el brazo afloja y desfallece,
Y la raudal corriente se le lleva
Al punto en pos de sí arrebatado,
Y como cuesta abajo despeñado.
Y allende desto, importa el tener cuenta
(Tanto á nosotros como al marinero
Que el Ponto y que el estrecho ávido tienta,
Llevado por el mar ventoso y fiero
Al patrio y dulce nido, donde asienta)
Con el Arcturo y con el Carretero,
Sus cabras y su dia, y juntamente
Con la culebra austral resplandeciente.
Cuando la Libra iguales horas diere
Al sueño y á la vela, y justamente
La redondez por medio dividiere
Entre la noche y luz, el buey valiente
Traed á la melena, y por do fuere
Con mano, oh labradores, diligente
Esparced las cebadas hasta cuando
Lo crudo del invierno venga helando.
Y por el mesmo modo es apropiado
Tiempo para entregar el lino al suelo,
Y de la dormidera el delicado
Grano á la santa Céres sin recelo,
Cuando está seco el campo, y el nublado
Alto y suspenso se anda por el cielo;
Mas de habas es la sementera
Cuando aparece ya la primavera.

Y á tí tambien, alfalfa, los llovidos
Sulcos te acogerán bien en su seno,
Y al mijo en cada un año sus debidos
Cuidados sazon viene y tiempo bueno,
Cuando ya el blanco toro con lucidos
Cuernos del año bueno y del sereno
Aire la puerta abriendo, y se pusiere
El Can contraria estrella, y le cediere.
Empero si labrares para el trigo
Las tierras, ó si para las cebadas,
Y fueres de los panes solo amigo,
Primero se te escondan las llamadas
Virgilias, y primero (como digo)
Se asconda la corona, que entregadas
Al sulco las simientes le confies,
Y al suelo sin sazon tu año fies.
Que muchos comenzaron no caida
La maya, mas al fin la espiga vana
Burló sus esperanzas. Si esparcida
La arbeja ó vil faselo, y la gitana
Lenteja fuere en precio de tí habida,
Su tiempo te dirá y su sazon sana
Sus rayos el Bootes cobijando;
Comienza, y llega al hielo así sembrando
Que por aqueste fin del sol dorado
La redondez del cielo dividida,
Con número medido y limitado
Por doce claros signos es regida
Y en cinco zonas todo está cortado;
La una de las cuales encendida
La tiene de contino el sol presente,
Y el fuego que la tuesta eternamente.
De aquesta al rededor las dos postreras
Por la siniestra y por la diestra mano
Se extienden verde y negras con las fieras

Lluvias, con el rigor del hielo insano;
Y entre esta y la media van dos veras,
Dadas por dón al hombre soberano,
Y en ambas al través hecho el camino
Por do los signos andan de contino.
Que cuanto se levanta el cielo alzado
Encima los alcázares rifeos,
Tanto se va sumiendo, y recostado
Hácia el Abrego y Libia y los guineos,
Aqueste quicio vemos ensalzado;
Debajo de los piés aquél los feos
Y hondos infernales; el Cerbero
Le ve, y del negro lago el mal barquero.
Aquí va dando vueltas la serpiente
Grandísima, á manera de un gran rio,
Por entre las dos osas reluciente;
Las osas, que en la mar nunca el pié frio
Lanzaron; más allí continuamente
Que es calma dicen todo y estantío,
En noche profundísima espesando
Lo escuro las tinieblas, y engrosando.
O dicen que la aurora despedida
De aquí los lleva el dia, y al momento
Que torna á descubrírsenos nacida,
Y que de sus caballos el aliento
Nos toca, de la tarde la lucida
Estrella allí con presto movimiento
Sus luces les enciende, por manera
Que el cielo nos enseña verdadera.
Enseña que nos dice sin engaño
Del aire las mudanzas revoltoso,
La mies, la sementera, y cuando el año
Concede dar el remo al mar undoso;
Cuando se puede al agua echar sin daño
La nave, y cuando el pino poderoso

Con su sazon debida viene á tierra,
Cortado en la fragosa y alta sierra.
Ansí que, no es sin fruto tener cuenta
En ver si nace el signo, si se pone,
Y el año que con una y justa cuenta
De cuatro tiempos varios se compone.
Si fuere que la lluvia no consienta
Salir al labrador, no se perdone
De hacer mil cosas, que la nube huida,
Convienen y se hacen de corrida.
Que el labrador la reja allí embotada
Afila de su espacio, y cava el leño
En barco, ó si le place, á su manada
Almagra, y el monton grande ó pequeño
A cuenta le reduce, es aguzada
La horca de dos puntas, alza el dueño
El roto valladar, allí se apresta
Lo que la vid caediza tiene enhiesta.
Entónces con los mimbres es tegido
El fácil canastillo, tuesta el fuego
Entónces las espigas, y es molido
El grano con la piedra; y al sosiego
Santo el hacer tambien le es permitido
Por ley algunas obras, porque el riego
No hay fiesta que lo vede, ni es vedado
Cercar con valladares el sembrado.
Ni ménos el armar al ave engaño,
Ni el encender los cardos, ni el roñoso
Ganado cabrilier en fresco baño;
Y á veces sobrepone al espacioso
Asnillo el labrador, conforme al año,
Aceite ó vil manzana, y va, y gozoso
Lo torna del mercado á su morada
Con pez ó cualque piedra aderezada.
Y para el trabajar tambien la luna

A dias es feliz en su carrera.
Huye su quinta luz, en quien á una
Tesifone nacieron y Meguera,
Y el Orco verdinegro y la laguna,
Y en tal dia la tierra lanzó afuera
Con parto abominable á Tifoeo,
A Japeto, Porfiria, Reto, Coeo.
En tal produjo infelicemente
A todos los hermanos conjurados
De dar asalto al cielo osadamente.
Tres veces procuraron levantados
Sobreponer al Pelio el eminente
Osa y Olimpo, y fueron derrocados
Tres veces con el rayo soberano
Los montes, que el furor alzaba en vano.
Empero es felicísimo el sereno
Que al décimo sucede, en poner vides,
En el domar los bueyes, y es muy bueno
Para tejer lo urdido; y si partides
De vuestra casa, el propio es el noveno,
Aunque es malo á los hurtos y á sus lides
Y á cosas es mejor la noche fria,
Ó cuando al alba el suelo se rocía.
De noche muy mejor la paja leve,
De noche mejor mucho el seco prado
Se corta, que á las noches se les debe
Un correoso humor; y desvelado
A los candiles largos del sol breve,
Con hierro aguza alguno delicado
La tea, y su mujer, que tambien vela,
Corre la lanzadera por la tela.
Corre por el telar y engaña el duro
Y luengo trabajar ansí cantando,
Ó cuece el dulce mosto al fuego puro,
El cobre hirviente á tiempos espumando.

Mas el estío al trigo ya maduro
La hoz aguda aplica, y volteando
En la espaciosa era, son trilladas
Las mieses, del calor del sol tostadas.
Ara cuando se puede arar desnudo,
Y siembra por el mesmo modo y arte,
Que el tiempo del invierno es como nudo
Que ata al labrador la mano y arte;
Que cuando reina el frio y hielo crudo,
Los labradores por la mayor parte
Gozan de lo allegado, y juntamente
Á veces se convidan dulcemente.
Convídalos á ello el tiempo helado,
Hecho para el regalo, y que del pecho
Desata las congojas y cuidado;
Como cuando con viento al fin derecho
Entran en el puerto dulce y deseado,
Cargados los navíos de provecho,
Alegres, con laurel los marineros
Coronan á los árboles veleros.
Bien tal que es propio a la cosecha
Del roble y laurel y verde oliva
Y del sangriento mirto, y que aprovecha
Para enredar la grulla fugitiva,
Para poner al ciervo en red estrecha.
Seguir la liebre, herir la corza esquiva
Con honda que estallide, en cuanto al suelo
La nieve cubre, al rio enfrena el hielo.
¡Qué diré del otoño y su mudanza,
Ya cuando van los dias de corrida,
Lo que se ha de velar en la labranza;
Y cuando va el verano de vencida,
Y cuando por los campos la mies lanza
Y eriza sus espigas conmovida,
Y en las cañas los granos, ya cuajados

De leche, se demuestran muy hinchados?
Que he visto yo en la misma siega, y cuando
Llamaba el labrador los segadores,
De mil contrarios vientos, batallando,
Venir las guerras todas y furores,
Que de raiz las mieses arrancando
Enteras, por los aires voladores
Subieron, y llevó la caña el grano,
Envuelta en torbellino, el soplo insano.
Y viene muchas veces desde el cielo
De agua innumerable un golpe fiero,
Y las nubes derraman sobre el suelo
(Que el cierzo amontonára) un mar entero;
Húndese el alto cielo, y lo que al hielo
Y al sol labrára el buey, el aguacero
Lo anega, y quedan llenos los fosados;
Los rios resonando van hinchados.
Crecen los hondos rios, todo el llano
Con olas hervorosas bulle, y luégo
Del nublo tenebroso la alta mano
Lanza tronando rayos hechos fuego,
Con que la tierra tiembla, con que en vano
Las alimañas huyen, con que el ciego
Y abatido pavor generalmente
Los ánimos humilla de la gente.
Mas él con tiro ardiente, fervoroso,
Ó las Ceraunias puntas encumbradas,
O el Ródope ó el Ato montuoso
Derrueca, y luégo al punto desplegadas
Sus alas, se redobla furioso
El Abrego, y la lluvia (desatadas
Las nubes) espesísima, al crecido
Viento la playa y bosques dan bramido.
Pues con recelo desto pon cuidado
En advertir los meses, las estrellas,

Los sinos do se asconde el viejo helado,
Y adó el Cilenio esparce sus centellas.
Mas sobre todo, da lo situado
A las diosas y á Céres, grande entre ellas,
A quien festejarás con larga mano,
Fenecido el invierno, en el verano.
En las primeras hierbas santo ofrece,
Cuando se viste el campo de hermosura.
Entónces el cordero es gordo y crece,
Al sueño baña entónces la dulzura,
Entónces ya cocido se enmollece
El vino, y de la sombra la espesura
Entónces es agradable en la montaña,
Entónces, pues, tu rústica campaña.
Adore, pues, á Céres lo aldeano,
Y tú el panal le mezcla y leche y vino,
Y la dichosa hostia vaya á mano
Tres veces de las mieses el camino;
La gente le acompañe y coro ufano,
Y llame á sí con voces de contino
A Céres, y ninguno sea osado
La hoz meter primero en lo sembrado.
La hoz en las espigas, si primero
De encina coronado no dijere
A Céres su cantar, y placentero
Con saltos descompuestos la sirviere.
Y porque con indicio verdadero
Podamos conocer lo que viniere,
Las lluvias, los calores, los estíos,
Los vientos, que producen hielo y frios.
El cielo estatuyó lo que la luna
Nos dice, que por meses se renueva,
Que signo aplica el viento, y lo que una
Y muchas veces visto, es cierta prueba
Para que el labrador por ley ninguna

De la cabaña lueñe al hato mueva.
Mas junto al derredor de su morada
Apaste receloso su manada.
Que yendo ya los vientos á alterarse,
Las costas de los marés conmovidos
Comienzan enojadas á hincharse,
Y se oyen por las sierras estallidos;
Resuenan las riberas, que turbarse
Empiezan, ó se espesan los ruidos
Del bosque y sus murmullos de hora en hora,
Indicios de la fuerza movedora.
Y apenas ya las olas se contienen
De hacer á los navíos guerra fiera
Cuando del mar sus cuervos prestos vienen.
Trayendo vocería, á la ribera;
Y cuando las cercetas se detienen
Y espacian por lo seco y la junquera,
Y los sabidos lagos olvidando,
La garza sobre el nublo va volando.
Y vemos muchas veces los cometas,
Si vientos se aparejan, derrocarse
Del cielo, y de sus llamas luengas vetas,
En pos de sí luciendo, señalarse
Por las escuras noches y secretas;
Y muchas revolando levantarse
Las pajas y las hojas ya caidas,
Y plumas sobre el agua andar movidas.
Mas si fulmina de do el cierzo aspira,
Si truena donde el Euro vive y mora,
Cuanto del prado y campo el cielo mira,
Anda nadando todo en breve hora,
Y todo marinero en la mar tira
Las velas hechas agua y las mejora;
Mas nunca por faltarles el aviso
La lluvia ofende al hombre de improviso:

Porque ó la grulla luego, alzando el vuelo
Como el vapor del valle se levanta,
Le huye, ó la becerra, vuelta al cielo,
Atrae el aire á sí, ó suena y canta
La rana en el charcal su antiguo duelo,
Ó vuela, y no se cansa ni quebranta
De andar cercando el lago á la contina,
Mil veces la parlera golondrina.

. . . . . .

. . . . . .

Tambien del mar mil aves diferentes,
Y las que en torno de los asios prados
Los lagos escudriñan diligentes,
Los lagos del Caistro no salados,
Verás como á porfía hombros, frentes
Se esparcen y rocian, y en los vados
Ya corren, ya se sumen, y así en vano
Se estudian de bañar con juego ufano.

Y la sagaz corneja tambien llama
La lluvia con voz llena, y se pasea
A solas por la arena y por la llama
Del sucio y vil candil, si centellea;
Las siervas, que mandadas de su ama,
Velan de noche y hilan su tarea,
Conocen el llover, porque producen
Las mechas unos hongos que relucen.

Y puedes con señales no menores,
Llovido, colegir lo raso y puro;
Que ni en los celestiales resplandores
Se muestra la luz bota, el rayo escuro,
Ni ménos en la luna los tenores
Que sigue de su hermano rojo y puro,
Ni andan por el aire derramadas
Como unas lanas blancas y delgadas.

Ni ménos en el sol las alas tienden

Los halciones, de la Tétis amados;
No los lechones con la boca entienden
En derramar los haces desatados;
Mas ántes á los valles se descienden
Y en ellos se recuestan rellenados
Los húmidos vapores, y en el techo
Apénas abre la lechuza el pecho,
Apénas viendo que es el sol ya ido,
Canta; y el esmerejon se ve ensalzado,
Altísimo en el aire, y su debido
Paga por el cabello colorado
La ciris, que adó quiera que del nido
Cortando por el cielo va delgado,
La sigue el enemigo crudo y fiero
Con grande estruendo y con volar ligero.
Síguela el esmerejon por donde quiera,
Y ella de la parte do él se avia,
Con ala el aire líquido, ligera
Huyendo, va cortando, y se desvia;
Y sus voces los cuervos ó tercera
Ó cuarta vez repiten á porfía,
Y á veces en los árboles alzados,
No sé con qué dulzura alborozados,
Alegres más que suelen travesean
Consigo y con las hojas con ruido,
Y cuando ya las lluvias no gotean
Gustan de reveer su dulce nido
Y sus pequeños hijos. No que sean
Por esto más divinos en sentido,
Ni, cuanto á lo que creo, que por hado
Más cierto ó más discurso les sea dado;
Sino que cuando el tiempo variable
Y el movedizo humor su senda altera,
Y el ábrego con soplo deleznable
Lo raro espesa, afloja lo que fuera

Espeso, luégo aviene que lo instable
Del ánimo se trueca en su manera,
Y siente agora el pecho un movimiento,
Y otro si conduce lluvia el viento.
De aquí vienen aquellos acordados
Cantos que dan las aves gorjeando,
El juego y el placer de los ganados,
Los cuervos con los cuellos pompeando.
Mas si los soles miras presurados,
Las lunas que los siguen rodeando,
Ni el dia venidero hará engaño,
Ni la serena noche burla y daño.
La luna en el principio, que su puro
Ardor, que se le torna, va cogiendo,
Si con escuro cuerno el aire escuro
Cercáre, en sí gran lluvia apercibiendo,
Se va contra la mar y suelo duro;
Mas si se coloráre apareciendo,
Es viento, porque al viento la dorada
Luna se pone siempre colorada.
Mas si en su cuarta luz (que siempre ha sido
Pronóstico la cuarta verdadero)
Con afilado cuerno y con lucido
Saliere, y aquel dia todo entero,
Y los demás por todo el mes cumplido
Sin vientos lucirán, y el marinero
Dará sus votos salvo en la ribera
A Glauco, á Panopo ó Melicera.
Y el sol, ó cuando sale ó cuando encierra
Sus rayos en las ondas da señales;
Y el sol en sus señales nunca yerra,
Ó salga por las puertas orientales,
Ó láncese debajo de la tierra
Y suba á las estrellas celestiales;
Que lo que señaláre el sol divino

Certísimo sucede de contino.
Que si cuando en oriente se mostráre,
Con manchas esparciere su salida,
Y nube en la mitad de sí encerráre,
Si media redondez así escondida;
No dudes de la lluvia si tardare,
Que ya de golpe viene y de corrida
El Noto despeñándose furioso,
A hatos, mieses y árboles dañoso.
Y si por entre el nublo espeso opuesto,
Por partes diferentes descubriere,
Nacido el sol, sus rayos, ó con gesto
La aurora deslucida apareciere,
Del lecho de Titon, de flor compuesto,
La hoja podrá mucho, si pudiere
Las uvas defender, segun saltando
Con el granizo, el techo irá sonando.
Y áun es más de provecho el tener cuenta
Con cuando el sol, pasada su carrera,
Se parte ya del cielo, que presenta
Entónces cada vez de su manera
Su rostro, como vemos; que si alienta
La lluvia, es verdinegro, si la fiera
Pujanza de los euros, tiene luégo
Su rostro de color de sangre y fuego.
Y si del claro rostro el ardor puro
Con manchas á mezclarse comenzáre,
Verás en un momento el aire escuro
Hervir en lluvia y viento; y si cerráre
La noche, no será nadie tan duro,
Serálo el que en tal noche me rogáre
Correr por la mar alta, puesta en guerra,
Desamarrar la nave de la tierra.
Mas si, y cuando el dia el sol conduce,
Y cuando nos asconde el que ha traido,

Su redondez entera y pura luce,
En vano el nublo entónces habrás temido;
Del cierzo, que á pureza le reduce,
Verás la selva y monte ser movido.
Da el sol ciertas señales finalmente
De todo lo que al campo es conveniente.
Él te dirá lo que la luz tardía
La estrella de la tarde te acarrea;
Él te dirá qué piensa el mediodía,
El humido africano, que desea
Las nubes, de dó el viento, y dónde guia
Él hace que se entienda y que se vea;
Que ¿quién será tan tonto y tan osado,
Que diga que el sol burla y que es burlado?
Tambien el sol avisa á la contina
Los ciegos movimientos que se ordenan,
Las guerras que se emprenden, y adevina
Las fraudes que en secreto se encadenan.
Del César en la muerte el mesmo, indina,
Por quien ansí los hados nos condenan,
Cubrió su luz; temieron los malvados
Siglos en noche eterna ser dejados.
Aunque tambien entónces, y las tierras
Y los tendidos mares señas dieron,
Las aves importunas y las perras,
Al Etna muchas veces todos vieron
Hervir y rebosar por campos y hierbas,
Rompidas las hornazas que tuvieron
Los Cíclopes, y en bolas hecho el fuego
Lanzar, y piedras hechas polvo luégo.
Sonó por todo el aire en Alemaña
De armas temeroso y gran sonido.
Templó más de lo usado la montaña
De los fragosos Alpes, y fué oido
En los callados bosques són de extraña

Figura, y ya de noche escurecido
Fantasmas fueron vistas, matizadas
Con formas y colores nunca usadas.
Hablaron los salvajes animales
Lo que no es de decir, el curso el rio
Detuvo, abrióse el cielo en los umbrales
Sagrados, sudó el bronce, lloró el frio
Marfil, y el Po, venciendo sus canales
Con avenida enorme y desvarío,
Las selvas trastornaba, y del ejido
Las chozas y el ganado lleva asido.
Y siempre en aquel tiempo se hallaron
Señales de amenaza en la asadura
Que abria el sacrificio, y no cesaron
Los pozos de manar en sangre pura
Ni las ciudades grandes se excusaron
De oir aullar los lobos por la escura
Noche, ni en luz serena el cielo y clara
Tantos rayos jamas de sí alcanzara,
Ni tantas veces nunca se encendieron
Los aires con cometas. Y así avino
Que vieron otra vez, los campos vieron
Filipos los romanos, que sin tino
Escuadras contra escuadras concurrieron;
Ni tuvo el crudo cielo por indino
Que Ematia, por dos veces ¡ay! bañada
Con nuestra sangre, fuese así engrosada.
Será que en algun tiempo trastornando
La tierra el labrador con corvo arado,
Los hierros de los dardos irá hallando,
El hierro del orin casi gastado;
Y en los vacíos yelmos arrastrando
Encontrará con el ligon pesado.
Y rotos los sepulcros allí espesos,
Con pasmo mirará los grandes huesos.

Dioses, de nuestra patria propio amparo
Dioses, que traspasastes della al cielo,
Y tú, Remo, y tú, Vesta, á quien es caro
El Tiber turbio y el romano suelo,
Que al ménos este mozo alto y raro
Socorra aqueste siglo envuelto en duelo.
No os pese, que ya asaz con muertes duras
Pagamos las troyanas falsas juras.
Que veo que ya el cielo soberano
De tí nos tiene envidia, y se laménta
Que más te ocupes, César, con lo humano,
Do hiervero ó desafuero ya no hay cuenta,
Fueren n con guerras todo, do el insano
Do fuero tantas formas representa.
La esteva no se aprecia, los sembrados
Se hierman, de cultores despojados,
Llevados los obreros, se ensilvecen,
Las hoces se trasforman en espadas,
Los partos de una parte se embravecen,
De otras las Germanias alteradas;
Los pueblos que vecinos más parecen,
Guerrean, ya sus ligas quebrantadas,
Esparce por do quiera el Marte crudo
Lo fiero, lo sangriento, lo sañudo.
Como cuando del puesto libre extiendo
El paso por el campo la cuadrega,
Y cuando se adelanta más enciende,
Y del correr las alas más desplega;
Y en balde el cuadreguero tira y tiende
Las riendas, ó le plega ó no le plega,
Llevado de los potros de las ruedas,
Que sordas á los frenos, no están quédas.

SAN JUAN DE LA CRUZ

POESIAS

POESÍAS DE SAN JUAN DE LA CRUZ.

CANCIONES.

I.

1. En una noche obscura,
Con ánsias en amores inflamada,
¡Oh dichosa ventura!
Salí sin ser notada,
Estando ya mi casa sosegada.
2. Á obscuras y segura,
Por la secreta escala, disfrazada,
¡Oh dichosa ventura!
Á obscuras, encelada,
Estando ya mi casa sosegada.
3. En la noche dichosa,
En secreto, que nadie me veía,

Ni yo miraba cosa,
Sin otra luz ni guia,
Sino la que en el corazon ardia.

4. Aquesta me guiaba
Más cierto que la luz de mediodía,
Adonde me esperaba
Quien yo bien me sabía,
En parte donde nadie parecia.

5. ¡Oh noche, que guiaste,
Oh noche amable más que el alborada,
Oh noche que juntaste
Amado con amada,
Amada en el Amado trasformada!

6. En mi pecho florido,
Que entero para él sólo se guardaba,
Allí quedó dormido,
Yo le regalaba,
Y el ventalle de cedros aire daba.

7. El aire del almena,
Cuando ya sus cabellos esparcia,
Con su mano serena
En mi cuello heria,
Y todos mis sentidos suspendia.

8. Quedéme y olvidéme,
El rostro recliné sobre el Amado,
Cesó todo, y dejéme,
Dejando mi cuidado
Entre las azucenas olvidado.

II.

CANCION ENTRE EL ALMA Y EL ESPOSO.

ESPOSA.

1. ¿Adónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste,
Habiéndome herido;
Salí tras tí clamando, y ya eras ido.
2. Pastores, los que fuerdes
Allá por las majadas al otero,
Si por ventura vierdes
Aquel que yo más quiero,
Decidle que adolezco, peno y muero.
3. Buscando mis amores,
Iré por esos montes y riberas,
Ni cogeré las flores,
Ni temeré las fieras,
Y pasaré los fuertes y fronteras.
4. Oh bosques y espesuras,
Plantadas por mano del Amado,
Oh prado de verduras,
De flores esmaltado,
Decid si por vosotros ha pasado.

CRIATURAS.

5. Mil gracias derramando,
Pasó por estos sotos con presura,
Y yéndolos mirando,

Con sola su figura
Vestidos los dejó de su hermosura.

ESPOSA.

6. ¡Ay, quién podrá sanarme!
Acaba de entregarte ya de vero,
No quieras enviarme
De hoy más ya mensajero,
Que no saben decirme lo que quiero.
7. Y todos cuantos vagan,
De tí me van mil gracias refiriendo,
Y todos más me llagan,
Y déjame muriendo
Un no sé qué que quedan balbuciendo.
8. Mas ¿cómo perseveras,
Oh vida, no viviendo donde vives,
Y haciendo porque mueras,
Las flechas que recibes,
De lo que del Amado en tí concibes?
9. ¿Por qué, pues, has llegado
A aqueste corazon, no le sanaste?
Y pues me lo has robado,
¿Por qué así le dejaste,
Y no tomas el robo que robaste?
10. Apaga mis enojos
Pues que ninguno basta á deshacellos,
Y véante mis ojos,
Pues eres lumbre de ellos,
Y sólo para tí quiero tenellos.
11. ¡Descubre tu presencia,
Y máteme tu vista y hermosura;
Mira que la dolencia
De amor, que no se cura
Sino con la presencia y la figura.

12. ¡Oh cristalina fuente,
Si en esos tus semblantes plateados,
Formases de repente
Los ojos deseados,
Que tengo en mis entrañas dibujados!
13. Apártalos, Amado,
Que voy de vuelo.

ESPOSO.

Vuélvete, paloma,
Que el ciervo vulnerado
Por el otero asoma,
Al aire de tu vuelo, y fresco toma.

ESPOSA

14. Mi Amado, las montañas,
Los valles solitarios nemorosos,
Las ínsulas extrañas,
Los rios sonorosos,
El silbo de los aires amorosos.
15. La noche sosegada
En par de los levantes de la aurora,
La música callada,
La soledad sonora,
La cena, que recrea y enamora.
16. Cazadnos las raposas,
Que está ya florecida nuestra viña,
En tanto que de rosas
Hacemos una piña,
Y no parezca nadie en la montiña.
17. Detente, cierzo muerto,
Ven, austro, que recuerdas los amores
Aspira por mi huerto,

Y corran tus olores,
Y pacerá el Amado entre las flores.
18. Oh ninfas de Judea,
En tanto que en las flores y rosales
El ámbar perfumea,
Morá en los arrabales,
Y no querais tocar nuestros umbrales.
19. Escóndete, Carillo,
Y mira con tu haz á las montañas,
Y no quieras decillo;
Mas mira las campañas
De la que va por ínsulas extrañas.

ESPOSO.

20. A las aves ligeras,
Leones, ciervos, gamos saltadores,
Montes, valles, riberas,
Aguas, aires, ardores,
Y miedos de las noches veladores.
21. Por las amenas liras
Y cantos de Sirenas os conjuro
Que cesen vuestras iras,
Y no toqueis al muro,
Porque la Esposa duerma más seguro.
22. Entrádose ha la Esposa
En el ameno huerto deseado,
Y á su sabor reposa,
El cuello reclinado
Sobre los dulces brazos del Amado.
23. Debajo del manzano
Allí conmigo fuiste desposada,
Allí te dí la mano,
Y fuiste reparada
Donde tu madre fuera violada.

ESPOSA.

24. Nuestro lecho florido,
De cuevas de leones enlazado,
En purpura tendido,
De paz edificado,
De mil escudos de oro coronado.
25. Á zaga de tu huella
Los jóvenes discurren al camino
Al toque de centella,
Al adobado vino,
Emisiones de bálsamo divino.
26. En la interior bodega
De mi Amado bebí, y cuando salia
Por toda aquesta vega,
Ya cosa no sabia,
Y el ganado perdí que antes seguia.
27. Allí me dió su pecho,
Allí me enseñó ciencia muy sabrosa.
Y yo le dí de hecho
Á mí, sin dejar cosa;
Allí le prometí de ser su esposa.
28. Mi alma se ha empleado,
Y todo mi caudal, en su servicio,
Ya no guardo ganado
Ni ya tengo otro oficio,
Que ya sólo en amar es mi ejercicio.
29. Pues ya si en el ejido
De hoy más no fuere vista ni hallada,
Diréis que me he perdido.
Que, andando enamorada,
Me hice perdidiza y fuí ganada.
80. De flores y esmeraldas
En las frescas mañanas escogidas,

Harémos las guirnaldas,
En tu amor florecidas,
Y en un cabello mio entretejidas.
31. En sólo aquel cabello
Que en mi cuello volar consideraste,
Mirástele en mi cuello,
Y en él preso quedaste,
Y en uno de mis ojos te llagaste.
32. Cuando tú me mirabas,
Su gracia en mí tus ojos imprimian,
Por eso me adamabas,
Y en eso merecian
Los mios adorar lo que en tí vian.
33. No quieras despreciarme,
Que si color moreno en mí hallaste
Ya bien puedes mirarme,
Despues que me miraste;
Que gracia y hermosura en mí dejaste.

ESPOSO.

34. La blanca palomica
Al arca con el ramo se ha tornado,
Y ya la tortolica
Al socio deseado
En las riberas verdes ha hallado.
35. En soledad vivia,
Y en soledad ha puesto ya su nido,
Y en soledad la guia
Á solas su querido,
Tambien en soledad de amor herido.

ESPOSA.

36. Gocémonos, Amado,

Y vámonos á ver en tu hermosura
Al monte y al collado,
Do mana el agua pura;
Entremos más adentro en la espesura.

37. Y luégo á las subidas
Cavernas de las piedras nos irémos,
Que están bien escondidas,
Y allí nos entrarémos,
Y el mosto de granadas gustarémos.

38. Allí me mostrarias
Aquello que mi alma pretendia,
Y luégo me darias
Allí tú, vida mia,
Aquello que me diste el otro dia.

39. El aspirar del aire,
El canto de la dulce filomena,
El soto y su donaire,
En la noche serena
Con llama que consume y no da pena.

40. Que nadie lo miraba,
Aminadab tampoco parecia,
Y el cerco sosegaba,
Y la caballería
A vista de las aguas descendia.

III.

1.

¡Oh llama de amor viva,
Que tiernamente hieres
De mi alma en el más profundo centro!
Pues ya no eres esquiva,
Acaba ya, si quieres,
Rompe la tela de este dulce encuentro.

II.

¡Oh cauterio suave!
¡Oh regalada llaga!
¡Oh mano blanda! ¡Oh toque delicado,
Que á vida eterna sabe,
Y toda deuda paga!
Matando, muerte en vida la has trocado.

III.

¡Oh lámparas de fuego,
En cuyos resplandores
Las profundas cavernas del sentido,
Que estaba escuro y ciego,
Con extraños primores,
Calor y luz dan junto á su querido!

IV.

¡Cuán manso y amoroso
Recuerdas en mi seno,
Donde secretamente solo moras!
Y en tu aspirar sabroso,
De bien y gloria lleno,
¡Cuán delicadamente me enamoras!

IV.

CANTAR DEL ALMA QUE SE GOZA DE CONOCER Á DIOS POR FE.

Que bien sé yo la fuente que mana y corre,
Aunque es de noche,

Aquella eterna fuente está escondida,
Que bien sé yo dó tiene su manida,
Aunque es de noche.

Su orígen no lo sé, pues no le tiene,
Mas sé que todo orígen de ella viene,
Aunque es de noche.

Sé que no puede ser cosa tan bella,
Y que cielos y tierra beben de ella,
Aunque es de noche.

Bien sé que suelo en ella no se halla,
Y que ninguno puede vadealla,
Aunque es de noche.

Su claridad nunca es oscurecida,
Y sé que toda luz de ella es venida,
Aunque es de noche.

Sé ser tan caudalosas sus corrientes,
Que infiernos, cielos riegan, y á las gentes,
Aunque es de noche.

El corriente que nace de esta fuente,
Bien sé que es tan capaz y tan potente,
Aunque es de noche.

Aquesta eterna fuente está escondida,
En este vivo pan por darnos vida,
Aunque es de noche.

Aquí se está llamando á las criaturas,
Porque desta agua se harten, aunque ascuras,
Aunque es de noche.

Aquesta viva fuente, que deseo,
En este pan de vida yo la veo,
Aunque es de noche.

V.

CANCION DE CRISTO Y EL ALMA.

Un pastorcico solo está penado,
Ajeno de placer y de contento,
Y en su pastora firme el pensamiento,
Y el pecho del amor muy lastimado.
No llora por haberle amor llagado,
Que no se pena en verse así afligido,
Aunque en el corazon está herido;
Mas llora por pensar que está olvidado.
Que sólo de pensar que está olvidado
De su bella pastora, con gran pena
Se deja maltratar en tierra ajena,
El pecho del amor muy lastimado.
Y dice el pastorcico: ¡Ay desdichado
De aquel que de mi amor ha hecho ausencia
Y no quiere gozar de mi presencia,
Y el pecho por su amor muy lastimado!
Y á cabo de un gran rato se ha encumbrado
Sobre un árbol do abrió sus brazos bellos,
Y muerto se ha quedado, asido de ellos,
El pecho del amor muy lastimado.

COPLAS Y GLOSAS.

COPLAS DEL ALMA QUE PENA POR VER Á DIOS.

Vivo sin vivir en mí,
Y de tal manera espero,
Que muero porque no muero.
En mí yo no vivo ya,
Y sin Dios vivir no puedo;
Pues sin él y sin mí quedo,
Este vivir ¿qué será?
Mil muertes se me hará,
Pues mi misma vida espero,
Muriendo porque no muero.
Esta vida que yo vivo
Es privacion de vivir;
Y así, es contínuo morir
Hasta que viva contigo;
Oye, mi Dios, lo que digo,
Que esta vida no la quiero,
Que muero porque no muero.
Estando ausente de tí,
¡Qué vida puedo tener,

Sino muerte padecer,
La mayor que nunca ví!
Lástima tengo de mí,
Pues de suerte persevero,
Que muero porque no muero.
El pez que del agua sale,
Aun de alivio no carece;
Que la muerte que padece,
Al fin la muerte le vale;
¿Qué muerte habrá que se iguale
A mi vivir lastimero,
Pues si más vivo más muero?
Cuando me empiezo á aliviar
De verte en el sacramento,
Háceme más sentimiento
El no te poder gozar;
Todo es para más penar
Y mi mal es tan entero,
Que muero porque no muero.
Y si mi gozo, Señor,
Con esperanza de verte,
En ver que puedo perderte
Se me dobla mi dolor,
Viviendo en tanto pavor,
Y esperando como espero
Que muero porque no muero.
Sácame de aquesta muerte,
Mi Dios, y dame la vida;
No me tengas impedida
En este lazo tan fuerte;
Mira que muero por verte.
Y de tal manera espero,
Que muero porque no muero.
Lloraré mi muerte ya
Y lamentaré mi vida

En tanto que detenida
Por mis pecados está.
¡Oh mi Dios! ¿Cuándo será?
Cuando yo diga de vero:
Vivo ya porque no muero.

COPLAS SOBRE UN ÉXTASI DE ALTA CONTEMPLACION.

Entréme donde no supe,
Y quedéme no sabiendo,
Toda ciencia trascendiendo.
Yo no supe dónde entraba,
Porque, cuando allí me vi,
Sin saber dónde me estaba,
Grandes cosas entendí,
No diré lo que sentí,
Que me quedé no sabiendo,
Toda ciencia trascendiendo.
De paz y de piedad
Era la ciencia perfecta,
En profunda soledad,
Entendida via recta;
Era cosa tan secreta,
Que me quedé balbuciendo
Toda ciencia trascendiendo.
Estaba tan embebido,
Tan absorto y ajenado,
Que se quedó mi sentido
De todo sentir privado;
Y el espíritu dotado
De un entender no entendiendo,
Toda ciencia trascendiendo.
Cuanto más alto se sube,

Tanto ménos entendia
Qué es la tenebrosa nube
Que á la noche esclarecia;
Por eso quien la sabía
Queda siempre no sabiendo,
Toda ciencia trascendiendo.
El que allí llega de vero,
De sí mismo desfallece,
Cuanto sabía primero
Mucho bajo le parece;
Y su ciencia tanto crece,
Que se queda no sabiendo,
Toda ciencia trascendiendo
Este saber no sabiendo
Es de tan alto poder,
Que los sabios arguyendo
Jamas le pueden vencer;
Que no llega su saber
A no entender entendiendo,
Toda ciencia trascendiendo
Y es de tan alta excelencia
Aqueste sumo saber,
Que no hay facultad ni ciencia
Que le puedan emprender:
Quien se supiere vencer
Con un no saber sabiendo,
Irá siempre trascendiendo.
Y si lo quereis oir,
Consiste esta suma ciencia
En un subido sentir
De la divinal Esencia;
Es la obra de su clemencia
Hacer quedar no entendiendo,
Toda ciencia trascendiendo.

OTRAS AL MISMO INTENTO.

Tras un amoroso lance,
Y no de esperanza falto,
Subí tan alto, tan alto,
Que le dí á la caza alcance.
Para que yo alcance diese
A aqueste lance divino,
Tanto volar me convino,
Que de vista me perdiese;
Y con todo, en este trance
En el vuelo quedé falto;
Mas el amor fué tan alto,
Que le dí á la caza alcance.
Cuanto más alto subia,
Deslumbróseme la vista,
Y la más fuerte conquista
En obscuro se hacia;
Mas por ser de amor el lance
Dí un ciego y obscuro salto,
Y fuí tan alto, tan alto,
Que le dí á la caza alcance.
Por una extraña manera
Mil vuelos pasé de un vuelo,
Porque esperanza del cielo
Tanto alcanza cuanto espera;
Esperé sólo este lance,
Y en esperar no fuí falto,
Pues fuí tan alto, tan alto,
Que le dí á la caza alcance.
Cuando más cerca llegaba
De este lance tan subido,
Tanto más bajo y rendido

Y abatido me hallaba;
Dije: no habrá quien lo alcance,
Y abatíme tanto, tanto,
Que fuí tan alto, tan alto,
Que le dí á la caza alcance.

GLOSA Á LO DIVINO.

Sin arrimo y con arrimo,
Sin luz y ascuras viviendo,
Todo me voy consumiendo.
Mi alma está desasida
De toda cosa criada,
Y sobre sí levantada,
Y en una sabrosa vida,
Sólo en su Dios arrimada,
Por eso ya se dirá
La cosa que más estimo,
Que mi alma se ve ya
Sin arrimo y con arrimo.
Y aunque tinieblas padezco
En esta vida mortal,
No es tan crecido mi mal:
Porque, si de luz carezco,
Tengo vida celestial;
Porque el amor de tal vida,
Cuando más ciego va siendo,
Que tiene el alma rendida,
Sin luz y ascuras viviendo.
Hace tal obra el amor,
Despues que le conocí,
Que, si hay bien ó mal en mí,
Todo lo hace de un sabor,
Y el alma transforma en sí;

Y así, en su llama sabrosa,
La cual en mí estoy sintiendo,
Apriesa sin quedar cosa,
Todo me voy consumiendo.

OTRA GLOSA Á LO DIVINO.

Por toda la hermosura
Nunca yo me perderé,
Sino por un no sé qué
Que se alcanza por ventura.
Sabor de bien que es finito,
Lo más que puede llegar,
Es cansar el apetito
Y estragar el paladar;
Y así, por toda dulzura
Nunca yo me perderé,
Sino por un no sé qué
Que se halla por ventura.
El corazon generoso
Nunca cura de parar
Donde se puede pasar,
Sino en más dificultoso;
Nada le causa hartura,
Y sube tanto su fe,
Que gusta de un no sé qué
Que se halla por ventura.
El que de amor adolece,
Del divino Sér tocado,
Tiene el gusto tan trocado,
Que á los gustos desfallece;
Como el que con calentura
Fastidia el manjar que ve,
Y apetece un no sé qué

Que se halla por ventura.
No os maravilleis de aquesto,
Que el gusto se quede tal,
Porque es la causa del mal
Ajena de todo el resto;
Y así, toda criatura
Enajenada se ve,
Y gusta de un no sé qué
Que se halla por ventura.
Que estando la voluntad
De divinidad tocada,
No puede quedar pagada
Sino con divinidad;
Mas, por ser tal su hermosura,
Que sólo se ve por fe,
Gústale en un no sé qué
Que se halla por ventura.
Pues de tal enamorado,
Decidme si habeis dolor;
Pues que no tiene sabor
Entre todo lo criado;
Sólo sin forma y figura,
Sin hallar arrimo y pié,
Gustando allá un no sé qué
Que se halla por ventura.
No penseis que el interior,
Que es de mucha más valía,
Halla gozo y alegría
En lo que acá de sabor;
Mas sobre toda hermosura,
Y lo que es y será y fué,
Gusta de allá un no sé qué
Que se halla por ventura.
Más emplea su cuidado
Quien se quiere aventajar,

En lo que está por ganar
Que en lo que tiene ganado;
Y así, para más altura
Yo siempre me inclinaré
Sobre todo á un no sé qué
Que se halla por ventura.
Por lo que por el sentido
Puede acá comprenderse,
Y todo lo que entenderse,
Aunque sea muy subido,
Ni por gracia y hermosura
Yo nunca me perderé,
Sino por un no sé qué
Que se halla por ventura.

ROMANCES.

ROMANCE PRIMERO.

SOBRE EL EVANGELIO *In principio erat Verbum*
DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD.

En el principio moraba
El Verbo, y en Dios vivia,
En quien su felicidad
Infinita poseia.
El mismo Verbo, Dios era,
Que el principio se decia;
El moraba en el principio,
Y principio no tenía.
El era el mismo principio;
Por eso de él carecia.
El Verbo se llama Hijo,
Que del principio nacia.
Hale siempre concebido,
Y siempre le concebia,
Dale siempre su sustancia,

Y siempre se la tenia
  Y así, la gloria del Hijo
Es la que en el Padre habia,
Y toda su gloria el Padre
En el Hijo poseia.
  Como amado en el amante
Uno en otro residia,
Y aquese amor que les une,
En lo mismo convenia.
  Con el uno y con el otro
En igualdad y valía
Tres personas y un amado
Entre todos tres habia.
  Y un amor en todas ellas
Un amante los hacia,
Y el amante es el amado
En que cada cual vivia.
  Que el sér que los tres poseen,
Cada cual le poseia,
Y cada cual de ellos ama
A la que este sér tenia.
  Este sér es cada una,
Y éste sólo las unia
En un inefable modo
Que decirse no sabia.
  Por lo cual era infinito
El amor que los unia,
Porque un sólo amor tres tiene,
Que su esencia se decia;
Que el amor, cuanto más uno,
Tanto más amor hacia.

ROMANCE II.

DE LA COMUNICACION DE LAS TRES PERSONAS.

En aquel amor inmenso
Que de los dos procedia,
Palabras de gran regalo
El Padre á el Hijo decia,
De tan profundo deleite,
Que nadie las entendia;
Sólo el Hijo lo gozaba,
Que es á quien pertenecia.
Pero aquello que se entiende,
De esta manera decia:
Nada me contenta, Hijo,
Fuera de tu compañía.
Y si algo me contenta,
En tí mismo lo queria;
El que á tí más se parece,
A mí más satisfacia.
Y el que nada te semeja,
En mí nada hallaria;
En tí solo me he agradado,
¡Oh vida de vida mia!
Eres lumbre de mi lumbre,
Eres mi sabiduría,
Figura de mi sustancia
En quien bien me complacia.
Al que á tí te amáre, Hijo,
A mí mismo le daria,
Y el amor que yo te tengo,
Ese mismo en él pondria,
En razon de haber amado
A quien yo tanto queria.

ROMANCE III.

DE LA CREACION.

Una esposa que te ame,
Mi Hijo, darte queria,
Que por tu valor merezca
Tener nuestra compañía.
Y comer pan á una mesa,
Del mismo que yo comia,
Porque conozca los bienes
Que en tal Hijo yo tenia,
Y se congracie conmigo
De tu gracia y lozanía.—
Mucho lo agradezco, Padre,
El Hijo le respondia;
A la esposa que me dieres,
Yo mi claridad daria,
Para que por ella vea
Cuánto mi Padre valia,
Y como el sér que poseo,
De su sér lo recibia.
Reclinarle he yo en mi brazo,
Y en tu amor se abrasaria,
Y con eterno deleite
Tu bondad sublimaria.

ROMANCE IV.

PROSIGUE LA MISMA MATERIA.

Hágase, pues, dijo el Padre,
Que tu amor lo merecia.

Y en este dicho que dijo,
El mundo criado habia.
Palacio para la esposa,
Hecho en gran sabiduría
El cual en dos aposentos,
Alto y bajo, dividia.
El bajo de diferencias
Infinitas componia;
Mas el alto hermoseaba
De admirable pedrería.
Porque conozca la esposa
El Esposo que tenía,
En el alto colocaba
La angélica gerarquía;
Pero la natura humana
En el bajo la ponia,
Por ser en su sér compuesta
Algo de menor valía
Y aunque el sér y los lugares
De esta suerte los ponia,
Pero todos son un cuerpo
De la esposa, que decia
Que el amor de un mismo Esposo
Una esposa los hacia,
Los de arriba poseyendo
A el Esposo en alegría;
Los de abajo en esperanza
De fe que les infundia,
Diciéndoles que algun tiempo
Él los engrandeceria.
Y que aquella su bajeza
Él se la levantaria,
De manera que ninguno
Ya la vituperaria.
Porque en todo semejante

Él á ellos se haria,
Y se vendria con ellos,
Y con ellos moraria.
Y que Dios seria hombre,
Y que el hombre Dios seria,
Y trataria con ellos,
Comeria y beberia.
Y que con ellos contínuo
Él mismo se quedaria,
Hasta que se consumase
Este siglo que corria.
Cuando se gozáran junto
En eterna melodia,
Porque él era la cabeza
De la esposa que tenia.
A la cual todos los miembros
De los justos juntaria,
Que son cuerpo de la esposa,
A la cual él tomaria
En sus brazos tiernamente,
Y allí su amor le daria,
Y que así juntos en uno
A el Padre le llevaria.
Donde del mismo deleite
Que Dios goza, gozaria;
Que, como el Padre y el Hijo,
Y el que de ellos procedia,
El uno vive en el otro,
Así la esposa seria,
Que, dentro de Dios absorta,
Vida de Dios viviria.

ROMANCE V.

DE LOS DESEOS DE LOS SANTOS PADRES.

Con esta buena esperanza
Que de arriba les venia,
El tedio de sus trabajos
Más leve se les hacia;
Pero la esperanza larga
Y el deseo que crecia
De gozarle con su Esposo,
Contínuo les afligia.
Por lo cual con oraciones,
Con suspiros y agonía,
Con lágrimas y gemidos
Le rogaban noche y dia.
Que ya se determinase
A les dar su compañía.
Unos dicen: ¡Oh si fuese
En mi tiempo la alegría!
Otros: Acaba, Señor;
A el que has de enviar envia.
Otros: ¡Oh! si ya rompiese
Esos cielos, y veria
Con mis ojos que bajases,
Y mi llanto cesaria;
Regad, nubes, de lo alto,
Que la tierra lo pedia,
Y ábrase la tierra ya,
Que espinas nos producia,
Y produzca aquella flor
Con que ella floreceria.
Otros dicen: ¡Oh dichoso
El que en tal tiempo seria,

Que merezca ver á Dios
Con los ojos que tenía,
Y tratarle con sus manos,
Y andar en su compañía,
Y gozar de los misterios
Que entónces ordenaria!

ROMANCE VI.

PROSIGUE LA MISMA MATERIA

En aquestos y otros ruegos
Gran tiempo pasado habia;
Pero en los postreros años
El fervor mucho crecia.
Cuando el viejo Simeon
En deseo se encendia,
Rogando á Dios que quisiese
Dejalle ver este dia.
Y así, el Espíritu Santo
A el buen viejo respondia
Que le daba su palabra
Que la muerte no veria
Hasta que la vida viese,
Que de arriba descendia,
Y que él en sus mismas manos
A el mismo Dios tomaria,
Y lo tendria en sus brazos,
Y consigo abrazaria.

ROMANCE VII.

DE LA ENCARNACION.

Ya que el tiempo era llegado

En que hacerse convenia
El rescate de la esposa
Que en duro yugo servia
Debajo de aquella ley
Que Moisés dado le habia,
El Padre con amor tierno
De esta manera decia:
Ya ves, Hijo, que á tu esposa
A tu imágen hecho habia,
Y en lo que á tí se parece
Contigo bien convenia.
Pero difiere en la carne,
Que en tu simple sér no habia;
En los amores perfectos
Esta ley se requeria,
Que se haga semejante
El amante á quien queria,
Que la mayor semejanza
Más deleite contenia.
El cual sin duda en tu esposa
Grandemente creceria
Si te viere semejante
En la carne que tenia.—
Mi voluntad es la tuya,
El Hijo le respondia,
Y la gloria que yo tengo,
Es tu voluntad ser mia.
Y á mí ne conviene, Padre,
Lo que tu Alteza decia,
Porque po *r* esta manera
Tu bondad más se veria.
Veráse tu gran potencia,
Justicia y sabiduría,
Irélo á decir al mundo,
Y noticia le daria

De tu belleza y dulzura
Y de tu soberanía.
Iré á buscar á mi esposa,
Y sobre mí tomaria
Sus fatigas y trabajos,
En que tanto padecia.
Y porque ella vida tenga,
Yo por ella moriria,
Y sacándola del lago,
A tí te la volveria.

ROMANCE VIII.

PROSIGUE LA MISMA MATERIA

Entónces llamó un arcángel,
Que san Gabriel se decia,
Y envióla á una doncella
Que se llamaba María,
De cuyo consentimiento
El misterio se hacia;
En la cual la Trinidad
De carne á el Verbo vestia.
Y aunque tres hacen la obra,
En él uno se hacia,
Y quedó el Verbo encarnado
En el vientre de María.
Y el que tiene sólo Padre,
Ya tambien Madre tenía,
Aunque no como cualquiera,
Que de varon concebia;
Que de las entrañas de ella
Él su carne recibia,
Por lo cual Hijo de Dios
Y del hombre se decia.

ROMANCE IX.

DEL NACIMIENTO.

Ya que era llegado el tiempo
En que de nacer habia,
Así como desposado,
De su tálamo salia,
Abrazando con su esposa,
Que en sus brazos la traia,
Al cual la graciosa Madre
En un pesebre ponia,
Entre unos animales
Que á la sazon allí habia.
Los hombres decian cantares,
Los ángeles melodía,
Festejando al desposorio
Que entre tales dos habia;
Pero Dios en el pesebre
Allí lloraba y gemia.
Que eran joyas que la esposa
Al desposorio traia;
Y la Madre estaba en pasmo
De que tal trueque veia;
El llanto del hombre en Dios,
Y en el hombre el alegría;
Lo cual del uno y del otro
Tan ajeno sér solia.

ROMANCE X.

SOBRE EL SALMO *Super flumina Babilonis.*

Encima de las corrientes

Que en Babilonia hallaba,
Allí me senté llorando,
Allí la tierra regaba.
Acordándome de tí,
¡Oh Sion! á quien amaba.
Era dulce tu memoria,
Y con ella más lloraba.
Dejé los trajes de fiesta,
Los de trabajo tomaba,
Y colgué en los verdes sauces
La música que llevaba,
Poniéndola en esperanza
De aquello que en tí esperaba,
Allí me hirió el amor,
Y el corazon me sacaba.
Díjele que me matase,
Pues de tal suerte llegaba;
Yo me metia en su fuego,
Sabiendo que me abrasaba,
Disculpando al avecica
Que en el fuego se acababa;
Estábame en mí muriendo,
Y en tí solo respiraba.
En mí por tí me moria,
Y por tí resucitaba,
Que la memoria de tí
Daba vida y la quitaba.
Gozábanse los extraños
Entre quien cautivo estaba;
Preguntábanme cantares
De lo que en Sion cantaba.
Canta de Sion un himno,
Veamos cómo sonaba;
Decid: ¿cómo en tierra ajena,
Donde por Sion lloraba,

Cantaré yo la alegría
Que en Sion se me quedaba!
Echaríala en olvido
Si en la ajena me gozaba.
Con mi paladar se junte
La lengua con que hablaba,
Si de tí yo me olvidáre,
En la tierra do moraba.
Sion, por los verdes ramos
Que Babilonia me daba,
De mí se olvide mi diestra
Que es lo que en tí más amaba,
Si de tí no me acordáre,
En lo que más me gozaba,
Y si yo tuviere fiesta
Y sin tí la festejára.
¡Oh hija de Babilonia,
Mísera y desventurada!
Bienaventurado era
Aquel en quien confiaba,
Que te ha de dar el castigo
Que de tu mano llevaba.
Y juntará sus pequeños,
Y á mí, porque en tí lloraba,
A la piedra que era Cristo,
Por el cual yo te dejaba.

FIN.

INDICE.

FRAY LUIS DE LEON.

	Págs.
Libro I.—Poesías originales. . . .	5
A don Pedro Portocarrero.	8
A Francisco de Salinas.	9
Al nacimiento de una hija de los Borjas.	10
A Felipe Ruiz, de la avaricia. . . .	13
A Elisa.	id
Profecía del Tajo.	16
Noche serena, á Oloarte.	18
Las serenas, á Cherinto.	21
A Felipe Ruiz, I.	23
II.	25
Al licenciado Juan de Grial.. . . .	27
De la vida del cielo.	28
Al apartamiento.	29
A la vida religiosa.	31
A don Pedro Portocarrero.	35
Contra un juez avaro.	36
En una esperanza que salió vana. . .	37
En la Ascension.	39
A todos los Santos.	40

Págs.

A Santiago. 43
A Nuestra Señora, I. 47
II. 51
Cancion á Jesucristo Crucificado. . . 52
A don Pedro Portocarrero. 56
En la cárcel donde estuvo preso. . . 58
Del mundo y su vanidad. . . . . id
Del conocimiento de sí mismo.—Cancion. 64
Cancion al nacimiento de la hija del Marqués de Alcañices. 69
Epitafio altúmulo del príncipe D. Cárlos 72
Cancion á la muerte del mismo. . . id
Sonetos. 73
Libro II.—Traducciones é imitaciones de poetas profanos. 76
Virgilio.—Égloga primera. . . . . id
Égloga II. 81
Égloga III. 85
Égloga IV. 92
Égloga V. 96
Égloga VI. 101
Égloga VII. 106
Égloga VIII. 110
Égloga IX. 116
Égloga X. 120
Geórgica primera de Virgilio. . . . 124

SAN JUAN DE LA CRUZ.

Canciones.—I. 153
II.—Cancion entre el alma y el esposo. 155
III. 161

Págs.

IV.—Cantar del alma que se goza de conocer á Dios por fé. 162
V.—Cancion de Cristo y el alma. . . 164
COPLAS Y GLOSAS.—Coplas del alma que pena por ver á Dios. 165
Coplas sobre un éxtasi de alta contemplacion. 167
Otras al mismo intento. 169
Glosa á lo Divino 170
Otra glosa á lo divino. 171
ROMANCES.—Romance primero.—Sobre el Evangelio *In principio erat Verbum* de la Santísima Trinidad. . 174
Romance II.—De la comunicacion de las tres personas. 176
Romance III.—De la creacion. . . 177
Romance IV.—Prosigue la misma materia. . . . . id.
Romance V.—De los deseos de los Santos Padres. 180
Romance VI.—Prosigue la misma materia. 181
Romance VII.—De la Encarnacion.. id.
Romance VIII.—Prosigue la misma materia. 183
Romance IX.—Del nacimiento. . . 184
Romance X.—Sobre el salmo *Super flumina Babilonis*. . . . . id.

TOMOS

Alfredo de Musset.-Las noches.—Poemas. 76 y 136
Poesías asiáticas..... 77
Shakespeare..... 78-82-112
El Lazarillo de Tormes. 79
Leyendas y tradiciones..... 83
Poemas gaélicos... 84-85-90
Lamartine..... 86
Séneca.—Tragedias... 87
Dickens..... 89
Antología griega..... 92
Rousseau..... 93
La Musa Helénica..... 95
El Diablo Cojuelo..... 96
Cantares populares... 97
Poesías ascéticas y religiosas..... 98
Terencio.—Comedias.. 99
Quintana.—D. Alvaro de Luna..... 100
Augusto Barbier..... 101
Pedro M.ª Barrera..... 102
El día de fiesta por la mañana y por la tarde 103
María de Zayas y Sotomayor.—Novelas.. 104
Tirso de Molina.—El Burlador de Sevilla y Convidado de Piedra 105
Ollantay.—Drama en verso quechúa..... 106
Diderot.—La religiosa. No es un cuento..... 107
Sófocles.—Filotectes (tragedia).—Juvenal (sátiras)..... 108
Goethe.—Fausto... 109 y 110
Modelos de literatura china..... 111
Edgardo Poé..... 113
Virtud al uso y mística á la moda..... 114

TOMOS

Obras escogidas del Padre Feijoo..... 115
Plauto y su teatro..... 116
Miscelánea de Autores españoles..... 117
Poesías sueltas de don Manuel Quintana... 118
D. Miguel de los Santos Alvarez.—Tentativas literarias. 119-120-122
G. Belmonte Muller... 121
El abate Prévost.—Manon Lescaut..... 123
Erckmann Chatrian.—La señora Teresa... 124
Julia de Asensi.—Novelas cortas..... 125
Goya..... 126
Edgar Quinet.—Ahasvérus..... 127 y 128
Gutiérrez de Alba.—Poemas y leyendas 129-130
Cuentos de Perrault... 131
Biografía de Colón.... 132
Cervantes.—Entremeses..... 134
Campoamor.—El Drama Universal..... 135
Sánchez Pérez.—Actualidades de antaño 137
Viajes de Gulliver á diversos países remotos 139 140
Aventuras de Robinsón Crusoé..... 141-142
Duque de Rivas.—El Moro Expósito..... 143-144
Tirso de Molina.—El Vergonzoso en Palacio..... 145
Voltaire.—Cándido ó el optimismo..... 146
Juan de Timoneda.—El Patrañuelo..... 147

	Tomos		Tomos
Moratin.—Poesías....	148	Cartas escogidas... .	1
Alocuciones militares.	149	Conocimientos útiles .	1
Fray Luis de Granada — Sermones.....	150	Vocabulario artístico.	1
Canciones patrióticas..	151	Epigramas clásicos...	
Discursos selectos.	152 y 154	Chateaubriand. Viajes.	
Compendio del «Quijote».....	153	Iriarte y Samaniego.—Fábulas	
Curiosidades históricas..... ...	155 y 156	Romancillos anonimos.....	
Máximas y pensamientos	157	Baltasar Gracián. — El Discreto	
Romancero popular	158	Lope de Rueda.—Pasos y comedias	
Curiosidades literarias.....	159	Lope de Vega. — La moza de cántaro. ...	

BIBLIOTECA CLÁSICA

Colección de las obras más selectas de clásicos
gos, latinos, españoles, ingleses, alemanes, ital
franceses, etc., etc.

Se publica en tomos en 8.° de 400 á 500 págin

Todas las traducciones son directas del idio
que han sido escritas las obras originale y est
chas por personas competentes.

Precio de cada tomo: 3 pesetas en rú a y 4
tas encuadernado en tela ó pasta.

Van publicados 230 tomos, que pueden ad
por subscripción tomando los volúmenes que se

DIRECCIÓN:

PERLADO, PÁEZ Y C.ª (SUCESORES DE HERNA

Arenal, 11. — Madrid.

BRIGHAM YOUNG UNIVERSITY
3 1197 21873 5873

Date Due

JAN 24 1947
NOV 1 0 1947
FEB 1 2 1948
MAR 28 1950
NOV. 18 1958
DEC 29 1958